Eduardo Ortega y Gasset

Monodiálogos de Don Miguel de

UNAMUNO

John A. Mackay

MONODIÁLOGOS DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Eduardo Ortega y Gasset

MONODIÁLOGOS DE

Ediciones IBÉRICA *New York 1958*

DON MIGUEL DE UNAMUNO

editado por
IBÉRICA Publishing Company ©
112 East 19 Street
New York 3, N. Y.

impreso en Argentina

tipografía y dibujo de la cubierta por ELAINE LUSTIG

PROEMIO

Con cautelosos y reverentes pasos hemos de aproximarnos a estas grandes figuras representativas de la intelectualidad de un pueblo y de una época. Digamos, más precisamente, de un pueblo en una época. Así podremos ligar las raíces, ver las diversas flores y aquilatar lo esencial que, a través de los tiempos y de las exteriores mudanzas, sobrenada. Por eso es proemio Cervantes para llegar a Unamuno. Partamos de Esquivias, de la fuente de Ombidales, para que el Don Miguel del siglo XVI nos lleve de la mano hasta el Miguel salamanquino del siglo XIX; si bien el martirio de éste, su lucha, su ágonos, *culmina en el año 36 del siglo XX.*

En Cervantes, en Unamuno, en mi hermano José, hallaremos los rumbos de la honda existencialidad de España. Ellos habrán de servirnos para rectificar las desorientaciones. Consultándolos, comprenderemos la

riquísima urdimbre tejida con sedas de muy remotos capullos que componen la vida hispánica, hoy desdeñada por no comprendida.

La decadencia política a la que la han conducido, descarría a los observadores superficiales. El escucha ha de poner el oído en tierra procurando percibir la corriente subterránea. Así supo sacar Cervantes a la llanura los geniales hallazgos que convirtieron los secos rastrojales de La Mancha en la página luminosa y clarividente sobre la que vaga, con sonrisa alegre, o amarga, irónica o jocunda, el alma de la Magna Iberia no disminuída ni deformada, ni descarriada por los ínfimos, por los toscos gobernantes ciegos y sordos que van desde los duques y el bachiller, al cura y al barbero; a todos aquellos a los que España, por demasiado grande, por harto compleja, no les ha cabido en la cabeza. La magnitud de España no es tanto de volumen como de íntima complejidad, que hay que saber finamente desbridar sin romper los tejidos.

Últimamente se ha acudido a la terrible violencia que es tanto como huir por completo de todo camino comprensivo. Se han roto esos tejidos delicados. Los detestables y anacrónicos gobernantes la han troceado de tal suerte, la han roto con tales heridas de muerte, que la han llevado a una inmensa cripta.

Estas conversaciones con Unamuno han de contribuir a esclarecer aspectos olvidados o encubiertos por las falsas rutas y equivocados conceptos de lo que hoy, con agravio de la palabra, se llama política de España.

En este proemio vamos sólo a insinuar, dada su brevedad, que los esenciales rumbos, la verdadera visión de España, se encuentran ya en la Biblia quijotesca. El Miguel de Salamanca confirma y zahonda en los pasmosos panoramas morales que por primera vez con-

templó la pupila de Cervantes y que supo prender, con broches imperecederos, en las páginas de su obra.

Cuando suframos desesperanza o desaliento, bastará abrir al azar el libro inmortal para recobrar el vigor. Sólo en las mentes de estos hombres se puede abarcar la grandeza de España. Para gozar del espectáculo de su magnitud, para medir sus vértebras gigantes, hemos de acudir a esas almas inmensas —mahatmas— *que son como espejos hechos a una escala proporcional.*

Voy ahora a buscar a Don Miguel de Cervantes en Esquivias y a seguir su paseo diario desde el pueblo hasta la fuente de Ombidales.

Años ha que hice una excursión al toledano pueblo de Esquivias desde Aranjuez. En esta antigua posesión real —remedo versallesco de los Borbones españoles—, las aguas del Tajo han fecundado tierras negras, fértiles, y ha surgido allí una hermosa vegetación y ricos cultivos. Enormes árboles, huertas que producen los famosos espárragos y fresas, bosques de caza en los que abundan los faisanes. Al salir de Aranjuez, pronto decrece la exuberancia vegetal, y las secas márgenes del río cortan una llanura de buena tierra — como los labriegos dicen, de mucha miga. En la época en que hice mi viaje, la dilatada llanura de espigas secas y doradas se prolongaba con suaves ondulaciones hasta el confín del horizonte.

En las llanuras manchegas, de aire sutil, diáfano, se columbran desde muy lejos las torres de las iglesias o algún olmo que, en lo remoto, pueda haber. A poco de dejar Aranjuez se divisa una altísima torre, triste en su soledad vertical. Es la de la iglesia de Illescas,

noble y renombrado pueblo desde los viejos tiempos en los que en él reposaba el Cardenal Ximénez de Cisneros. Al remontar una loma coronada por una ermita, se ve en la falda del contrario declive el pueblo de Esquivias. Enormes casonas blancas con tejados verdirojos, agrupadas en torno de la iglesia, constituyen el pueblo. No hay que decir que me llevaba allí mi curiosidad y mi amor cervantinos. Casas amplias, abiertas, con grandes corrales son, en general, las manchegas. Las calles son también anchas. Diríase que estos pueblos están formados por cortijos de labranza que se han dado cita en un lugar de la llanura para vivir juntos. Una de estas casas pertenecía a la muchacha de diez y nueve años, "alta como una lanza y fresca como una mañana de Abril", con la que Don Miguel de Cervantes se casó, fatigado de batallas y de aventuras, cuando frisaba en los treinta y siete, doña Catalina de Salazar y Palacios. El matrimonio se verificó el 12 de Diciembre de 1584 en la iglesia de Santa María de Esquivias. Recorrí aquel pueblo manchego, para mí de tan familiares rincones y ambientes, con reverencia. Allí pasó Cervantes acaso las cortas temporadas de tranquilidad y de reposo que le consintió su azarosa vida. Allí gozó de la gran casona con salones, alcobas y otras viviendas, el gran hogar con campana, amplios corrales, cuadras, pajares, trojes, bodega para el vino, gallinas ponedoras y gallo relojero que canta puntualmente.

Como sabía por el que fué mi maestro, Navarro Ledesma, que Cervantes, cuando residía en Esquivias, solía pasear hasta una fuente que se llamaba de Ombidales, próxima a unas tierras de su mujer, quise visitar esa fuente. En la Naturaleza, más estable que las cosas, podía encontrar un espacio idéntico al que contempló Cervantes. Llegué a la fuente de Ombidales, de agua

cristalina y pura, como tienen fama de serlo las de Esquivias. Cae el manantial desde cierta altura, lo que produce un gagloteo de voz profunda en un murmullo sin palabras. Al lado del manantial hay una peña que convida a sentarse. Así lo hice. Es indudable que allí mismo se sentó Cervantes 335 años antes, y que en aquel sereno ambiente admiró el "murmurar de las fuentes". Recuerdo la tranquila belleza de la tarde. El aire era muy claro y la luz muy viva. En la llanura se oía el trinar alegre y agudo de la alondra, y, lejos, el canto de desafío de los machos de perdiz con su fuerte ritmo tenaz. Me es grato evocar aquel atardecer de mi juventud que, ahora, tan lejos de aquellos sagrados terrones, despierta en mí sentimientos complicados, suaves y amargos, que no se pueden expresar en unas palabras. Preciso sería nada menos que escribir un libro como sólo Cervantes ha podido componerlo. Por eso acudimos tantas veces a él para encontrarnos. El complejo genial de circunstancias que Cervantes tejió para integrar el sentido de lo humano universal trascendiendo de lo español, es de tal suerte luminoso y aleccionador, que deslumbra como un sol o un dios.

Aquel hidalgo de sencillo aspecto, del que emanaba un influjo atractivo, había contemplado desde aquel lugar la Naturaleza de su Castilla, bellísima en su sobria desnudez, y creó el arquetipo de lo español. El Quijote, sobre otras calidades universales, logra la integración de los positivos elementos de una España completa. Para considerarla en todo su volumen y para verificar en la actual las mermas, las desintegraciones, las manquedades, habremos de acudir a la Biblia cervantina. Porque más grave que haber perdido el cacareado Peñón de Gibraltar, es el haber perdido —y éstas sí que son pérdidas— a los sefarditas y a los hermanos moris-

cos, como el cervantino Ricote, y a la serie de herejes discrepantes que, en torno de una incomprensiva unidad, fueron segregados por la intolerancia, entre los que se cuenta la última y postcervantina tonga de sacrificados por el aniquilamiento o el destierro. Hasta el insigne filósofo español Vives ha sido honrado en su exilio de Brujas con una estatua que no tiene en Valencia.

Y asimismo habrá que ir al Quijote y a Cervantes —como opinó mi hermano— para hallar y descifrar el sistema político que nos lleve a recobrar los órganos amputados para que termine la decadencia que es desintegración y se trueque por el ascenso de las integraciones vitales que se admiran en su Biblia moderna pensada sobre la cumbre renacentista desde la que escribió. "Cervantes —como anuncié que había dicho mi hermano— no quedó agotado en el horizonte de ideas y emociones de su tiempo: porciones de su espíritu trascendieron de aquella edad y hoy van siendo fecundos."

Sentado sobre la piedra inmediata a la fuente de Ombidales llegaron a mí enjambres de sugestiones. Hubiera querido construir una colmena y encerrar cada abeja en su celdilla. Aunque las ideas sólo durante su vuelo pueden ser captadas. Aquellas ideas, emanación cervantina, querían infundirse en la sangre, en la realidad española, para que ésta progresase y no quedara paralítica en el siglo XVI como hizo con su Imperio aquel emperador chino Tcheun, que profesaba los que llamó "cinco principios", encaminados a impedir eternamente que el porvenir se diferenciase del pasado. Construyó una enorme cripta como la que ahora se ha tallado en la gigante peña de Cuelgamuros, frente al Escorial, para que en ella permanezca todo inmutable y muerto. En un siglo XVI desde luego sin Cervantes,

ni Lope de Vega, ni Góngora o Ruiz de Alarcón, el mexicano.

La grandeza de la obra cervantina estriba en buena parte en que no ha sido trazada por un escritor profesional o precoz. Cervantes primero ha vivido. Luego de acendrar la vida en ricas y numerosas experiencias, escribe. Su primera mocedad en Italia, su manquedad en el Lepanto heroico, su alegre vivir de soldado en Nápoles, su terrible cautiverio en Argel, esclavo del renegado Dali Mami el Cojo . . . Amigo de grandes señores, Don Juan de Austria y el Duque de Sessa, las cartas de recomendación que le encuentran los piratas sólo sirven para agravar su cautiverio y hacer más caro el rescate. Casi imposible, dado que era pobre. Por ello hay que desconfiar de los niños prodigios —salvo como poetas— en el arduo menester de escribir cuando aún nada tienen que decir. Vuelve a España, canta el amor a la Patria —"Oh dulce España, qué cara eres de haber"— y rueda por ella con su hoja de servicios preclara y su gran inteligencia, de desventura en desventura. Y en la cárcel, saturado del realismo de la vida, tiene vagar y ánimos para escribir el tomo primero del Ingenioso Hidalgo. Sus ideas, cernidas por su espíritu genial, escalan la cima de la comprensión de los hechos humanos. Para decir la verdad ha de valerse de la ficción del loco iluminado. En Esquivias tuvo su origen. Allí tuvo un pariente, Don Alonso Quijada, aficionado a leer libros de Caballería.

La ironía genuina de este pasmoso Don Quijote es como la del verso de Homero, dakruoen kuedassa *(riendo entre lágrimas). Una vida alegre y animosa, clarividente además, contemplada tras el lente de las lágrimas. Fué en Argel donde, al verse reflejado en las aguas del estanque del palacio de Azam-Bajá —Narciso al re-*

vés—, dijo que era el Caballero de la Triste Figura. Un análisis minucioso y de acaso enojosa erudición, podría decirnos de dónde viene cada hilo de los que tejieron el prodigioso Biblos cervantino.

Es Cervantes la superación de un dolor por la comprensión. Como todo lo comprende, de todo habla con amor. Por eso es el arquetipo del verdadero castellano, que en el siglo XVI fué el modelo del gentleman *inglés. Su hermosa descripción de Barcelona, su elogio de los catalanes, es recordado siempre con orgullo por éstos. Su no menos pasmosa descripción de Lisboa, de incomparable suntuosidad y belleza. La ciudad más grande —entonces— de Europa; alaba la noble donosura del idioma portugués, que equipara con el toscano; admira la grandiosa y descuidada Nápoles.*

Esta ciudad es Nápoles la ilustre
que yo pisé sus rúas más de un año,

con su gran amigo Promontorio, "mancebo en años pero buen soldado".

¿La ficción del Quijote corresponde a un verdadero loco? ¿No será la razón de la sinrazón, como en el trabalenguas cervantino? Sigo en esto a uno de mis maestros ya citados. Don Quijote, inconforme con el vivir tranquilo, burgués diríamos hoy, del Caballero del Verde Gabán, Don Diego de Miranda, con máximo tacto y discretísimo talento, deja, empero, encantados a aquellos señores labrantines. Se pasma Don Diego al ver cómo un hombre tan loco, que acomete la aventura de los leones, habla y obra con tan refinada cortesía. "Con Don Quijote pasó por aquella casa la ilusión y la alegría heroicas, que sólo una vez en la vida nos visitan en nuestras pobres soledades."

Uno de los primeros psicópatas, contemporáneo de

Cervantes, el doctor Juan de Huarte, en su Examen de Ingenios para las Ciencias, *lanza teorías que trasmutadas al lenguaje actual científico bien pueden estimarse como precursores de Freud. Unamuno las cita en su* Vida de Don Quijote y Sancho. *Huarte distingue entre "entendimiento" e "imaginativa", y pone el ejemplo de Demócrito de Abdera, al que toda la ciudad tuvo por loco; "mas al ir a curarle Hipócrates se encontró con que era el hombre más sabio que había en el mundo, y los locos y desatinados los que le hicieron ir a curarle". Y añade Huarte: "Demócrito vino a tanta pujanza de entendimiento allá en la vejez, que se le perdió la imaginativa, por la cual razón comenzó a hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de término, que le tuvieron por loco." Si seguimos a Huarte, Don Quijote estaba perturbado de la "imaginativa", pero en todo lo demás era el más discreto caballero, repujado y asendereado por las empresas de su creador que revivían bajo la mal cosida celada y la lanza y rodela tomadas de orín. El disfraz de locura permite lanzar las verdades que jamás podrá decir el que, con esta misma ortografía, Heine motejó de "infecto Samson Karasco". Estos Karascos antihispánicos y por ello antiquijotes, son los que nos han desviado de los caminos ibéricos. Con preocupado ardor me propongo esclarecer las rutas trazadas por Cervantes. Si leyendo libros de Caballerías, esto es, siguiendo insensatas ilusiones hemos enloquecido y se nos ha secado el seso, leyendo y comprendiendo el Quijote volveremos, cada cual desde su dolencia, a recobrar la salud. Hallaremos, como él decía, "las habilidades perdidas, los ingenios arrinconados y las virtudes menospreciadas". Porque es Don Quijote la expresión de nuestra amargura insatisfecha por el triunfo de la injusticia que pone, en la lanza del Caballero,*

como en la resignada teja de Job, un gesto de desolación trascendente.

Esta evocación de Don Miguel de Cervantes y Saavedra nos prepara el camino de comprensión de Don Miguel de Unamuno y Jugo, cuyo genio se identificó con el cervantino al escribir la Vida de Don Quijote y Sancho. *Unamuno ha reanudado el hilo roto del diálogo de Don Quijote y Sancho, y su obra multiforme es continuación de la quijotesca. Su muerte tiene la misma emoción y grandeza que la de Alonso Quijano, llevado entre barro a su casa por la vulgaridad incomprensiva. El Don Miguel de Salamanca ha luchado fieramente contra los anti-quijotes que han hundido a España. Y murió combatiendo contra Juan Haldudo, el apaleador de su criado, contra el ventero Palomeque, contra "el infecto Samson Karasco", que han esclavizado y, lo que es aun peor,* agarbanzado *a la inmensa nación patria del Hidalgo manchego.*

INTRODUCCIÓN

Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, binóculos de la España Actual

Este libro que hoy presento a los lectores ha viajado por los campos de mi memoria desde hace años, desde aquellos de 1924 a 1930 en los que mantuve una estrecha comunicación con don Miguel de Unamuno en Francia, emigrados ambos por todo el tiempo de la dictadura del General Primo de Rivera.

Tanto en Hendaya, pueblo francés sobre el fronterizo río Bidasoa en el que habitamos los dos, como en París, nuestra relación fué continua y, especialmente en Hendaya, de positiva convivencia. Aquellas conversaciones del Maestro, del hombre original, agudo, de genialidad intuitiva, han trazado senderos y surcos en mi alma. Esos son los que intento trazar en este libro. Como se trataba de semillas, ofrezco las germinaciones que han crecido en esos surcos, más que la literalidad de las palabras a las que era tan opuesto aquel gran cultivador del Logos, del Verbo.

Algunos de estos diálogos se han publicado en periódicos de América que, unos de otros, me hacían el gentil y tácito homenaje de copiarlos de los diarios o revistas en los que originalmente los publiqué. Desde hace largos años espera este libro su impresión. En tal circunstancia me sorprendió la más desoladora de cuantas desgracias pudieran afligirme: la súbita, la no esperada muerte de mi hermano José Ortega y Gasset, dolor que ha sido compartido por la opinión culta universal. Esta pena produjo una pausa en la publicación del libro. En primer término, al verme abrumado por el pesar; pero, además, porque pasados ya los primeros meses, quería encabezar este libro con un análisis en cierto modo paralelo, de las dos personalidades, tan diferentes y tan distantes, mas, en el fondo, paradójicamente coincidentes. Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset son los dos grandes binóculos a través de los que se puede contemplar con luz comprensiva, luz de inteligencia y de sensibilidad, a la desconcertante España de nuestro tiempo, con sus fenómenos que no pocos creen simples, pero que contrariamente son ricos en matices y complejidades.

No alcanza, sin embargo, esta introducción o ensayo la ambiciosa pretensión de trazar íntegramente este paralelismo. Mi propósito es mucho más modesto; se limita a explicar el alcance, a mi juicio de gran trascendencia, de la polémica que mantuvieron, José en su mocedad y el Rector de Salamanca ya maduro, en torno al tema de la europeización de España. Primeramente deseo rectificar el juicio vulgar que interpretó como hostilidad lo que siempre fué estimación mutua. A lo largo de este trabajo se encontrarán pruebas de esa estimación expresada con altas palabras.

Atravesamos un momento en el cual este análisis pue-

de ser actualísimo. Amargo remordimiento han de experimentar muchos españoles por no haber sabido oír a tiempo estas voces transidas de conciencia española, de penetración, de trascendentes puntos de vista en cuanto al futuro de España. Se habría evitado posiblemente la catástrofe que la ha hundido en un abismo de sangre y de odio y que la ha dejado con el intercadente andar de los hemipléjicos. En torno al eje del concepto de europeización, se polarizan y se contrastan ambas personalidades y se perciben vastos panoramas del problema ibérico. Deseo que mi hermano José, que era mi mejor yo, presida e ilumine estas páginas que escribo con la dolorosa emoción de nuestra España desventurada.

"¿De dónde proviene tanta desventura? —se preguntaba José en sus años mozos—. ¿La inquisición, la situación geográfica, el descubrimiento de América, la procedencia africana?" Se formulaba estas preguntas como enumeración de posibles causas más o menos parciales y profundas, mas con la convicción de que ninguna de ellas reflejaba el completo encadenamiento de concausas que, como los eslabones de pesadísima cadena, nos impiden progresar. No somos pesimistas, no creemos que ninguna fatalidad específica de la España que marchó un tiempo por los más anchos caminos del mundo le impida volver a pisarlos gallardamente. Se ha visto y continúa viéndose envuelta en la malla de circunstancias adversas. España es ella y sus circunstancias, diremos siguiendo las formulaciones de José. Mas sólo veremos con alguna claridad si marchamos despacio y mirando con atención a un lado y a otro.

1

Cada palabra un pequeño mundo

Se ha motejado —más que criticado— a Don Miguel de Unamuno porque desfondaba los vocablos para ver lo que llevaban dentro, a la manera de los niños cuando investigan la anatomía de sus muñecas o juguetes.

Mas no era esto, como algunos sugieren, deformación mental de su oficio de filólogo, ni menos aun prurito de manejar las palabras con escasa intimidad por no ser el castellano su idioma nativo. Sólo un juicio erróneo puede confundir el prurito etimológico, interesante mas inferior, con el trascendente mecanismo al que sometía Unamuno a los vocablos, su análisis luminoso.

Considero inexactitud fundamental que puede desviar el juicio, el afirmar que no fuera el castellano su idioma nativo, y de hogar. El vasco fué para él un lenguaje marginal de la infancia, que balbuceó y habló paralelamente al castellano. Esto ocurre en muchas comarcas bilingües. Los niños poseen dos idiomas con plenitud directa de lengua familiar. En el Bilbao de su infancia, como en el actual, se hablaba y se habla casi exclusivamente el castellano. Es raro el bilbaíno que conoce el vascuence. El mismo Don Miguel cuenta, como en otro lugar de este libro relatamos, que el fundador del partido Vizcaitarra, Don Sabino Arana Goiri, desconocía por completo el éuscaro, y sólo tardía y muy imperfectamente logró aprenderlo en razón de sus campañas políticas. Para Don Miguel fué también un idioma estudiado, más que maternal.

Unamuno contemplaba una palabra como un breve mundo idiomático por el que le placía peregrinar hasta su entraña. Fué siempre un viajero con rumbo a las entrañas de las cosas. Se consagraba a desentrañarlas. Ciertamente una característica unamunesca es la de elegir, para contemplar los horizontes, el ángulo de la intimidad. Manejaba con frecuencia el adjetivo "entrañable", al cual en una ocasión, quizá para no repetirse, denominó "el cogollo de su corazón".

Mas observemos a Don Miguel efectuando sus prodigiosos malabarismos etimológicos con los que disecaba un vocablo para mostrarnos su complejo de significados y matices.

En el prólogo de este libro, que escribo con humilde y "entrañable" admiración, deseo, en cuanto me sea posible, revelar algunos de sus geniales "trucos". Lo son tan genialmente que no hay riesgo en que sean captados o imitados; en todo caso podrán repetirse cuando, olvidados por él, nos sorprenda con otros aun más ingeniosos.

He aquí una palabra helénica que, cual liebre mecánica, provoca el disparo etimológico. Κόσμοπολιτης, nuestro "cosmopolita", no significó al principio ciudadano universal, ciudadano del mundo. Este sentido se engendró en París, cuando la gran revolución con sus sonoros derechos del hombre. Primeramente fué en Grecia una injuria que Don Miguel nos contó inventada por Diógenes el Cínico, y cuya despectiva intención se interpretaba como el que no es de ninguna parte. He aquí, pues, un vocablo que el uso ha vuelto del revés. Su inventor pretendía llamar perdularios, errabundos, que no eran de parte alguna, a los que ahora dotamos de un ámbito de ciudadanía universal y les reconocemos derecho a estar en todas partes. Acaso a los neolo-

gismos creados por Unamuno les ocurría lo que al dardo retórico de Diógenes.

La palabra o verbo vive con tal plenitud, que el creador, el arquero, no puede predecir la trayectoria de su flecha. Ésta atraviesa zonas extensas, llanuras enormes, del tiempo y de la historia. Don Miguel preguntaba a los vocablos sobre ese su viaje trascendente. Así, al descifrar los diversos aspectos, al desenterrar sus raíces, surgía también la expresividad total, algo como el alma de cada palabra.

Un pensador, un poeta, un filósofo, dispara sobre el platillo de un concepto para desintegrarlo y saber lo que lleva adentro.

2

El Tábano de Unamuno y los libros-jaula

El sistema paradojal de Unamuno —que tan vulgarmente se le imputa— es, ciertamente, el mecanismo de quien, adversario de todo método, está necesariamente incluso en el suyo vital. Cada hombre es un sistema cubierto por músculos y por una piel más o menos sensible. Fué ciertamente Unamuno un pasmoso Robot espiritual cuyo mecanismo sólo podría explicárnoslo el genial Demiurgo que lo montó pieza a pieza. Y acaso tampoco, ya que las obras del genio ignoran en ocasiones los caminos recorridos bajo el impulso de la calenturienta fantasía y del aguijón del tábano, o sea del estro, de la inspiración.

¿Por qué diré dos veces tábano, ya que *estro* significa eso mismo en griego? ¿Exigencia, sin duda, del lenguaje retórico, acaso de la pedantería? Con su nom-

bre griego la poesía ha hecho del tábano el aguijón del espíritu, el inquietador de las conciencias. Así como en las arcaicas mitologías el tábano no dejaba sosegar en parte alguna a la hermana de Prometeo y la perseguía con su aguijón olímpico, a Don Miguel tampoco le daba descanso. No le ocurría lo que a Aristo, que sólo podía filosofar cuando lo llevaban en su litera. Don Miguel discurría, creaba, poetizaba, filosofaba bajo la espuela del *estro* en un caminar perpetuo y en un hablar que sólo era pedestre porque tenía siempre los pies por el camino, pero con la cabeza muy alta hacia las nubes.

Por eso, Unamuno no cabe en ninguno de esos libros-jaula construídos sistemáticamente con sus barrotes de alambre y hasta con sus portillos para que el constructor pueda hacer lo que le parezca con el enjaulado personaje. Así el libro meritísimo por muchos estilos que ha fabricado el distinguido filósofo católico Julián Marías. Dicho libro-jaula es una inteligente pero forzada, vana empresa, de encerrar un algo tan sutil y divagante como *la filosofía,* la que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría mitológica en todo caso, según dijo de su arte el propio Don Miguel.

Él proclamó el parentesco de las hermanas gemelas, la poesía y la filosofía. Todo el vigor científico, la capacidad de reducir a sistema de Julián Marías, fracasa al declarar que "en Unamuno no se puede encontrar, no ya un sistema, sino ni siquiera un cuerpo de doctrina congruente".

Es un genio divagante que tropieza con la verdad como un astro nuevo, el cual, al recorrer por primera vez su órbita se tiene que abrir camino y choca con otros cuerpos celestes, o discurre dentro de las gigantes y luminosas galaxias. ¿Quién acometerá la insensata

empresa de abarcar tan vastos caminos? Sólo nos proponemos, en este libro impregnado de fervor y de humildad, reproducir algunas de las estelas que hemos visto trazar cuando surcaba las aguas el bajel de uno de los pensamientos más activos, contradictorios y agónicos de esta Celtiberia que mi hermano declaró irreductible al álcali europeo. Esta fortísima personalidad ibérica que, aunque se vista de frac o de seda como hiciera el diplomático Don Juan Valera, pronto se le caen los faldellines, y el frac se trueca en una jacarandosa chaquetilla andaluza. ¡Y Celtíbero se queda!

3

Poesía y Filosofía, hermanas gemelas

Por eso, en el análisis de Marías, que es en muchos aspectos certero e ingenioso, se ve forzado a perseguir a través de los austeros, bellísimos y transidos jardines poéticos de Unamuno, el intercadente vuelo de sus volvoretas filosóficas. Tan gigante esfuerzo de reducir a sistema lo que carece de él, resulta estéril al menos en el propósito de incluir un espíritu divagante, ebrio de luz intelectual, de talento ingenioso, de libertad que va descubriendo al azar las maravillas del espíritu en las mallas de una doctrina filosófica.

En el admirable poema que tituló Unamuno *Aldebarán*, podemos captar los atisbos del poeta filósofo que viaja por el universo y se enfrenta con la divinidad volando sobre sus estrofas.

ALDEBARÁN

Rubí encendido en la divina fuente
Aldebarán,
lumbrera de misterio,
perla de luz en sangre,
¿cuántos días de Dios viste a la tierra
mota de polvo
rodar por los vacíos
rodar la tierra?
¿Viste brotar al Sol recién nacido?
¿Le viste acaso, cual diamante en fuego,
soltarse del anillo
que fué este nuestro coro de planetas
que hoy rondan en su torno,
de su lumbre al abrigo,
como a la vista de su madre juegan,
pendientes de sus ojos,
confiados los hijos?
¿Eres un ojo del Señor en Vela,
aunque siempre despierto,
un ojo escudriñando las tinieblas
y contando los mundos
de su rebaño?
¿Le falta acaso alguno?
¿O alguno le ha nacido?
Y más allá de todo lo visible,
¿qué es lo que hay del otro lado del espacio?
Allende el infinito,
dí, Aldebarán, ¿qué resta?
¿Dónde acaban los mundos?
¿Todos van en silencio, solitarios,
sin una vez juntarse;
todos se miran a través del cielo
y siguen, siguen,
cada cual solitario en un sendero?

¿No anhelas, dí, juntarte tú con Sirio
y besarle en la frente?
¿Es que el Señor un día
en un redil no ha de juntar a todas
las celestes estrellas?
¿No hará de todas ellas
una rosa de luz para su pecho?
¿Qué amores imposibles
guarda el abismo?
¿Qué mensajes de anhelos seculares
transmiten los cometas?
¿Sois hermandad? ¿Te duele,
díme, el dolor de Sirio,
Aldebarán?
¿Marcháis todos a un punto?
¿Oyes al Sol?
¿Me oyes a mí?
¿Sabes que aliento y sufro en esta tierra,
mota de polvo,
rubí encendido en la divina frente,
Aldebarán?
Si es tu alma lo que irradia con tu lumbre,
lo que irradia, ¿es amor?
¿Es tu vida secreto?
¿O no quieres decir nada en la frente
del tenebroso Dios?
¿Eres adorno y nada más que en ella
para propio recreo se colgara?

....

¿Siempre solo, perdido en lo infinito,
Aldebarán,
perdido en la infinita muchedumbre
de solitarios...
sin hermandad?

¿O sois una familia que se entiende,
que se mira a los ojos,
que se cambia pesares y sentires
en lo infinito?
¿Os une acaso algún común deseo?
Como tu haz nos llega, dulce estrella,
dulce y terrible,
¿no nos llega de tu alma el soplo acaso,
Aldebarán?
Aldebarán, Aldebarán ardiente,
el pecho del espacio,
dí, ¿no es regazo vivo,
regazo palpitante de misterio?
¡Tú sigues a las Pléyades
siglos de siglos,
Aldebarán,
y siempre el mismo trecho te mantiene!
Estos mismos lucientes jeroglíficos
que la mano de Dios trazó en el cielo
vió el primer hombre,
y siempre indescifrables,
ruedan en torno a nuestra pobre tierra.
Su fijidez que salva
el cambiar de los siglos agorero
es nuestro lazo de quietud, cadena
de permanencia augusta;
símbolo del anhelo permanente
de la sed de verdad nunca saciado
nos son esas figuras que no cambian,
Aldebarán.
De vosotros, celestes jeroglíficos,
en que el enigma universal se encierra,
cuelgan por siglos
los sueños seculares;
de vosotros descienden las leyendas
brumosas, estelares,

que cual ocultas hebras
al hombre cavernario nos enlazan.
Él, en la noche de tormenta y hambre,
te vió, rubí impasible,
Aldebarán,
y loco, alguna vez, con su ojo en sangre,
te vió al morir,
sangriento ojo del cielo,
ojo de Dios,
¡Aldebarán!
¿Y cuando tú te mueras?
¿Cuando tu luz al cabo
se derrita una vez en las tinieblas?
¿Cuando frío y oscuro
el espacio sudario
ruedes sin fin y para fin ninguno?
Este techo nocturno de la tierra
bordado con enigmas,
esta estrellada tela
de nuestra pobre tienda de campaña,
¿es la misma que un día vió este polvo
que hoy huellan nuestras plantas
cuando en humanas frentes
fraguó vivientes ojos?
¡Hoy se alza en remolino
cuando el aire lo azota
y ayer fué pechos respirando vida!
Y ese polvo de estrellas,
ese arenal redondo
sobre que rueda el mar de las tinieblas,
¿no fué también un cuerpo soberano,
sede no fué de un alma,
Aldebarán?
¿No lo es aun hoy, Aldebarán ardiente?
¿No eres acaso, estrella misteriosa,
gota de sangre viva

en las venas de Dios?
¿No es su cuerpo el espacio tenebroso?
Y cuando tú te mueras,
¿qué hará de ti ese cuerpo?
¿Adónde Dios, por su salud luchando,
te habrá de segregar, estrella muerta,
Aldebarán?
¿A qué tremendo muladar de mundos?

....

¡Sobre mi tumba, Aldebarán, derrama
tu luz de sangre,
y si un día volvemos a la Tierra,
te encuentre inmoble, Aldebarán, callando
del eterno misterio la palabra!
¡Si la verdad Suprema nos ciñese
volveríamos todos a la nada!
De eternidad es tu silencio prenda,
¡Aldebarán!

4

El Adelantado del más allá

Estos hombres de excepción, verdaderas cumbres del espíritu, son, para el espectador inteligente, como para los bausanes que en el circo contemplan las proezas de un atleta. Ese paralelismo del vigor físico y el mental nos ayuda a comprender los esfuerzos que nos pasman por su energía mental, es decir, por el ingenio poderoso con el que tratan de perforar el secreto, el misterio de la existencia. Mas el espectáculo, que es uno de los más prodigiosos que brinda la vida, de este ciclópeo

conquistador de misterios ascendiendo hacia el borde del Universo, como vemos algunas bestezuelas subir por las paredes de un vaso, engendra un sentimiento desolador y pesimista. Si tan gigantes héroes de la inteligencia, de la fuerza espiritual no pueden trasponer o trascender la barrera del más allá, la incógnita del origen y de la meta del hombre, hemos de abrigar la fe negativa de que el misterio de la vida es insondable, impenetrable. No por sabida es menos desoladora esa experiencia. De ahí la gesticulación posiblemente en ocasiones de "energúmeno", según la calificó en un momento mi hermano José, de Don Miguel de Unamuno, que por todos los senderos ha intentado, por todos los medios del ingenio y de la astucia mental, ascender hasta la contemplación del universo y de la divinidad. Esta desolación encuentra su última desesperanza en un gesto de Don Miguel que, en cierta ocasión y en uno de nuestros interminables paseos, cogiendo en su mano un puñado de tierra me dijo: "Aquí tienes la inmortalidad. Fuimos polvo y volveremos a serlo. Somos inmortales en el polvo." Unamuno fué un adelantado de la Humanidad en las fronteras del más allá.

Deseo en este prólogo exponer cuáles fueron las relaciones de mi hermano José con Don Miguel de Unamuno. Sólo una mirada vulgar ha podido suponerlos hostiles. Guillermo de Torre ha hecho la exposición zigzagueante y exacta, como un relámpago, de la comunicación espiritual de estos dos grandes espíritus, transida siempre de altísima y mutua estima, sin que la menoscaben las discrepancias de sus distintas personalidades. Discrepancias muy inferiores a las que la mirada vulgar, siempre en acecho de cominerías y discordias, ha supuesto en comentarios generalmente intras-

cendentes e incomprensivos del uno y del otro. A ellos se ha añadido la mala fe tendenciosa como la del jesuita Joaquín Iriarte, o la inexacta y superficial información, que tanto descarría, respecto de la comprensión de mi hermano, de otros biógrafos mal informados, pero siempre rápidos en sacar deducciones de hechos inexactos.

Los sucesos *incriminados* datan de tan remota fecha como la primavera de 1904, en la que José contaba sólo veinte años. Transcribe Unamuno dos cartas de éste, sin nombrarle, pero indicando sus iniciales J.O.G., así como párrafos de otra del poeta Antonio Machado.

Mas para describir e impugnar esta crítica bárbara que salió al paso de la elevada relación intelectual de Unamuno y de mi hermano como al del *Polifemo* de Góngora cuando pisó las calles de Madrid —*y cual suele tejer bárbara aldea — soga de gozques contra forasteros*—, nadie mejor que mi propio hermano. "Nos exponemos —decía en un artículo publicado en *Faro* el 20 de septiembre de 1908— a que el inatento público crea que discrepamos por completo y, sobre todo, que divergen nuestras intenciones y proyectos cuando más aunados caminan. Hoy mismo quiero cuanto antes quitarme ese peso. He publicado párrafos en *El Imparcial* acerca del último discurso de Unamuno. Creí haber compuesto en ellos una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el Rector de Salamanca. Ni podía yo hacer otra cosa cuando las ideas políticas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruin lancilla de mi pluma. Sin embargo, algunas personas han querido ver en aquellos párrafos no sé qué invectiva a lo que pretendían honrar y aplaudir . . . Unamuno, el político, el campeador, me parece

uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas, y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambiente"... "Y aunque no esté conforme con su método soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular martilleando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtíberas."

5

Polémica sobre la europeización de España

Por desdicha, España se encuentra mucho más lejos que en el primer cuarto de la presente centuria, de "una de esas épocas de intimidad afable y respetuosa", como apetecía mi hermano en uno de sus primeros artículos allá por el año 1906, y "a considerar sin rencor ni hosquedad el lugar que nos está asignado en la República donde tan necesarios y útiles son los primeros como los últimos". Sigue predominando como entonces "el prurito de la genialidad y la fanfarronería". Por eso las polémicas acres, las disputas, sólo aparentemente en torno de ideas, mas en realidad de vanidades enconadas. En el caso de la discrepancia entre Unamuno y mi hermano no ocurrió nada semejante. El tema era fundamental, y la elevación y serenidad digna de ambos. Más de apreciar era en mi hermano, porque contaba sólo veintiséis años, edad de impulsos y vehemencias. Gran mérito el de haberlos domeñado entonces. El anuncio fué más duro que la respuesta. "Dejo —decía en

un artículo del 28 de octubre de 1907— para unas disputas que estoy componiendo contra la desviación *africanista* inaugurada por nuestro maestro y morabito Don Miguel de Unamuno, la comprobación de este aserto mío: que el hombre nació en Grecia y que le ayudó a bien nacer, usando de las artes de su madre la partera, el vagabundo y equívoco Sócrates." La agresión había partido del Rector de Salamanca. En una carta dirigida a Azorín y que éste publicó en *ABC*, transcribe, como anticipamos, dos cartas de mi hermano. Aunque no le nombra, le alude con sus iniciales J. O. G. y habla de "los papanatas que están bajo la fascinación de esos europeos". José se declara plenamente entre esos papanatas y añade que "desde que escribe para el público apenas ha escrito una sola cuartilla en la que no aparezca con agresividad simbólica la palabra EUROPA". Unamuno decía entre otras cosas un tanto desmesuradas en esa carta: "Si fuera posible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste." José replica que "eso equivale a lo que a veces hacen los mozos en un baile: dan un trancazo sobre el candil, para que todo quede a oscuras". "¿Qué otra cosa es, si no, preferir por Descartes al lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática . . . ? Sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y ni aun veríamos el pardo sayal de Juan de la Cruz." Era ciertamente poco afortunada la epístola de Unamuno a Azorín, desahogo privado que no destinaba aquél a la publicidad. Mas el *pequeño filósofo*, con su aire tímido —entonces era anarquista y disparaba terribles interjecciones en las sesiones del Ateneo—, publicó el encendido papelito para inflamar la polémica. Por fortuna hubo luz de ambas partes y poco humo. José cedió

la palabra a su amigo Américo Castro, y así la respuesta perdió el tono personal que podía haberla trocado en diatriba. Ejemplo dió de prudencia y sabiduría. Éstas lucen más en la mocedad.

Unamuno se desbordó en una crisis antieuropeísta. "No soy europeo, ni moderno —exclamaba en esa carta que eligió a Azorín de confidente—. Tampoco quiero más método que el de la pasión. No hay que europeizar a España, sino españolizar a Europa. Tal es el único medio de que nos europeicemos en la manera que nos conviene, mejor dicho, para que asignemos lo que del espíritu europeo puede hacerse nuestro espíritu."

La tesis de José afirmaba que "el problema español es ciertamente un problema pedagógico; es que necesitamos, primero, educar unos pocos hombres de ciencia, suscitar siquiera una forma de preocupaciones científicas, y que, sin ésta para encauzarlos, el resto de la acción pedagógica será vano, imposible, sin sentido. Creo que una cosa análoga a lo que voy diciendo podría ser la fórmula precisa de la europeización. Si queremos tener cosechas europeas es menester que nos procuremos simientes y gérmenes europeos".

Hemos de detenernos en esta exposición dual para fijar bien la fecunda tendencia germinal a la que aspiraban, desde distintos ángulos, el maduro Rector de Salamanca y el joven ensayista. Conserva un valor de vigencia, de actualidad. Como tantas veces, las palabras latieron inútilmente; y la triste realidad de la España que tuvo oídos, y no oyó a estos hombres que le marcaban rumbos, ha seguido a la deriva de sus ásperas singularidades; y es hoy una península geográficamente, pero un islote inmenso y tétrico de incultura y de fanatismo; o si acaso lo prefiere la vanidad hispánica, diremos paradojalmente: vive en ella una cultura *in-*

culta, tejido de especiales prejuicios y de anormales conceptos. Digamos que aunque tardíamente nunca será tarde para seguir a los grandes espíritus que nos han señalado el camino. Precisamente cuando escribo estas líneas leo en los diarios, nada sospechosos porque son derechistas, que los estudiantes y círculos intelectuales del país "piden que se mejoren las condiciones políticas, sociales y culturales de España".

Los estudiantes de la Universidad de Madrid dieron a conocer una carta circular dirigida al joven Ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, pidiendo que el pensamiento español alcance más amplios horizontes. Se quejaban igualmente del complejo de inferioridad que dicen sufrir cuando entran en contacto con órganos estudiantiles de otras naciones *europeas.* Esta inferioridad, afirman los estudiantes, no sólo se ha hecho evidente en el campo de los conocimientos, sino también en el de las proezas atléticas.

He aquí un suelto periodístico que no debe tener vida efímera. Como que es la prueba de la clarividencia de las palabras orientadoras que José Ortega y Gasset y el mismo Unamuno, que en el fondo aspiraban a lo mismo, escribieron y pronunciaron en artículos y conferencias en la primera década de este siglo. Me ha sido dado sufrir este dolor de ver hasta dónde ha llegado el aislamiento, el retraso y el descrédito de una España conducida por los peores, en la que lo vulgar e inferior estaba revestido de prestigio, y en la que las palabras elevadas y certeras fueron desdeñadas.

6

Españolizar, universalizar, divinizar . . .

Recordemos ahora lo que dijo el Rector de Salamanca, que en 1936 había de morir de desesperanza al ver hollada la inteligencia y la cultura. El 13 de noviembre de 1929 explicó desde Hendaya cuál fué el fondo de la polémica que había tenido lugar años antes, en una carta dirigida a Guillermo de Torre y que éste publicó en la revista *Síntesis*.

Recuerda en ella primero que, "a los diez y ocho años, en 1880, a raíz de su llegada a Madrid para estudiar Filosofía y Letras, como leyera, en el mediocre texto de Metafísica vigente a la sazón, que Hegel hubiese negado el principio de contradicción, me puse a aprender alemán traduciendo la lógica de Hegel". "Conforme a la dialéctica de las contradicciones, de la tesis, la antítesis y la síntesis, llegué a comprender que europeizar a España era lo mismo que españolizar a Europa; que toda compenetración hasta la de una parte con su todo es mutua; llegué a comprender que el español que ansía hacer europeos en espíritu a sus compatriotas, tiene que trabajar en hacer españoles espiritualmente a los europeos, y para dar a conocer Europa en España me dediqué a dar a conocer y por lo tanto a querer a España en Europa y en el mundo."

Keyserling, mediando en esta contienda, había dicho: "siga pues siendo España lo que siempre ha sido. Para el español actual acaso sea un obstáculo el eterno español Unamuno, siendo en cambio el europeo Ortega y Gasset el camino de salvación".

Mas Don Miguel, desvirtuando el positivo significado

del párrafo de Keyserling, escribió en la carta aludida: "Jamás se me ha hecho mayor honor. Porque todo español eterno es, más que europeo, universal. Desde luego mucho más que un europeo actual. La eternidad española, como la francesa, la inglesa, la alemana, la portuguesa, la andorrana, es más universal que la pobre y triste actualidad europea."

Se evidencia en estas ingeniosas declaraciones, típicamente unamunescas, que no existe discrepancia en lo sustantivo, y que para ambos lo europeo es sinónimo de cultura y civilidad en las ciencias y en la vida política.

Y continúa Don Miguel en esta carta que escribió cuando convivía conmigo en Hendaya:

"Ha parecido arrogante mi lema de que hay que españolizar a Europa, pero yo debí haber dicho que hay que españolizar al Universo, lo que vale universalizar a España. Y si he de ser sincero, y como el Universo espiritualmente es Dios, debo decir que yo, el español eterno, al intentar eso trato de españolizar a Dios para divinizar a España. O no será en el fondo que el español eterno trata de Unamunizar a Dios para divinizarse. Y en él y por él a los demás."

La genialidad, llevada un tanto al esperpento, pero luminosa como un relámpago en esta parte, se extrema y nos deja indecisos. ¿Qué juicio debe merecernos? El exceso de artificio que juega con las más elevadas ideas como un sainetero con sus retruécanos, abruma un tanto. Pero, si superamos ese matiz, nos admirará el espíritu que palpita en el mecanismo de Unamuno, pronunciadamente audaz y desmandado. Acaso por demasías tan genuinas, dijo José que le parecía más a Miguel de Molinos que a Miguel de Cervantes. Mas este hombre de excepción, que ha navegado por los ámbitos univer-

sales con un estro de poeta y una clarividencia de filósofo, este magno espíritu desconcertante para el vulgo, es de alma tan grande que parece la de un astro enamorado de la filosofía y la poesía, a las que declara hermanas gemelas.

Nunca quiso engañar a nadie. No deseaba ser esto o lo otro, porque vivía por encima de todas las vanidades, volando sobre la suprema vanidad de su yo. Había penetrado en el infinito abismo negro. Su preocupación por la inmortalidad exteriorizaba la gigante amargura de su escepticismo. He sondeado muchas veces su alma en las conversaciones. Más exactamente, jamás he tenido que sondearlas, porque su verdad, su juicio angustiado borboteaban como claro hontanar. No creía en la trascendencia del ser, del individuo. Tampoco en la de la Humanidad. Muchas veces repetía la sentencia del Eclesiastés (I-16-17): "ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre, pues en los días venideros todo será olvidado y morirá el sabio como el necio. Sólo vive cada uno en su descendencia y en cada uno de los que derivan de él, según la carne, y vive también en todos y en cada uno de los que reciben los efluvios de su espíritu".

7

La poesía, escala filosófica de Unamuno

Pero es con la poesía con la que alcanza una filosofía que es de exaltación, el sumo instrumento clarividente, armonioso, para comunicar, como muy bien dice Julián Marías, "mediante contagio espiritual la sustancia más honda e inefable de su saber o de su afán de saber".

¿Por qué te reza y para qué nacimos?
¿Por qué y para qué fuimos los dos?
¿Por qué y para qué es todo nada?
¿Por qué nos hizo Dios?

Su verdadero y moderado sentido de la inmortalidad es el de encontrar sectores humanos en los que pervivir con el recuerdo. Aspira a palpitar en la memoria de los demás y en las líneas realmente inmortales o que la merecen ser de sus libros y de su rica inspiración cordial e iluminada.

Logra una admirable expresión de este anhelo en los siguientes versos:

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.

Y en este recuerdo vivo, aun caminando por entre las sombras de las enormes ausencias, de los vacíos gigantes que la muerte ha producido, más que en mi vida en mi pervivencia, entre Unamuno y mi hermano, aquél paternal y éste fraternal maestro también. Puedo contar como el *Fabio* de Lope:

No muero, que estoy muerto
entre memorias vivas.

Uno y otro son los paréntesis luminosos que encajan el pensamiento hispánico, en el que se encuentran las semillas que debemos esparcir y cultivar para que surja el jardín de España, que el achabacanamiento ensoberbecido en violencia ha convertido en muladar.

Son pensamientos que se compensan en su aparente discrepancia cada uno en el extremo del balancín. Tenemos que espantar con gritos y ademanes de razón y no con violencias estériles a la

Infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves

que vió volar Góngora, el, en cierto modo, Unamuno Cordobés. Para esa turba de negras y siniestras aves, "el verdadero pecado, acaso el pecado contra el Espíritu Santo, que no tiene remisión, es el de *herejía,* el de pensar por cuenta propia. Y se ha oído aquí, en nuestra España, que ser liberal, esto es, hereje, es peor que ser asesino, ladrón o adúltero. El pecado más grave es el de no obedecer a la Iglesia, cuya infalibilidad nos defiende de la razón y habitúa a no discurrir a los españoles". Añadiremos como escolio a estas palabras del *Sentimiento trágico de la vida:* La abyección espiritual que renuncia al ejercicio de calidad suma y distintiva del hombre, es responsable, y no sólo en España, de este universal envilecimiento de los regímenes políticos, de esta condena de los pueblos, sin apelación ante una conciencia nacional o internacional. Los mayores atentados contra las personas y los derechos encarnados en sus instituciones, se producen impunemente y ruedan por los abismos de una sensibilidad encallecida e inhumana. Ya veremos cómo ese panorama de incultura y crueldad mató a Unamuno, y también, en otro estudio que me propongo hacer, cómo angustió hasta el último estertor la agonía de mi hermano José.

8

Religiosidad sin religión positiva

Unamuno fué un espíritu profundamente religioso, con sensibilidad de agonías, de fuertes anhelos, pero sin que aceptase religión alguna en el sentido de práctica,

ni de fe. Julián Marías, el filósofo católico, juzgó que este adjetivo es incompatible con ese sustantivo; analiza con acierto tan esencial faceta, y por su especial autoridad hace indiscutibles sus afirmaciones. El deseo de captación se ha detenido con una honradez laudable. Después de una cita de San Anselmo, el que "razonó" sobre "la fe ciega", dice: "A Unamuno le faltó, en su labor intelectual y escrita al menos, la fe: no sólo la fe religiosa *sensu strictu,* la fe en la verdad total de la religión cristiana, sino también la fe en la capacidad de la razón humana para llegar a entender; *le faltó también la espléndida humildad que venera la verdad no comprendida,* a la que no puede ni quiere renunciar. *Esta es la razón del agónico esfuerzo que domina gran parte de la obra de Unamuno,* aunque aquí y allá se desgarra para mostrar una realidad más auténtica y profunda.

Por todo esto, y como antes insinué, creo que Unamuno, transportado por la intuición y la inspiración, ha escalado como poeta las más altas cumbres del concepto de verdad asequible al hombre y del estremecimiento ante la belleza.

El Poema *Teresa* es una de las metas de perfección. Tendremos ocasión de oírlo más adelante. De prodigiosa evocación es también su poema del *Romancero del Destierro,* "Vendrá la noche", que termina:

> Vendrá la noche sin hacer ruido,
> se apagará a lo lejos el ladrido,
> vendrá la calma,
> vendrá la noche.

Las estrofas de este poema han sido escritas en un castellano tan armonioso como el griego.

9

Paralelismo en la discrepancia

Mas volvamos al examen del paralelismo en el pensamiento y la emoción de Don Miguel y de mi hermano. No sólo es útil para comprender a ambos, sino también a España, y señalar prodigiosos vaticinios, principalmente del segundo.

A propósito del discurso que pronunció en el cuatricentenario de la Universidad de Granada, comentaba José que él opinaba que la Universidad se había acabado por ahora en el mundo, precisamente cuando los que le escuchaban creían que había triunfado más. "Sólo el viejo zorro que era Unamuno —decía de sí mismo que todo vasco llevaba dentro un zorro, pero que él llevaba dos— percibió el larvado vaticinio y le dedicó a este trabajo mío unos artículos." "Unamuno —añade—, de quien había vivido unos veinte años distante, se aproximó a mí en los postreros años de su vida, y hasta poco antes de la guerra civil y de su muerte, recalaba a prima noche en la tertulia de la *Revista de Occidente* con su cuerpo prócer, ya muy combado, como el arco, próximo a disparar la última flecha. Algún día contaré la causa de esta aproximación, que nos honra a ambos."

Recuerdo, en algunas de las tertulias a las que yo asistí, la reverencia con la que lo trataba mi hermano, y el gesto de hidalguía vasca del Rector de Salamanca. Aun significando cada uno ángulos de contemplación diferentes, se sumaban en el amor a la cultura y coincidían en el rumbo de España. Desde sus primeros ar-

tículos de mocedad José subrayó la elevada distinción espiritual con la que Unamuno combatía, violento, el agarbanzamiento, el desdén hacia la inteligencia que latía en la España oficial. Como en tiempos de Larra —decía— escribir era llorar . . . Para el mozo y para el viejo las ideas eran un juego, un trascendente deporte. José quería actuar sobre las realidades nacionales, braceaba y nadaba entre las circunstancias españolas. Pensaba en tener una vida dirigida por altos ideales. Unamuno acaso pretendió prescindir del ambiente inmediato, ser temporal, mas de "ambición eterna y eternizadora".

Las religiones, como sustancias transferibles expansivas, han fenecido para siempre, decía José. Durante el siglo XIX no ha podido ya fundarse ningún movimiento fecundo sobre bases religiosas, sino científicas. "Los viejos pueblos asiáticos —escribía— pudieron estremecerse fácilmente a la voz enfática y ungida de hombres que predicaban fórmulas indecisas y que, como tales, parecían infinitas a las muchedumbres. Hoy necesitamos de un gran esfuerzo de abstracción para hacernos explicable el nacimiento de aquellas religiones: siglo tras siglo, nuestro espíritu se ha ido afirmando, adquiriendo precisión crítica, robusteciendo su poder de inhibición, apartando la ganga sentimental del oro de las ideas." "Aquellas razas, según dice una autoridad, no necesitan para exaltarse más que una *kibla* y un *kitab*, esto es, una dirección para orar y un libro . . ."

Los movimientos políticos del siglo XIX, en cambio, han nacido de representaciones científicas. Una propaganda de actos de fe es un anacronismo, exclamaba ya en 1908; mas su admonición, que lanzó en muchas oportunas circunstancias y siempre con el bello troquel de su retórica, no fué escuchada, y la desviación de los

gobiernos de la monarquía exótica que gobernó sin comprendernos, se hizo cada día mayor, cada década más grave, hasta fraguar el terrible cataclismo, del que deseamos pueda renacer España. Todo se ha intentado a golpes de actos de una fe falsa proclamada por incrédulos. En nada es más dañoso el arcaísmo que en la política, ya que lo pasado está muerto. La política borbónica maneja fósiles, tan supermuertos que ni huelen a cadáver. Son huesos que los siglos han trocado en sólo útiles para la agresión cainita. Con una quijada de asno fósil se ha dado el último golpe de gracia a una España que aspiraba a vivir sin fanatismos inquisitoriales, sin torquemadas religiosos, aun sin creencias. Un armatoste pseudo-político sin motor, pero con frenos poderosos, la ha desviado de sus caminos históricos y le ha impedido ir de la mano y en la misma línea de las grandes naciones cultas del mundo.

Esas advertencias y esos vaticinios —si aquéllas no eran seguidas— hizo tan severa como elegantemente José desde 1908. Como en general, por un concepto deformado en confusiones, se desdeña a la política, me propongo consagrar un trabajo —si mi vida me da lugar— a la admirable acción política de mi hermano, la que considero acaso como la más meritoria y acertada de su vida. El descrédito que la policastrería dominante —la que hundió a España, monárquica o republicana, por la mentecata visión del Rey abajo o de Presidente abajo—, inclina a no pocos a dejar a un lado en la obra de José sus tremantes y diáfanas visiones políticas.

10

Concepto de la tradición

Otra de las confusiones de las mentes en penumbra que dominan en España por un fenómeno que José fué el primero en esclarecer y denominar el de la selección a la inversa, es el referente a lo que llaman *tradición* y *tradicionalismo.* Hizo su exacto deslinde cuando caminaba por tierras de Sigüenza y Berlanga de Duero, en viaje sentimental sobre una mula torda de altas orejas inquietas, tierra de tradición por la que cabalgó el Cid.

"No se crea —dijo— que soy un hombre de temperamento conservador y tradicionalista. Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado. Los tradicionalistas, en cambio, no le aman: quieren que no sea pasado, sino presente. Amar el pasado es congratularse de que haya pasado, y de que, las cosas perdiendo esa rudeza con la que al hallarse presentes arañan nuestros ojos, nuestros oídos y nuestras manos, asciendan a la vida más pura y esencial que llevan en la reminiscencia."

Lo grave de esas regresiones es su falsedad fundada no en el ánimo engañoso de este o el otro político, sino en la insensata creencia fanática —y generalmente irritada y cruel— de que lo muerto puede resucitar. Ante el monasterio ciclópeo, "la gran piedra lírica", de El Escorial, se han congregado muchedumbres fanatizadas creyendo que iban a revivir la grandeza, por cierto decadente, de Felipe II, con su famoso Sol domesticado tostando el mundo —como el santo y pacientísimo Lorenzo— rítmicamente de cada lado del Imperio. Hallaron sólo unas piedras sublimemente concertadas por Herrera de un granito descompuesto, que con los ecos

de inmensos claustros remedaban grotescamente desde las tumbas de reyes en ceniza, sus acalorados gritos, y digamos que habría sido preferible volver a los tiempos de Lope, de Cervantes, de Góngora, que a los del mísero Pemán, poeta gaditano, que aplauden los que quieren gobernar con aparecidos.

Tan equivocados tradicionalistas, son más bien profanadores de tumbas. Es conveniente, sí, dijo José, volver de cuando en cuando una larga mirada hacia la profunda alameda del pasado. Lo que antecede no desconoce que "en la medida en que estamos sumergidos dentro de una tradición vivimos sus formas" instintivamente. "El sistema de la tradición viene a ser en el hombre un sucedáneo del sistema de los instintos que como animal perdió; mas la tradición ha de concebirse como una evolución germinal, como el desarrollo de una semilla. Si miramos hacia ella será para medir el crecimiento, para regocijarnos de que cuanto más lejos de ellas nos veamos, más cerca estaremos de la flor y el fruto. Y si la cosecha ya se obtuvo será forzoso procurar otras semillas. La tradición, al menos en un sentido político y colectivamente vital, no puede ser nostalgia, ni deseo de quedarse en aquella hora inicial."

Se puede y debe amar el pasado, admirar sus grandes hechos y sus obras de arte, pero con el propósito de volver al presente. No porque recitemos los versos de *Myo Cid* vamos a ir a vivir al convento de Medinaceli en que fueron compuestos, ni a reproducir "aquel balbuceo heroico en toscas medidas de paso de andar en donde llega a expresarse plenamente el alma castellana del siglo XII, un alma elemental de gigante mozalbete, entre mora y celtíbera, exenta de reflexión, compuesta de ímpetus sobrios, pícaros y nobles".

En suma, llevar dentro ese heroico cantar es culti-

var la tradición, imitar al monje de Medinaceli, "el alcotán que los gritó desde un risco", sería un entretenimiento curioso acaso, pero tan estéril e intrascendente como el de descifrar charadas.

Y no digamos de los que llaman tradición —con lamentable ignorancia histórica— a hechos modernos de génesis exótica e ínfima, que han roto las positivas tradiciones peninsulares quebrando eslabones básicos de la genuina evolución ibérica. Tal hacen los que hoy se apellidan tradicionalistas en España, los partidarios de don Carlos de Borbón, que importaron el absolutismo de Versalles, como la mosca tse-tse que inocula la enfermedad del sueño. Y no menos víctimas ha hecho aquél en España que la susodicha mosca en África. Las instituciones levantinas de Cataluña y Valencia, las de Castilla y Aragón, podían haber dado en nuestros tiempos la cosecha de democracia, de vida hábil y moderna que han dado en Inglaterra, la cual tuvo, casi un siglo después que Castilla, Aragón y Cataluña, el parlamento. Mas los ingleses han sabido respetar y desenvolver ese germen que les ha llevado a la verdadera isonomía.

Mi hermano José dió solemnes y razonados aldabonazos, previsores y proféticos.

Decía en 1908 en la revista *Faro*: "En general sería difícil descubrir un grupo considerable de españoles capaces de reaccionar ante lo que no sea un *calembour* o una carga de caballería, últimos reductos de la literatura periodística y de la política de tertulia. El nivel intelectual va bajando tanto y tan de prisa, en estos confines de la decadencia, que dentro de poco no habrá academias, ni teatros, sino que, sentados los españoles en torno a enormes mesas de café, nos contaremos cuentos verdes. Y con ese gesto de simiesca apocalipsis desaparecerá una sublime posibilidad de riquezas

humanas, aún no sidas, de virtudes humanas aún no intentadas, de emociones profundas aún ignotas, todo eso que queremos designar cuando hablamos, religiosamente conmovidos, de *cultura española por venir.*"

Ya es una realidad ese cuadro siniestro que mi hermano quiso trazar con negras tintas para evitarlo. Y aun es más grave la realidad presente. Se ha sumado a la incomprensión, al fanatismo, a la barbarie, la más acendrada *idiotez* en el sentido de la raíz griega de este vocablo, que viene a significar ingenuidad irritada, violenta, que ha sembrado sus incomprensiones y el odio; ¡terrible siembra!, ¡cosecha de huracanes!

Había dicho José: "regeneración es el deseo, europeización es el medio de establecerlo. Verdaderamente que vió claro Costa desde un principio cuando dijo que España era el problema y Europa la solución". Costa fué en realidad el iniciador del remedio Europeo en los postreros años del siglo pasado.

11

España, posibilidad europea

En un artículo publicado el 27 de julio de 1908, decía José: "Muchos años hace que se viene hablando en España de *europeización.* No hay palabra que considere más respetable y fecunda que ésta, ni la hay en mi opinión más fecunda para formular el problema español. Si alguna duda cupiera de que así es, bastaría para obligarnos a meditar sobre ella, haberla puesto en su enseña don Joaquín Costa, el Celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo."

Trato de recoger las grandes ideas orientadoras, las

chispas que nos orientan en aquel choque de acero. Lo de menos es el llamado en esa contienda *europeísmo* como determinación geográfica. Lo que importa es su sentido como aspiración de cultura. Hoy no podríamos personificarla tan exclusivamente en Europa. Siempre ha sido una denominación carente de exactitud, de esa precisión que, como esencial a la ciencia, pregonaba mi hermano. Esto nos llevaría a una digresión aquí inoportuna. ¿Quién ignora la ruta de las civilizaciones que han partido de Asia, del Norte de África, hasta que en Atenas pronuncia Sócrates las palabras definitivas que partean la ciencia? El caso es que esa palabra, *Europa*, logró tal contenido, al menos en aquella circunstancia. Más tarde sacaremos las consecuencias de las ampliaciones que va logrando la cultura. Moradas son todas de esa emigración evolutiva, que comenzó a navegar en las naves de Ulises y aun antes en las fenicias.

No solicitamos más que esto: clávese sobre España el punto de vista Europeo, decía José en 1910 *(España como posibilidad)*. "La sórdida realidad ibérica se ensanchará hasta el infinito; nuestras realidades sin valor cobrarán un sentido denso de símbolos humanos. Y las palabras europeas que durante tres siglos hemos callado, surgirán de una vez cristalizando en un canto. *Europa cansada en Francia, agotada en Alemania, débil en Inglaterra, tendrá una nueva juventud, bajo el sol poderoso de nuestra tierra.*"

"España es una posibilidad europea. Sólo mirada desde Europa es posible España."

Mas preponderaba una vaguedad, una imprecisión que representada por el indocto perorador Ramiro de Maeztu, José combatió con elegante y cortés denuedo. "Nuestra enfermedad —había dicho, contestándole—

es envaguecimiento, achabacanamiento, y la inmoralidad ambiente no es sino una imprecisión de la voluntad *oriunda* siempre de la brumosidad intelectual."

De ahí el caminar vacilante y tardo del oso celtíbero, símbolo heráldico de nuestro añorado Madrid. El madrileño es sutil, ligero, de fino espíritu, mas la brumosidad, no por falta de entendimiento, sino de rumbos, se dispersa en superficialidades intrascendentes; en suma, se descarría, y por la misma razón por la cual Don Miguel solía decir que la ardilla es mucho menos ligera y menos veloz que el elefante. Éramos estanque, cisterna; además, llenos de fruslerías, cuando debíamos ser manantial de ideas. Y así se acumulan las dos opiniones: seremos españoles cuando segreguemos, al vibrar de nuestros nervios celtíberos, sustancias humanas de significado universal — mecánica, economía, democracia y emociones trascendentes. Bloque a bloque va emergiendo la trascendencia de la polémica en la que se enlazan los destinos nacionales. Se trataba de que España, geográficamente Europa, y durante siglos eje de prodigiosas culturas, típicamente europeas, mas que había sido desustanciada del europeísmo, volviera a ser e*uropeizada.* El titán de Graus, Joaquín Costa, lo había clamado al tiempo en que preconizaba la misión histórica de España en África. Habíamos sido desviados por el gran descubrimiento, que señaló a España otra misión aun más fecunda, pero que, al surgir a modo diríamos de un gran milagro, el de la aparición de un nuevo mundo, alteró, descoyuntó la normal evolución castellana. A Aragón y Cataluña las descarriló así de la política mediterránea de Fernando, uno de los más sagaces políticos de todos los tiempos, modelo del aleccionador de príncipes, Maquiavelo; a Castilla, de las empresas africanas, trayectoria marcada

por la Reconquista y por un complejo de razones históricas, culturales y demográficas que ahora sólo podemos insinuar. Inicia en pequeña escala el impulso africano el estadista Cardenal Jiménez de Cisneros; la Reina Isabel consagra esa tendencia y orientación de Castilla en su tantas veces declamado, pocas veces leído y nunca bien interpretado testamento.

12

Joaquín Costa, europeísta y africanista

Joaquín Costa es el gran celtíbero Precursor de Miguel de Unamuno. Ambos están marcados con el sello de la tipicidad peninsular. El paralelismo de estos dos geniales celtíberos requeriría que abarcase todos los aspectos para buscar esas *gemas* en el instante crucial de ansia entre muerte y vida de esta España a la que no le han permitido hacer nada de cuanto era profundamente español, esto es, prácticamente europeo, clamado por sus hombres más representativos, almas de España. Como dijo Costa al comprobar que había pasado toda oportunidad de expansión hispánica en África: "Yo he nacido tarde y España llega tarde a todas partes desde que la tocaron de parálisis los reyes absolutos . . . Italia e Inglaterra a un tiempo, Francia en medio y España dormida escandalizando al mundo con sus orgías demagógicas y sus repugnantes mitos y hecatombes absolutistas." Estas líneas las trazó en 1879. Más tarde comenta: "Pasaron los años y España siguió dormida, y cuando quiso despertar sólo tuvo tiempo de recoger en el norte mogrebino algunos peñascos que había de ablandar con su sangre."

Mas este comentarista, al expresar esa verdad, confundía lamentablemente los temas. Lo mismo le ocurría a la miope política de la Restauración borbónica. La orientación africana que ha pregonado el "testamento de Isabel la Católica" y la moderna de Costa, nada tienen que ver con el tosco y falso africanismo de la Restauración. Aquello pudo ser una ancha ruta española, esto sólo un conflicto de sacrificios que por rudos e insensatos ni aun podían alcanzar la jerarquía de lo heroico. El minuto crítico que tienen todos los problemas, singularmente los políticos, había pasado durante la vida de Costa. Por eso dejó de interesarle en la época en la que se firmó el Acta de Algeciras. En la misma *isla verde, al-chacira-al-jadra,* en que reunieron sus fuerzas y desembarcaron los hijos de Mahoma (otros tradicionalistas como los actuales), y donde los musulmanes fundarían más tarde la ciudad de Algeciras, varias naciones de Europa —mas de sentido antieuropeo— se repartieron el Norte de África como si fuera la capa de Cristo. Francia sufre hoy las consecuencias de sus incontenidos apetitos. El ideal civilizador y fraternal de Costa era muy distinto. La personalidad nacional de Marruecos, Túnez y Argel es imborrable. Se ha introducido la complicación de un problema de intereses. Como los franceses apenas emigran bajo la bandera y la organización en muchos aspectos excelente de Francia, se ha realizado la expansión de una emigración predominante de levantinos españoles. Bien que bajo bandera francesa, los españoles siguieron su corriente histórica. Antes de cortar esta digresión que hemos creído necesaria, he de citar los críticas y juicios que desde 1911, y aun antes, escribía José.

"Al ofrecer al público —decía en *El Imparcial* del 24 de junio de dicho año— estos extractos y notas so-

bre el problema de Marruecos, no hago sino prolongar un tema que siempre fué vivo en las predicciones de Costa, cuyo programa quisiéramos seguir defendiendo unos cuantos en toda su integridad material, bien que modificando su disposición y cambiando los acentos. En los últimos años debía decir el fenecido maestro que era ya tarde para acometer la política de Marruecos; nada más cierto, si se tienen en cuenta las esperanzas que Costa había alimentado, épicas esperanzas que él había espigado a lo largo de nuestra antigua historia; esperanzas sin duda ya anacrónicas y arcaizantes a la hora en que les abrió su corazón . . . Una política es una complicación incalculable de fines menudos y sagaces, de medios precisos y simples."

Francia había logrado desde Argelia y el Senegal atraer a sus puertos el comercio norteafricano. Mas las ambiciones francesas no eran sólo económicas. Artbauer, un austríaco que odiaba por igual a franceses y españoles (la imparcialidad a veces consiste en el equilibrio de los odios), citaba estas palabras del africanista Moulieras, que expresaban las ambiciones francesas: "Si Argelia y Túnez juntas pueden darnos 300.000 soldados mahometanos, ¿qué no es de esperar de Marruecos, cuando definitivamente entre en el dominio francés? Ese día será dueña del universo. ¿Qué ejército europeo podrá resistir el empuje de dos millones de bereberes y árabes armados y disciplinados a la francesa? ¡Qué admirable imperio colonial tendríamos en el África del Noroeste! ¡Túnez, Argelia, Marruecos! ¡Sobre todo Marruecos, que vale más que los otros dos juntos; Marruecos, el país incomparable de África, que algún día, según esperamos, será la flor más hermosa de la corona de la colonización francesa!"

13

Africanismo extemporáneo rifeño

Mas he aquí el resultado de políticos tan inteligentes como son los franceses cuando se ponen a soñar con que los bereberes van a dejarse matar por ellos. A los cuarenta y cinco años del arduo experimento les van a faltar soldados metropolitanos para sostenerse en donde creyeron plantar su *pepinière* de soldados africanos. Cortemos esta digresión, que ha sido indispensable por varias causas. Una de ellas, la experimentación de cómo son deformadas y desnaturalizadas las tendencias y posibilidades realmente españolas. Joaquín Costa, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, cada uno en su época, han sido eslabones prodigiosamente forjados en diversos estilos, mas con idéntica esencia del pensamiento español. Joaquín Costa no logró ni aun ser diputado. Unamuno y José lo fueron en un minuto de latido excepcional de España en las Cortes Constituyentes de la República. El largo período del achabacanamiento de la Restauración y del anodino reinado del Alfonso XIII, acostumbró a los españoles a desestimar lo eminente, a considerar que el hombre señero de elevado espíritu no podía ser político. Aunque se estime paradoja, la ramplonería imperante había logrado desacreditar el talento. Cuando mi hermano pronunció en el Congreso el discurso de mayor éxito de cuantos yo había oído en veinte años de parlamentario, el bajo ingenio lanzó todos sus pedruscos para desacreditarlo. El más típico sólo lo recojo a título de, expresivo del ambiente; fué el de llamarle *la masa encefálica,* como

si el tener talento fuese un defecto, una monstruosidad, y le hiciera un cabezudo de feria.

Nunca se repetirá bastante el viejo adagio castellano: *Castiella faze los omes e los gasta.*

Los ácidos de rencor, de envidia, de vanidad herida que no admite hombres superiores, habrán de ser analizados en un laboratorio del que nosotros no disponemos por ahora. Se ha cultivado una esterilizadora isonomía integral que no afecta tanto a los derechos que igualan a los intereses, como al propósito de someter a un rasero, según aquella lección de tiranía que dió Policrates, cortando las espigas que despuntaban en un campo. En no pocas de nuestras sociedades, el talento y la ciencia inspiran antipatía, como si se tratara de ostentaciones presuntuosas. Una de tales corrientes contra la República Española fué la de apellidarla República de Profesores. ¡Ojalá lo hubiera sido! Por desdicha, un vulgar sentido del concepto democrático llenó los Ministerios de algunos personajes verdaderamente cerriles. Se suponía que eran más populares por ser ignorantes. Ya hemos visto cómo se reaccionó ante la *masa encefálica.* Y ese cerrilismo, encajado en bandos hostiles con denominación de partidos, fué lo que llevó al desastre una solución política que ha sido la postrera posibilidad de salvación de España. Por inhabilidad política se provocó la reacción de las fuerzas negras y negativas que desde siglos vienen paralizando a la península. No dejaron a la nación experimentar las nuevas fórmulas políticas. Mas este es otro importantísimo aspecto que marginalmente puedo tratar aquí, si bien con el temor de que sea mal interpretado, cual suele ocurrir cuando se alude fraccionadamente a uno entre tantos. De mi alusión sólo se deriva una prueba más del odio a la inteligencia de la minoría negra. Pero

el pueblo la amaba y aspiró a la cultura en formas emocionantes y dramáticas.

14

Selección a la inversa

La juventud española había ascendido y era una de las posibilidades más brillantes y eficientes de Europa. Durante el breve período de la República se había asentado en sus cauces profesionales y científicos, dirigida por un magisterio largamente preparado y sin temor a cortapisas ni prejuicios confesionales. En un momento que, como había previsto José, era de decadencia en otras zonas de Europa, se disponía a conquistar hegemonía, prestigio, dignidad. Entonces, y como muchas veces les ha ocurrido a las brillantes y fugaces civilizaciones peninsulares, ingente barbarie que no ha dejado nunca de acecharla en su vecindad, destrozó, desconyuntó los sutiles rodajes de cultura que tan lentamente se fomentaron y enlazaron, pero que en súbito ataque son destruídos por otra invasión de almorávides, de almohades, de tribus bárbaras peninsulares y africanas dirigidas por jefes africanistas, antieuropeos. Tribus que han sido impermeables durante treinta siglos a la civilización, dirigidas por reaccionarios españoles, iban a asaltar a España.

El europeísmo de la famosa polémica, el de la España que es Europa, el de la Europa españolizada o universalizada de Unamuno, iba a ser brutalmente africanizado por las tropas de Regulares formadas por tribus de Beni-Aros, Yebala y otras de las abruptas monñas que, desde el siglo VI, vienen despeñándose sobre las civilizaciones peninsulares.

José había predicho el ascenso, en que fundaba sus esperanzas, de las juventudes españolas. Él predecía en 1908: "Esa juventud serena, laboriosa, desgarbadamente vestida, sin atractivo para las mujeres y probablemente sin buen estilo literario, es la única capaz de salvar los últimos residuos de dignidad intelectual y moral rígida que quedan en nuestra sociedad." En ese mismo trabajo afirmaba que España era el país donde más se ha clamado por la civilización y menos por la cultura. Esa *juventud* sólo quiere vivir con modestia —añadía—, pero suficientemente, independientemente; sólo quiere que se le concedan los instrumentos de trabajo: maestros, bibliotecas, bolsas, laboratorios, servicio de archivo, protección de publicaciones. Todo ese progreso de la España Europea lo vigilaban con recelo y odio aquellas *beatas lascivas,* como él calificó a una de ellas: la moral jesuítica.

Desde el siglo XI, en la luminosa Edad Media de Córdoba, y desde el XV en Castilla, España sufre esas periódicas imposiciones de barbarie que destruyen sucesivamente épocas de cultura. África —lo que convencionalmente así llamaremos en esta polémica— tiene un duelo a muerte en España, con lo que asimismo llamamos Europa. El mayor AZOTE y amenaza es el de las invasiones internas de barbarie, la rebelión de salvajismo interior que destruye con odio todos los movimientos progresivos. La península tiene bolsones y senos en los que no sabemos por qué aislamiento geográfico se cultivan y crecen esas tribus bárbaras que resisten a milenios de civilización y que, periódicamente, lanzan sobre las prodigiosas culturas peninsulares su zarpazo de fiera.

A un insigne escritor francés, Marcel Bataillon, debemos el admirable libro *Erasmo en España (Estudios*

sobre historia espiritual del siglo XVI), que todo hispanoamericano debe leer. Es un cuadro completo en los hechos y en la erudición, sagacísimo en las interpretaciones con que nos presenta a la España europeísta, eje entonces de Europa.

En pocos lugares tuvo Erasmo más partidarios ni seguidores. Representaba lo que en nuestros tiempos se ha llamado Liberalismo. Aspiraba a un libre examen sin herejía. Provocó en la península un movimiento de reforma mucho más elevado y sutil que el luterano. Como en otras circunstancias, aquel esplendor de talento y de cultura de los erasmistas españoles se había de frustrar. El criterio de Jiménez de Cisneros fué entonces el de "tratar y arreglar todo con su Iglesia, no con el fuego y las conmociones, sino con el soplo dulcísimo de una brisa ligera. Es decir, en la suavidad y la mansedumbre".

Pronto, sin embargo, empezaría a latir el africanismo fanático —más de alfaquí que de sacerdote cristiano— bajo el hábito de Torquemada y del insensato clérigo Lucero.

Nebrija, el gran humanista, se había anticipado en parte a Erasmo. Durante una década Nebrija se había formado en el ambiente de libertad crítica de Bolonia y estudió el método "racional y filosófico" de Lorenzo Valla.

Erasmo se ufanaba de sus numerosos y cultísimos partidarios españoles, pero no se engañaba, presentía al enemigo agazapado, tenaz y próximo: "He derrotado —decía— a los frailes en toda Europa; pero en España recomienzan siempre las ofensivas." No obstante, muchos franciscanos fueron erasmistas, como hoy verdaderos hombres del clero y de sentido humano y amor

a la cultura son contrarios al régimen que domina en la península.

Francisco Vergara pinta a España como un nuevo Gerión de tres cuerpos. "Lo sofístico, lo pseudoteológico y lo leguleyo, tienen una sola alma: el odio a Erasmo." Exacta imagen que parece actual, porque, igualmente, el desdén y el odio a los hombres eminentes de nuestro tiempo también tienen un solo nombre: el odio a la inteligencia. Terrible síntoma, el de esa terrible actualidad de lo pretérito.

Durante el imperio de Carlos V y parte del reinado de Felipe II, de 1527 a 1551, predominó en España una pronunciada corriente de libertad religiosa. La religión no trataba de imponerse por la violencia anticristiana, sino por la sapiencia patrística. Por eso, en ese período, España fué plenamente Europa a la hora en la que, contrariamente, la Universidad de París daba muestras de intolerancia. Berguín fué ejecutado en la hoguera, y la *Sorbonne* publica la estrecha "determinatio". Carlos V escribe a Erasmo una carta verdaderamente digna de su jerarquía imperial, redactada por su secretario Alfonso de Valdés, mas en la que sin duda campea el alto espíritu de aquel soberano(*).

(*) *El texto de esa carta, supremo testimonio del Europeísmo Español en el siglo XVI es el siguiente:*

"Honrado, devoto e amado nuestro: En dos maneras nos habemos holgado con tu carta: lo uno por ser tuya; el otro porque entendimos por ella comenzar ya a desfacer la secta Luterana. Lo primero debes tú al singular amor que te tenemos. El otro te lo debemos a ti, no solamente nos vino la república cristiana; pues por ti sólo ha alcanzado lo que por Emperadores, Pontífices, Universidades y por tantos y tan señalados varones hasta agora no había alcanzado; por lo cual conocemos que ni entre los hombres, inmortal fama, ni entre los sanctos perpetua gloria, te puede faltar y por esta tu felicidad entrañablemente contigo, nos holgamos. Catorce diciembre 1527. Carlos. Por orden de S. M. Cesarea, Alfonso de Valdés.

15

Periódicas invasiones de barbarie

El fenómeno que en esta polémica se estudiaba, del alejamiento o aproximación de España a Europa, como expresión de cultura, no es exclusivo de aquélla. Casi todos los pueblos del viejo continente, apéndice de Asia, han sufrido invasiones extra o antieuropeas.

Alemania era en buena parte escita, eslava, en muchos de sus sectores. Nietzsche decía que los alemanes no eran arios sino eslavos. Han cultivado con éxito las ciencias, pero éstas no han penetrado en su médula ni en su corazón por su tosca sensibilidad; y a pesar de sus altas virtudes han actuado colectivamente con la bestialidad de una tribu de cuadrumanos. Italia se desfleca hacia el sur en una incultura impermeable a treinta siglos de altas civilizaciones. Rusia —como decía José—, "la otra hermana en desolación de España", ha mantenido siempre sobre su cuerpo gigantesco, de músculos y nervios primitivos, una cabeza, un cerebro sutil. Sobre unos hombros prehistóricos, Rusia ha mirado hacia Asia, como España hacia África.

La verdad es que no existe ninguna cultura ni raza alguna que no padezca mestizaje. No obstante, el alcaloide de esa cultura europea que nació en Grecia, parteada por el *Vagabundo y Equívoco Sócrates,* con las artes de su madre la comadrona Feranate, es la Ciencia. En otro lugar insistiremos en ese punto radical. En tanto en cuanto un pueblo, una nación, son más capaces de cultivar la ciencia, son más o menos europeos. Hoy el mundo entero se está europeizando porque se

está haciendo científico. La revolución desde el poder que hizo el Mikado en el Japón en 1868 fué precisamente la de conquistar la ciencia europeizando el Japón. Esos asiáticos inteligentes, capaces de desarrollar la ciencia, no por eso perdieron ninguna de sus características. Sólo la última guerra les ha amputado algunos de sus fanatismos. Porque eran sabios y seguían creyendo que el Emperador era hijo del Sol.

Un interesante fenómeno histórico, que no ha sido bien notado ni analizado, es el de que naciones típicamente europeas y democráticas, como Francia y la misma Inglaterra, han apoyado en España movimientos retrógrados. Nunca han impulsado ni fomentado el liberalismo ni la democracia. Si en alguna ocasión han intervenido en España, ha sido para apoyar movimientos reaccionarios. La democrática Francia, la de los clamorosos y resonantes derechos del hombre, con ruido tal que aventa sospechas de oquedad, nos envió en el instante crítico en que los españoles en 1823 habían impuesto al Rey felón Fernando VII la Constitución, aquella expedición dirigida por el Duque de Angulema de los cien mil hijos de San Luis. Sin embargo los liberales españoles sólo trataban, con cierta inocencia, de que aquel Rey perjuro jurase una Constitución. Ni siquiera pretendían guillotinarle, como ellos hicieron con Luis XVI sin que nada se lo estorbase. La pormenorizada digresión histórica sería muy larga, pero nos basta la alusión, ya que sus hechos fundamentales y desconcertantemente paradójicos, que llegan hasta nuestros días, los conoce todo el mundo. Ni Inglaterra, ni Francia, por profundas y viejas rivalidades y recelos, han deseado que España formase prestigiosamente entre las grandes naciones europeas. Han preferido que sea un país aparte con la dignidad y la categoría me-

noscabadas por los regímenes sin libertad. En París se grita *viva la libertad*, pero en Madrid se aplaude el fanatismo negro y se apoya a los reaccionarios. Por eso Inglaterra también ha apoyado a la reacción española. Por estos apoyos múltiples, ha auxiliado a los últimos movimientos reaccionarios. Luego se frotaban las manos cuando esos retrógrados ibéricos los insultaban y entraban en alianza con sus adversarios.

Y así la decadencia de España ha corrido desde el Siglo de Oro —como dijo Costa— uniforme, continua, omnilateral. Y este mismo gran celtíbero, eslabón también que precede a los de Unamuno y Ortega, expresa con magníficas palabras uno de los desastrosos efectos que en el equilibrio moral y aun material del mundo significa el haber anulado a España. "¡Quién podrá calcular —dice— los desequilibrios de que ha sido causa la ausencia de España como factor de peso en la balanza del mundo durante el siglo XIX; ni quién, las devastaciones, expoliaciones y exterminio por no existir una España viva y potente que influya con su consejo, con su voto y con su espada, en la suprema dirección de los destinos humanos!" Considero utilísimo traer a cuento palabras olvidadas, pero que están vigentes: como tantos problemas españoles que, aunque viejísimos y llenos de arrugas como valetudinarios, son actuales porque no han encontrado solución. Si las causas fundamentales de la decadencia son internas en parte, acaso otras también esenciales nos vienen de fuera. Nuestra flaqueza, nuestra torpeza mental, acaso nuestra incapacidad, han consistido en no saber defendernos de las causas exteriores ni de las internas. Es más, por el desarrollo de estas últimas, hemos dado asidero a la envidia del exterior para que a su servicio se pongan nuestros internos defectos.

Entre las numerosas causas exteriores de esa decadencia, es curiosa y en cierto aspecto convincente, la de un sabio que no es historiador sino naturalista, Carlos R. Darwin en su *Origen de las Especies.* Aplica allí su teoría de la selección, diciendo que los autos de fe y los calabozos de la Inquisición han eliminado en España a los mejores, y, con su mecánica de selección a la inversa, han causado un descenso de las capacidades colectivas. La postrera y siniestra tragedia de España ha multiplicado sus hecatombes con el mismo sentido de aniquilamiento de los mejores. Tal perversión de los instintos vitales, que coloca al inferior en el pleno mando, ¿a qué dolencia o a qué inferioridad obedecen? Tal es el angustioso problema a investigar.

Las explicaciones naturalistas, antropológicas, sociales, políticas, históricas, que se vienen dando de la decadencia española, son enumeraciones de efectos y no de causas. Desde Álvarez Osorio, que atribuyó la decadencia en el siglo XVII "a haber faltado en la gobernación el don del consejo, a Macaulay, Galton, Buckle, Fouillée y los modernos Keyserling, Waldo Frank y tantos otros, han galopado todos con ingenio sobre este arduo problema, demasiado patente en su voluminosa y continuada realidad, pero demasiado oculto en complejas motivaciones. Puede decirse que este problema, de inmensa trascendencia humana, no ha sido estudiado aún a fondo, ni la ciencia moderna se ha enfrentado positivamente con él. Se hacen declamaciones, no estudios. Además esta decadencia está enlazada a la de otros países de Europa. La de Francia es positivamente mayor y con menos esperanzas. España conserva la vibración vital aunque bajo el rescoldo de los braseros tradicionales, resguardada por una piel de elefante.

Son muchos los pensadores españoles que, desde

Feijóo y Jovellanos hasta Costa y Unamuno, han coincidido en juzgar que el pueblo ha tenido escasa parte "en el desenvolvimiento lógico, normal de la sociedad española; que ha sido siempre producido por agentes exteriores y violentos con frecuentes y dolorosas interrupciones que explican la inestabilidad de nuestras instituciones políticas y la desorientación en que viven así el pueblo como las clases directoras, en orden a los ideales de la nación y los destinos de la raza hispana".

España es a la manera de un monte Testacio formado con los cacharros rotos de las instituciones ibéricas, órdenes corporativas, universidades autónomas, gremios, montepíos, propiedad comunal, jurado, fueros . . . Podría llenar páginas la enumeración de las instituciones tradicionales rotas en esta secular escombrera nacional.

La parálisis evolutiva de los gérmenes propiamente nacionales ha sido tal que Costa llegó a formular la sorprendente afirmación de que el programa político que representa él como independencia frente al monarca, y garantías de libertad, aún no ha pasado al panteón de la historia: "si alguna vez España ha de vivir vida propia *reanudando el hilo roto de las tradiciones*".

Nunca, efectivamente, ha podido España conseguir que su genio peculiar fuera el molde de sus instituciones modernas. (*)

En la polémica que comentamos surge un factor de inmenso volumen geofísico y moral: el Continente Hispano-Americano. Tanto Don Miguel como José le han consagrado lo mejor de su atención y de su sensibili-

---

(*) *"Programa Político del Cid Campeador." Ap.* Boletín de la Institución libre de enseñanza. *Nº 205. Madrid. T. IX. Página 241. 31 de Agosto 1885. "Representación política del Cid en la epopeya española." En el mismo boletín, tomo II, Noviembre 1878.*

dad. Pero sólo vamos a recordar un aspecto relacionado con el tema de la polémica. Hispano-América es la voluminosa prueba del europeísmo de España, por haber sido la que en todo momento ha procurado europeizarla. Si se examinan los senderos por los cuales la literatura y la ciencia, en suma el prestigio intelectual de Europa ha penetrado en América, se comprobará que el vehículo de su influjo ha sido España y el idioma español. Las modas, las escuelas, no han llegado directamente a América desde Francia, Italia o Inglaterra, sino siguiendo los mismos movimientos intelectuales que se iniciaban en la península y que eran inmediatamente transmitidos a América.

Los españoles, como es sabido, son crueles flageladores de sus defectos nacionales. Si bien, como Cyrano, "que otro se lo diga no consiente". Don Miguel se destacaba como personalidad aparte en la renombrada generación del 98. No se le podía encasillar en parte alguna, y por eso desde el punto de vista de su personalidad literaria, o filosófica, no puede decirse que forme cuadro con esa provecta generación de la cual quedan algunos supervivientes.

Baroja fué uno de los detractores más rudos de esos defectos, a mi modo de ver de manera superficial. No era, sin embargo, europeísta. Ha escrito en alguna parte: "Todos nuestros productos materiales e intelectuales son rudos, ásperos, desagradables. El vino es gordo, la carne es mala, los periódicos aburridos y la literatura triste. Yo no sé qué tiene nuestra literatura para ser tan desagradable." Como un personaje suyo que todo lo reducía al tanto por ciento, diremos que es sorprendente ignore por qué es tan desagradable esa literatura, cuando él aportó a ella más del setenta por ciento, con una admirable y tenaz laboriosidad.

Pero es que no era España la que don Pío se pintaba con su pluma áspera y ancha brocha. Elegía —como dijo José— "a hombres de condición inquieta y despegada que no echan raíces, ni en una tierra, ni en un oficio, sino que van rodando de pueblo en pueblo y de menester en menester, empujados por sus fugaces corazones".

¿Por qué esa predilección por tales seres? Un novelista que intente darnos el cuadro íntegro de la vida nacional, acaso deba ofrecernos los más diversos tipos de cuantos componen el país. ¿No será que a él le placían esos productos ásperos, y que a él le gustaba el vino de capa gorda, que yo he bebido o masticado en algunas comarcas? Al insigne panadero de Vera con placer le habría acompañado por otras extensas y doradas comarcas de Iberia, donde se puede trasegar el vino más sutil del mundo, o comer las más delicadas viandas. Tanto, que sólo el recuerdo me permite ahora suavizar las asperezas que he tenido que beber, o los cartílagos que he tenido que triturar fuera de España.

Contemplada en un remoto horizonte pasado por quien como yo es también viejo, se me antoja esa generación como de una solera un tanto fantasmal, primitiva y arbitraria. Son hombres anteriores a la era mecánica y técnica, que están más cerca de la cueva de Altamira que de la vida moderna. Baroja creó unos tipos que no existen o son rarísimos en España. Lo que no implica tacharlos de poco interesantes, ni privarles de originalidad estética. Mas en todo caso son eso, arbitrarios, no representativos. Gente andariega que no puede interesar al público sentada, sino que ha de distraerse con los nuevos paisajes y los distintos caminos. Las novelas de Baroja hay que contarlas más que por página por kilómetro. No ha sabido encontrar a través

de tantas páginas, ni un positivo español, ni un buen vaso de vino, ni un bistec decoroso, ni tampoco una preposición bien colocada. Porque, ciertamente, su retórica no es menos gorda que el vino que tuvo el infortunio de beber en la tierra del mejor vino del mundo. (Sin olvidar el champagne ni el vino del Rin . . . y tantos otros que omito para no hacer de "sumiller". Por vino de más o de menos no voy a dejar de ser universalista.) Baroja, sin duda insigne escritor, ha creado una selva amarga, agria, bronca y convulsa, llena de angustia y desamparo, donde habla una especie de Robinson peludo, frenético y humorista que azota sin piedad a los transeúntes. Mas huyamos ya de este mal bebedor.

Don Miguel conocía a fondo la literatura hispanoamericana y sintió siempre la preocupación de ese inmenso ámbito. Pronto vamos a llegar al fin. Se han ido ya los mejores, dejando un vacío inmenso que no podré llenar. Empezar a oír el adiós de las cosas es tanto como ver el crepúsculo de la vida serenamente. Forzoso es dejar que venga el nuevo día con nuevas gentes. No hay que desear *trasnochar* en un más allá que no nos pertenece y cuyo mecanismo tampoco comprenderíamos. Cada hombre es de su mundo limitado.

Mas el final de esta polémica es trágico, no sólo por el fin de estas almas insignes, sino por la forma angustiosa en que se fueron. Como quiero defender mi pluma de todo exceso, y no exponerla a que pierda su equilibrio, voy a seguir el relato, del que ya hablé al comienzo de esta prolongada introducción, que Guillermo de Torre hizo de los lamentables sucesos que tuvieron lugar el primero de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca. El régimen político que ya imperaba en Salamanca divulgó a los cuatro vientos la

adhesión de Unamuno. Pero, contrariamente, los mismos órganos de publicidad no manifestaron ninguna prisa en divulgar las subsiguientes declaraciones del maestro, totalmente opuestas. Sin embargo, fueron casi inmediatas. Se produjeron en cuanto el gran escritor vió de cerca el comportamiento de los rebeldes con la humanidad en general y particularmente frente a la inteligencia. Se celebró en la indicada fecha la inauguración del curso, presidida, como es lógico, por el Rector Miguel de Unamuno. La República, poco antes de explotar la guerra civil, con solemne ceremonia le invistió del cargo de Rector Vitalicio. Un profesor, del que es piadoso olvidar el nombre, hizo el discurso de apertura, ruidoso mosaico de lugares comunes a base de los tópicos manejados en España por los derechistas, discurso del más bajo servilismo. Como era de rigor se extendió en divagaciones sobre la patria y la antipatria, la España y la anti España, terminando con un áspero ataque a los vascos y a los catalanes, ya que es sabido que las autonomías regionales constituyen la bestia negra de tales gentes.

Unamuno, que presidía silenciosamente, aunque prendido de indignación y angustia, se levantó pronunciando una réplica vehemente.

"Acaba de hablarse aquí —vino a decir— de España y de la anti España. Pues bien, yo afirmo que en ambos lados hay patriotas y antipatriotas. En cuanto a mí, que soy vasco, me considero atacado, y el obispo de Salamanca que se sienta a mi lado, también, porque es catalán. Y lo mismo él que yo, ambos tan españoles como vosotros." La reacción que estas magníficas palabras produjeron fué una vergüenza. La voz de un general se alzó entonces lanzando un estentóreo: "¡Mueran los intelectuales! ¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la

muerte!" Estas bárbaras palabras pronunciadas por el general Millán Astray, jefe de las fuerzas africanas, representaban algo de lo que hemos anticipado: una de tantas invasiones con las que África ha destruído las civilizaciones peninsulares. Una batalla terrible y salvaje se encrespó frente al maestro. Las turbas de Barrabás tiraron piedras. Algunos profesores, pocos, se solidarizaron con Unamuno. El Rector estuvo a punto de ser lapidado. Tuvo que encerrarse en su casa, de la que ya no pudo salir sino muerto. En su momento contaremos cuál fué su último monodiálogo y su estertor. La policía vigilaba sus puertas y ventanas con la orden de evitar que pudiera salir, ya que se temía escapase en automóvil al extranjero.

Guillermo de Torre añade: "Recluído en su casa, dióse con valor cívico a delatar los horrores de la violencia y la crueldad imperantes, acusándose de su primer momento de ingenuidad." El escritor holandés J. Brower tuvo ocasión de oír esas manifestaciones de Unamuno, así como otros periodistas de diferentes nacionalidades. Las diversas versiones se resumen así: "Vivo aterrorizado por la violencia, el sadismo, la crueldad inconcebible de la guerra civil vista desde el campo rebelde. Acabo de recibir una carta del frente que llaman *nacional,* firmada por un conocido escultor vasco. Está llena de los lugares comunes habituales y acusa a los gubernamentales, que aquí llaman *rojos,* de haber arrancado los ojos a los niños, violado las monjas, etc., etc." Le he respondido textualmente: "No sea cándido. Adivino que su carta ha sido escrita al dictado para bienquistarse con la censura y le respondo, precisamente para que los censores vean que no soy otro cándido: todas las barbaridades que usted me cuenta como cometidas por los *rojos,* aunque sean ciertas, no son sino

pálidos incidentes, si se les compara con la crueldad, el sadismo sistemáticamente organizado en virtud del cual vemos caer aquí todos los días a las personas más honradas e inocentes, por el simple hecho de ser liberales o republicanos. Todos esos crímenes se ejecutan fríamente, obedeciendo a la consigna contenida en el doble grito de cierto general: ¡muera la inteligencia y viva la muerte!"

También declaró textualmente: "Al sublevado le da por repetir mis declaraciones sobre la defensa de la civilización cristiana y occidental. Pero lo que no ha entendido ese pobre diablo es que yo hablaba de su defensa utilizando métodos cristianos y no los de la fuerza brutal e ignorante, la violencia, el asesinato."

"Yo creí que este movimiento salvaría la civilización pensando que habría de operar con medios cristianos. Pero, contrariamente, he visto triunfar en él al militarismo, al cual soy fundamentalmente opuesto."

"No hay que darle vueltas; lo que esas gentes odian por encima de todo es la inteligencia. Son los enemigos jurados de cuanto representa espiritualidad. Y como el espíritu es Dios, son enemigos de la divinidad. Su religión es falsa y demoníaca." Tal es la fiera, trágica, siniestra actitud de la última invasión de África. El europeísmo no habría llegado a tiempo, y Europa misma estaba sorda a lo que debían ser sus esenciales sentimientos de solidaridad en la civilización, en la cultura y aun en la piedad.

DE FUERTEVENTURA A EL HAVRE | 1

En una mañana brumosa y helada del mes de diciembre de 1924 tomé el expreso de El Havre en la *gare Saint Lazare* de París. Mi viaje tenía por objeto esperar a Don Miguel de Unamuno, que debía llegar en el siguiente día de la isla de Fuerteventura, una de las Canarias, donde había sido confinado por el pintoresco dictador jerezano General Primo de Rivera.

El viaje había sido organizado con acentuados tonos de aventura romántica y política por el diario izquierdista *Le Quotidien* que, por entonces, lograba bastante difusión. La empresa de este periódico había montado la que llamó liberación de Don Miguel de Unamuno con vivos trazos de novela de folletín. Fué contratado un viejo barco de vela con motor, bergantín-goleta para que se aproximase a las costas de la isla de Fuerteventura. Habían sido desterrados allí Don Miguel

de Unamuno y Don Rodrigo Soriano. El redactor jefe de *Le Quotidien* se llamaba Dumas, y aunque no era ni mulato ni novelista, como el famoso autor de *Los Tres Mosqueteros,* acaso por el influjo del nombre hubo de organizar el asunto como un episodio novelesco.

Los *insignes desterrados* fueron adecuadamente advertidos. Al divisar la arboladura del barco, el cual se haría notar con un detonante cohete, habrían de aproximarse a la playa, donde una lancha motora les esperaría para conducirlos al bergantín libertador. El complot era ruidoso, y sin sigilo. Tanto que llegué a sospechar que el dictador, que no sabía ya qué hacer con los *ilustres desterrados* que le insultaban y zaherían con su gran ingenio en entrevistas y artículos que llenaban la prensa mundial, había sido más bien un pasivo cooperador de la evasión. El bergantín-goleta había sido rebautizado con el nombre de *Libertad.*

El plan se realizó sin inconvenientes. Un mar cuajado ayudó a la maniobra. Los fugitivos, los "ardidos del Rey", como dice el *Cantar de Myo Cid,* subieron en efecto desde una aislada playa a la lancha, sin que los carabineros ni nadie les pusiesen obstáculos. Y aunque sea alterar un tanto el orden de las cosas, Don Miguel me relató más tarde así el episodio:

—Tuvimos que marchar más de tres kilómetros por un camino pedregoso. Para mí, habituado como he estado siempre a hacer grandes caminatas, no significó nada tal esfuerzo. Aunque íbamos descendiendo, a veces el sendero se ondulaba, y, al subir las cuestas, Rodrigo Soriano, la cara roja y congestiva bajo el sol de África, resoplaba fatigosamente. Aquel hombre comía enormemente y, luego, se ahogaba. Al medio día se embauló una enorme lata de langosta, plato fuerte aunque no sea tan indigesto como su retórica. Yo caminaba, sin traba-

jo, pero con melancolía. Cada paso me llevaba al destierro. Porque hasta entonces había vivido en esta españolísima tierra de Fuerteventura y había recorrido Tenerife, pobladas todas estas islas por una raza humana de los Iberos en las remotísimas gestaciones de los poblamientos peninsulares, cuyo enigma étnico comienza a descifrarse.

"El coloso del pico de Teide preside aquellos inmensos panoramas. Me dolía alejarme de esta grandeza sublime en la que había vivido con tanto reposo y bienestar. La talla del Teide no es isleña, sino continental. La isla es a modo de pedestal que ha sobrevivido al hundimiento de la Atlántida. Ese gigante de piedra, volcán semidormido, de potente y cálida respiración, es un testimonio del cataclismo que contaron a Solón los sacerdotes de Sais. Y la convivencia de aquellos descendientes de los guanches, tan sencillos, y tan hidalgamente, diríamos mejor tan homéricamente primitivos, había creado en mí vínculos de profunda simpatía. Como hijos de un volcán, son ardientes y firmes. Dejarlos para irme con el asmático constructor de parrafadas del año ochenta a la ciudad de los máximos artificios me llenaba el ánimo de tristeza. Iba a cambiar mi situación de confinado en una tierra que es una Iberia aun más antigua que la peninsular, por el verdadero destierro en la renombrada Lutecia, la complicada ciudad de los malabarismos del espíritu, con más ingenio que sustancia; la de las muchas muchedumbres que me asfixian y encocoran.

"Todo esto mentaba al caminar hacia el barco. Y hubiera deseado decírselo a alguien, como ahora se lo cuento a usted, Eduardo. Es para mí la marcha un estimulante de la conversación. Mas preferí entonces ensimismarme. Me exponía, de otra suerte, a provocar un

discurso o, lo que es peor, un párrafo *redondeado.* ¡Oh, no! . . . Me inspiraba demasiado respeto el Teide. Llegamos a la playa, que era amplísima. Se perdía de vista sin que la interrumpiesen rocas y promontorios. Para despedirme de aquella vida simple y bucólica, de belleza seca y austera que no podrá comprender nunca un Romain Rolland —escritor tan eminente y noble como incomprensivo—, le pedí a un pastor, cuyas cabras comían las secas hierbas y ásperas pitas que el cabrero les cortaba, que me ordeñase uno de aquellos ubérrimos animales que criaban una leche densa y casi milagrosa en aquellas áridas parameras. La ordeñó en un cuenco de madera y me supo a elixir de tomillo, de retama y de jara. Saltamos al bote. Soriano se escurrió de la borda y se mojó hasta la cintura. Seguramente se le iba a indigestar la langosta. El motor funcionó, y a los pocos minutos estábamos en la cubierta del bergantín. Bogamos luego a velas desplegadas con un viento favorable. El coloso, al que Herodoto apellidó ya Atlante, rey de estos piélagos a los que dió su nombre, se destacaba, colosal, frente a nosotros(*). Porque en aquel momento enfilábamos la isla de Tenerife. La cumbre permanecía despejada y su silueta cónica nos fué visible mucho tiempo después de dejar atrás la isla de Tenerife."

Sigue Don Miguel comunicándome su fervor sobre Canarias:

—No se ha prestado toda la atención que merece al redescubrimiento y conquista de las islas Canarias.

(*) *Libro IV, 184, Herodoto. "Monte que tiene por nombre Atlante, cilíndrico por todas partes redondo y a lo que se dice tan elevado que no alcanza la vista a su cumbre por estar en verano como en invierno cubierta de nubes. Dicen los naturales que su monte es la columna del cielo; de él toman el nombre sus vecinos llamándose atlantes, de quienes se cuenta que ni comen cosa que haya sido animada ni durmiendo sueñan jamás."*

Fué el prólogo de la de América. Como que ciertamente puede afirmarse que se ocuparon las Islas Afortunadas hasta que se firmaron las capitulaciones con Cristóbal Colón en Santa Fe, en el momento cumbre, también, de la historia española de la toma de Granada. Los guanches fueron los primeros indios de Castilla. Y se plantearon respecto de ellos los mismos problemas que no mucho después habían de surgir en América. Hasta se da la coincidencia de que el defensor de estos indios guanches fué el primer Obispo de Canarias, que se llamó Don Alberto de las Casas, de igual nombre que el luego meritísimo y afamado Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, al que Jiménez de Cisneros había de dar el título de Protector de los Indios. Este Obispo de Canarias, hermano de Don Guillén, era teólogo y lingüista; hablaba el idioma de los guanches, que también se ha dejado perder, como los arcaicos idiomas iberos. Tengo para mí que los guanches, su idioma y costumbres primitivas, han ofrecido hasta épocas muy recientes medios de inquirir cuestiones prehistóricas de Iberia.

—Don Miguel, sus palabras señalan un camino nuevo. No hay una positiva historia de Canarias, ni creo que investigaciones realmente científicas del género que usted indica. El único intento histórico que conozco es el libro del presbítero José de Viera Clavijo, publicado en 1858 bajo el título de *Historia General de las Islas Canarias.* Es un libro pulcramente escrito y que acumula con acucioso interés el cuadro de tradiciones y de vida de las tribus guanches tal y como han vivido hasta el siglo XV. Describe escenas y hombres que tienen una remota resonancia homérica.

—Conozco ese libro, que confirma lo que decimos y ha salvado del olvido datos importantísimos. En orden

a la filología, estampa vocabularios que permiten establecer la similitud lingüística de los dialectos canarios con las lenguas africanas. "Guan" significa hombre, y de ahí "guanche". "Guanchetinerfe" es, por ello, hombre o guanche de Tenerife. A La Palma la llaman "Tamareo", lo mismo que en árabe, fenicio y hebreo. Mas en una conversación sólo se pueden manejar estas palabras como objetos curiosos. No hablo ahora como filólogo. Sin duda irradia de estas palabras la magia del arcaísmo. Es notorio que, como antes le decía, en las Canarias podrían descifrarse mejor aun que en otros lugares del Norte de África muchas incógnitas ibéricas. Los reyes o "meceyes" —así los llamaban en Tenerife— repartían anualmente las tierras como las tribus prehistóricas ibéricas con el régimen comunal que hasta nosotros llega y que perdura en sus formas primitivas entre los bereberes del Norte de África. Es lástima que Joaquín Costa, que tanto manejó estos temas, no hubiera conocido y analizado esta área primitiva que los siglos habían dejado sellada como una tumba faraónica. Mas, en fin, ya continuaremos esta conversación. Hay sobre esto muchas cosas que decir. Vengo impregnado de este arcaísmo geológico, paradisíaco y humano que son Fuerteventura y Tenerife principalmente. aunque en las demás islas Canarias quedan muchas huellas también. Esta tierra me ha hecho hablar en verso. Traigo terminado mi *Cancionero del Destierro*. ¡Qué olas las de este lejano Atlántico, de profundidades abismales! ¡Qué rumor tan nuevo y eterno el de esas olas al formar su crin de espumas y doblegar su cuello enarcado! En esa isla seca y encantada todo era verso. El Teide debiera ser el emblema de Iberia como lo es el Fujiyama del Japón.

He querido que precedan estas impresiones de Don

Miguel como si se las hubiésemos oído a bordo. Volveremos sobre el tema, ya que muchas veces lo habrá de suscitar. Don Miguel, como *sabía* profunda y prolijamente, amaba apasionadamente, y su amor era la llama de su comprensión. Muchas veces me dijo: "Verbos sinónimos: comprender y amar".

Paseaba impaciente y helado por los muelles de El Havre, encasquetado en una gorra con orejeras y abrigado con mi chaquetón de pieles que solía usar en las excursiones venatorias. El bergantín *Libertad* avanzaba lentamente entre jirones de niebla para atracar en el muelle. Pusieron al fin la gradilla entre el barco y el muelle y vi destacarse sobre el fondo blanquecino del horizonte la silueta aventajada de Don Miguel, enfundado en su traje oscuro, cuyo chaleco se cerraba en el cuello. Jamás le vi usar gabán por extremado que fuese el frío. Un día de invierno en que le di una palmada en la espalda, descubrí un secreto. Se forraba con papeles de periódicos. Como éste no es poroso, abriga más que la lana. Así lograba su propósito de realizar sus fines por caminos originales, sencillos, baratos y eficientes. Un día me dijo:

—¿Quitarse el frío con un gabán de piel? . . . Eso no tiene mérito y es caro, embarazoso, molesto y hasta un poco salvaje. Se abulta más que un banquero, para ir disfrazado de animal como los cazadores-prehistóricos hacían al aproximarse, bajo una piel de ciervo, a sus víctimas. Así las engañaban haciéndoles creer que eran animales de la misma especie.

Don Miguel pisó al fin la tierra francesa. También el otro insigne evadido de Fuerteventura, Rodri-

go Soriano. Les esperaba una comisión de redactores de *Le Quotidien*, el *maire* de El Havre y el obligado cortejo de relampagueantes fotógrafos. El alcalde invitó a los recién llegados y a mí a una comida en honor, según dijo, "de los ilustres desterrados que habían llegado a la patria de las libertades". La cordialidad francesa, alegre e ingeniosa, recibía a sus huéspedes con todo agasajo. Mas, inmediatamente, me vi envuelto en el mayor de los conflictos. Apenas desembarcó Don Miguel me llamó aparte y me espetó de manera tajante:

—Mire, Eduardo, ahora mismo le va a decir al alcalde que agradezco, desde luego, mucho, su invitación, pero que no asistiré a la comida si va a ella también Soriano. No puedo seguir tolerando esta confusión del dictadorzuelo Primo de Rivera, emparejándome con ese hombre.

—Por Dios —repliqué a Don Miguel—, no plantee una situación tan absurda ante extranjeros amabilísimos y que nada tienen que ver con esas cosas. Las calificarán, con razón, de majaderías y se reirán de todos nosotros. Si cualquier periodista francés, con su ingenio proverbial, se entera de tan pintoresca situación, vamos a tener que volvernos todos al pico del Teide.

—Mire, Eduardo, es que usted no sabe la violencia con la que he tenido que soportar la contigüidad del convivir con este fabricante de retórica vieja y pedregosa. Y no es que sea indigesta. Muchas cosas hay indigestas, como la langosta que él consume en grandes cantidades, pero que son excelentes. Su prosa es indegutible, como la estopa.

—Está bien, Don Miguel. Pero ¿qué tiene que ver la prosa de Soriano, ni su apetito, con las atenciones de que nos hacen objeto?

Mas Don Miguel era como un niño terco y no pocas veces advertí en él la pueril delectación de estas situaciones. Le dije que no me haría cargo de tales mensajes. Por su parte Soriano me llamó también a un rincón y me espetó análogos desabrimientos contra Don Miguel. Ni el propio Tayllerand tuvo jamás que resolver dificultad diplomática tan complicada. Estaba bien cierto de que, dejando correr las cosas, asistirían ambos a la comida. Acompañé a Unamuno al hotel para ayudarle a que se le pasase la rabieta. Me retuvo en su cuarto mucho tiempo. Deseaba que le contase lo que ocurría en España y aun en el mundo, del que había estado aislado en aquellos meses. No obstante su apasionamiento no le atraían demasiado los episodios de la política española de entonces. Recuerdo sólo que me dijo que tanto Primo de Rivera como el rey, que había impulsado a aquel dictador, daban la impresión de ser dos aldeanos que nos abochornaban, no por su insensatez política, sino por su tontería e inocencia. En cambio volvió a continuar sobre el tema de Canarias, cuya tierra le había poseído.

—Aún no he salido, Eduardo, del encanto de Fuerteventura. Nunca he podido abandonar rápidamente las cosas. Aunque haya salido de un lugar éste ha venido dentro de mí. Estoy admirado de la grandeza homérica de los guanches. Miente la historia cuando dice que fueron conquistados. Supieron resistir en la Gran Canaria y en Tenerife a todas las agresiones. La conquista fué más moral que material. Eran tan diestros y audaces en la guerra que sabían hurtar el cuerpo ágilmente a las flechas con un garbo y destreza sin igual. La historia de las derrotas de las sucesivas incursiones de las huestes de Betancourt o de los portugueses, es prolija. Quiero contarle a usted un episodio que mues-

tra la nobleza realmente olímpica de estos que parecen guerreros de Troya. Los canarios aprendieron el arte guerrero europeo a fuerza de victorias y con las armas de sus enemigos. Tenían rodelas y espadas de portugueses y españoles, y aun con sus dardos, un arma que llamaban "tabona", incrustados pedernales en la madera, resultaban invencibles. Ascendían por las montañas, saltaban de peña en peña con agilidad pasmosa. Deseo contarle un episodio que revela esta grandeza de alma. El gran señor portugués Diego da Silva partió con 200 hombres y tres carabelas, acompañado de Guillén Castellanos que hablaba la lengua canaria. Saltaron a tierra en el puerto Agamastel, junto a los bañadores de Galdar, sin ser notados por los isleños. Marcharon incautamente por una montaña cubierta de una selva muy espesa, con lo que tuvieron tiempo los guanches de vislumbrar las embarcaciones y reconocer a los enemigos. El Rey Semidán formó rápidamente una hueste de 600 soldados pensando atacar a los portugueses cuando subían la cuesta. Pero combinó la operación de manera que no pudiesen, al huir, retroceder a sus bajeles, colocando fuerzas que les cortasen la retirada y poniendo fuego por la parte del mar. Silva emprendió una marcha lateral para llegar a un llano próximo a la aldea de Galdar. Pero se vió fieramente acometido y no tuvo otra defensa que recluirse en un cercado en el que había una muralla redonda. Allí, con tenaz valor, se defendió durante dos días. La situación se le hizo intolerable por el hambre y la sed y tomó el partido de enviar al intérprete al Guanarteme, que así llaman a su príncipe, para capitular. Pero los canarios les hubieran despedazado, a no ser por el rey que tuvo que emplear una nobilísima estratagema. El mismo rey se asomó al reducto en el que estaba Silva, y éste le pidió que le

dejase embarcar libremente. El príncipe le dijo: —Europeo, ya veis que tú y los tuyos habéis venido voluntariamente a aprisionaros en este corral que es, por cierto, un lugar de malhechores. Ninguno de vosotros puede evitar el castigo de su temeridad. Me tenéis muy dolido; sin embargo, quisiera perdonaros, mas tengo que ver el medio de lograrlo, porque esta multitud me pide venganza. Si fuerais leales como lo somos los canarios, os propondría una estratagema, y es la de que me echaseis mano ahora y fingieseis que estabais dispuestos a quitarme la vida en el caso de que mis vasallos no os dejen retiraros.— Cuando el noble y valiente portugués oyó de la boca de un príncipe bárbaro y victorioso semejante propuesta, se le arrasaron los ojos de emoción, y se echó a sus pies besándole las manos. El rey les acompañó hasta los bajeles con su gente, que sólo por su respeto se contuvo. La grandeza moral de este príncipe revela virtudes extraordinarias. Silva, antes de embarcar, le regaló una espada sobredorara y una caperuza de grana fina. A cada uno de los "guaires" (consejeros) les regaló igualmente una espada. Luego sus súbditos le quisieron matar, pero su noble autoridad se impuso.

Con estas conversaciones dieron las doce, que es la hora tradicional de comer en Francia. Como yo esperaba, Don Miguel olvidó las importunas manifestaciones que hizo al desembarcar y se dirigió conmigo al restaurante en que iba a tener lugar la comida.

Ya estaban allí casi todos los comensales. Entre ellos Rodrigo Soriano, con su retórica buena o mala y con su gusto, que después de todo yo comparto, para comer langosta con mayonesa. La grave dificultad diplomática había quedado obviada.

Don Miguel pronunció unas palabras cordialísimas

agradeciendo el agasajo. También habló Rodrigo Soriano en un francés tan dificultoso que parecía un idioma nuevo, incomprensible, inventado por el gran escritor. Recuerdo el detalle cómico de que no sabiendo cómo expresar su gratitud ante su dificultad lingüística, agarró la cabeza del alcalde, que estaba a su derecha y que era relucientemente calvo, y estampó allí un beso sonoro. El efecto sentimental quedó trocado en risa. Era una hora de alegría porque había circulado generosamente el prodigioso vino de Francia, al que le ocurre lo que al café, que si no es cosa que piensa es cosa que hace pensar.

Don Miguel se recluyó en el cuarto de su hotel muy temprano, y por la mañana, no mucho después de amanecer, tocaba en el mío. Como estaba prevenido respecto de su mañanero despertar, me encontró ya vestido y preparado a acompañarle. Hasta el mediodía en que salía el expreso de París teníamos tiempo de recorrer las calles de El Havre. El cielo estaba anubarrado. Enormes nubes oscuras galopaban rápidamente al impulso de un ventarrón que debía ser en las alturas muy grande pero que apenas se advertía en las calles. Las tiendas y tabernas tenían aún encendidas las luces eléctricas y los charcos que había dejado la lluvia nocturna mezclaban sus reflejos con los del amanecer. El paseo no fué muy largo. Temimos perdernos en las estrechas y oscuras rúas de aquella antigua ciudad marina que parecía dormida y en la que sólo se notaban los numerosos ruidos de la actividad del mar, sirenas de barcos, topetazos de las maniobras de los trenes en los muelles y olores a salazón y alquitrán. Era el último día del mes

de setiembre. Unamuno había perdido la cuenta del tiempo, como suele ocurrir en los viajes marinos, aun más en un velero romántico, y, al fijar la fecha, viendo un almanaque de pared, dijo:

—Es curioso. Ayer cumplí sesenta años. Nací el 29 de setiembre de 1864. Parece que el destino me brinda un nuevo nacimiento al llegar a Francia. Y en realidad he llegado a otro mundo. Es éste tan distinto, tan antítesis de mi amada isla Fuerteventura, que es un tránsito de una vida a otra. Pero aquello será siempre el cielo. Deseo creer que éste es otro cielo y no un poco de infierno. Allí todo era sequedad y esto parece que se disuelve en charcos. Como es húmedo no será infernal.

Entramos de nuevo en el hotel, porque el frío un tanto prematuro hacía poco grato el paseo matinal. Nos sentamos en dos hermosas poltronas en el hall del hotel.

—El clima ardiente de Fuerteventura —dijo Don Miguel— pone en la naturaleza un gesto sediento, pero grato y sano. Diría que es un clima prehistórico, de alguna época interglacial. La isla es como un esqueleto tendido sobre el mar. Pero los conocedores de belleza, es en el esqueleto donde la advierten. Hay que saber descubrir en una calavera una hermosa cabeza de mujer. El paisaje es árido y de una belleza evangélica. La sed de los campos es trágica y de ahí esa enjuta rigidez. Experimentaba a veces angustia al ver embarcar las reses para buscar pastos en otra isla. Las tierras están desnudas y sólo producen una áspera vegetación de aulagas, de cuyo tallo surgen espinas y flores. Por pobre que sea aquella tierra no prescinde de la coquetería de adornarse con unas humildes flores amarillas que destacan sobre la tierra roja. Los camellos y las cabras son los

únicos seres que comen esas flores con espinas y todo. También hay una planta que llaman "tabaiba", de la que al cortar su tallo zuma un líquido lechoso pero acre y corrosivo. ¿De dónde sacarán esas ingeniosas plantas su alimento para producir flores y jugos? Viendo a la aulaga pensaba en la magnífica poesía de Leopardi: "La Ginestra o il Fiori del Deserto". Pero aquella tierra esquelética, enjuta, toda ella huesos, retempla el ánimo. ¡Espinas y flores! ¡Qué lección de estilos! Paisaje de peregrinos que están ya fuera de la tierra, que han emigrado a un satélite próximo. Romeros de inmortalidad que viven en esta isla fuertemente venturosa.

—¡Todo el mundo habla de los climas como de algo propio! Efectivamente, Don Miguel, recuerdo que un pariente mío, malagueño, al venir a Madrid en un invierno, sacándose las palabras del embozo de la capa, tiritando, me decía: ¡Esto es muy hermoso, pero aquí lo que os hace falta es clima! . . . ¡Nuestro clima! —Y así en muchas otras partes.— Dije: en efecto, el clima es en Málaga una propiedad municipal.

—Y estos nobles Iberos habitantes de Fuerteventura, como de las demás Islas Afortunadas, se comen también un alimento prehistórico. El famoso "gofio", hecho de grano tostado antes de molerlo, harina de hombre primitivo, de cuando aún no se habían inventado los molinos. Harina tostada y no fermentada. La fermentación del pan es cosa ya de civilizaciones modernas. Por eso parece que esta isla que aún traigo en mi mente con visión que se exaspera, se exaspera por esta más que mucha humedad que aquí nos recibe. Parece aquello un país que diríamos utópico. Utopía es, según su raíz griega, lo que no tiene lugar donde estar, lo que no se puede colocar en alguna parte. Por eso estas Islas Afortunadas, aunque conocidas desde los más remotos tiem-

pos, el mundo antiguo no supo nunca dónde colocarlas. ¡Para mí han sido una revelación! Fuerteventura es una ultra Castilla. Es mucho más Mancha que la de Don Quijote, porque es aun más seca, más árida, con más reverberaciones debajo del sol, que diríase son espiritualidad de la tierra las almas que vibran. Por eso, si Dios me da lugar, algún día organizaré un viaje de Don Quijote a Fuerteventura, para que le lleve a Dulcinea las flores amarillas de sus campos, los cuales tienen la rica y poderosa hermosura de su noble y robusta pobreza. Y la leche acre y cáustica de la tabaiba, que es como el sudor de sus huesos. Por cierto que esta planta es un dragón en miniatura. Si bien este gran árbol, típico de las Canarias, desprende una savia roja como sangre. En toda España hay aulagas que les llaman también aliagas, árgomas o tojo, pero no se pueden comparar con el esquelético vegetal de Fuerteventura. Me parece estar contemplando a un camello dando vueltas en la noria, teniendo por fondo el paisaje de Betancuria. Las cosas más viejas parecen novedad en estos campos primitivos. En ellos ha habido también *historia,* es decir, luchas y batallas. Esta gran osamenta tendida sobre el mar tenía dos reinos: el que ocupaba la mayor parte de ella y el que formaba la pequeña península de Jandia, separada por una gran muralla, que aún se conserva.

"Nunca hemos sentido tan cerca el concepto de inmortalidad como en esas tierras secas y plutónicas. En ellas he podido heñir mi morriña, amasar mi nostalgia del más allá. Aquello es inmortal acaso porque es incorruptible. ¿Muerto? No lo serán nunca ni Colón, ni Cervantes, ni fray Luis de León, ni tantos como vivan en nosotros. En la humanidad sólo los detritus se pudren y perecen. Lo selecto es incorruptible y eterno.

Los Faraones aspiraron a serlo por un camino falso con sus embalsamamientos y, aun más, con sus retratos en piedra. Mas eso no dejaba de ser un truco de su abuso de poder. Sólo son inmortales los grandes creadores del espíritu. Con las estatuas de los Faraones los que se inmortalizaron fueron los prodigiosos artistas que las tallaron. Porque pusieron ideas y arte en las durísimas piedras. Sin contar con aquellas en las que hablaron los jeroglíficos."

Don Miguel elaboraba sus obras, muchas veces, conversando. En ocasiones repetía sus relatos y creaciones. Cada vez perfeccionaba algo, y cuando luego, no como letra muerta sino como entraña palpitante, le parecía *hecho,* lo trasladaba al papel.

Empezaron a llegar los amigos franceses que nos habían acompañado durante el día anterior, unos de los cuales iban a despedirnos y otros a acompañarnos hasta París. También se unió al grupo Rodrigo Soriano, que había permanecido en su habitación escribiendo un artículo.

Tengo que decir, a propósito de este distinguido escritor, que no hemos de dar mayor trascendencia a las acerbas discordias literarias o políticas del episodio antes descrito. Muy moderadas si nos acordamos de Quevedo, Góngora, Lope y Ruiz de Alarcón.

Rodrigo Soriano ha sido un hombre muy discutido y del que no me propongo ahora hacer ligeramente un juicio. Pero, superando tales incidencias superficiales, expreso mi respeto a su memoria y a su labor de político y escritor ingenioso. Por su estilo excesivamente violento y sarcástico se había hecho muchos enemigos, que le iban a proporcionar enojos análogos a los de su llegada a El Havre. Su enemistad con el gran novelista Vicente Blasco Ibáñez impidió que actuasen juntos

en los actos políticos en los que intervino éste con Don Miguel de Unamuno y conmigo. Mas ya llegaremos a todo esto. Ahora la comitiva salió del hotel, y cada cual en sus respectivos vehículos fuimos a la estación para tomar el expreso que, en cuatro horas de veloz camino, nos dejaría en el centro de París.

DON MIGUEL DE UNAMUNO EN PARÍS | 2

A su llegada a París el 2 de octubre de 1924, fué objeto Don Miguel de Unamuno de una recepción entusiasta. París, cuyo radio metropolitano es universal, sabe ignorar, permanecer indiferente ante reyes y gentes infladas en notoriedad. Mas tiene un finísimo olfato estimativo para lo eminente. Todos los diarios le otorgaron el preciado lugar de sus primeras planas. Se destacó en ellas su nariz aquilina, su extraño sombrerete de fieltro, que al parisién le pareció de estilo charlotesco, su chaleco cerrado hasta el cuello, sus ojos agudísimos y de un cierto brillo de ave nocturna. El parisién, muy habituado a clasificaciones, ya que las hace para todo el mundo, que las suele aceptar renunciando a hacerlas por sí mismo (rasgo de provincialismo intelectual), lo encasilló como raro, original, acaso genial, acaso cómico. Todos supieron respetarlo. En una aldea como aquella de

los versos de Góngora, defendiendo a su Polifemo se habrían reído de él. Mas París es de las pocas grandes ciudades que no es aldea. A Madrid lo llamó Pío Baroja Arganda la Grande.

El diario *Le Quotidien,* organizador de la excursión liberadora, se dió aires de primacía en cuanto a *poseer* a Don Miguel. Para más acentuar este sentido de exclusiva anunció que Unamuno colaboraría en el periódico publicando diariamente un artículo. *Le Quotidien* fué un diario que obtuvo una rápida difusión y una gran tirada al socaire de acontecimientos políticos que alcanzaron cierto aire revolucionario. Representaba, por lo tanto, un movimiento de izquierda.

Al llegar a París acompañamos a Don Miguel al hotel en el que iba a alojarse, llamado *De la Perouse,* situado en una tranquila calle inmediata al Arco de Triunfo, del mismo nombre. Una habitación confortable; un comedor no muy grande con pequeñas mesas, mullidas alfombras, blancos visillos en las ventanas se sumaban para exhalar ese típico bienestar de la vida francesa, que chisporroteaba alegremente en los leños de la chimenea. Le dejé en aquel grato hotel que los amigos franceses le habían buscado y que era, en efecto, muy a propósito para él. La rue de *La Perouse* traza una ligera curva antes de desembocar en las proximidades de la Plaza de la Estrella. Había quedado con Don Miguel en ir a buscarlo a las cuatro de la tarde para acompañarlo en su primera visita a la redacción de *Le Quotidien,* y efectivamente llegué con puntualidad. Don Miguel estaba en su habitación completamente vestido, pero echado en la cama. Esta era su posición habitual. Él, tan activo en sus momentos, paseador infatigable, reposaba y dormía mucho. En la cama leía y escribía ligeramente recostado. La llegada a París, por

contraste había suscitado sus recuerdos de España. Con su pequeña letra, sobre un octavo de cuartilla, y apoyándose en un libro que recuerdo era de Balzac, había escrito estos versos que me leyó con su habitual gesto insinuante:

> ¡Oh clara carretera de Zamora,
> soñadero feliz de mi costumbre,
> donde en el suelo tiende el sol su lumbre
> desde que apunta hasta que rinde su hora!
> ¡Cómo tu cielo aquí en mi pecho mora
> y me alivia la grata pesadumbre
> de ésta que es más que mucha muchedumbre
> de París, que el reposo me devora!
> Bulevares, Esquares, Avenidas,
> sumideros del Metro, ¡qué albañales
> del curso popular son sus crecidas!

—No he salido en todo el día. Temo perderme en estos laberintos y además prefiero dormir y descansar mucho. Como hay muchas gentes que ponen la vanidad en tonterías, recuerdo un tipo de Salamanca que alardeaba de dormir muy poco, con lo que trataba de dar a entender que él era muy nervioso y agudo. Por eso su sorpresa ante mi mucho dormir daba a entender así que esto era inferioridad. "Mire amigo —le dije yo—, duermo mucho, pero cuando estoy despierto estoy por completo despierto, mientras que usted parece siempre semidormido. ¡Le aconsejo que duerma mucho para ver si puede despertarse del todo!

"Me he estado acordando, por reacción frente a París, de aquellos campos que rodean a Madrid con el intenso aroma de la jara, el tomillo y el cantueso. He estado viendo entre mis sueños el Castillo de Manzanares que hizo Abderramán, y que es uno de tantos estímulos como tiene España para aprender algo. ¡Qué

preciosas, sobre un intenso azul del cielo, las esmirriadas higueras que ordeñan jugo dulce de la roca tallada y aquellas piedras góticas y moriscas! Tierras todas éstas, castellanas y manchegas, en las que cosas humildes y prosaicas van de la mano como Don Quijote y Sancho, y han forjado en su humildad obras magníficas. ¡Oh! aquellos requesones que imaginaron al león en la plana de Castilla. Porque fueron los requesones dentro del yelmo y no los sesos de Don Quijote los que imaginaron al león. ¿Y cómo en la llanura manchega podría aparecer un león? Los requesones, haciendo de sesos, sólo podían conseguirlo en una jaula."

—Don Miguel, vamos a llegar tarde. Le esperan en la redacción de *Le Quotidien.*

Tomamos un taxi que rápidamente nos dejó a la puerta del periódico. Alllí nos recibió el redactor-jefe, que era el verdadero director, Mr. Dumas, hombre de la edad misma de Don Miguel, recio y de buena talla, y provisto de una barba puntiaguda de color equívoco, demasiado trabajada por los tintes. Agotó la cortesía francesa en sus frases de encomio y de respeto admirativo para Unamuno. Nos condujo a un despacho y le dijo a Don Miguel:

—He aquí el lugar de trabajo que le hemos destinado. Esta es su mesa y en ella tiene cuanto necesita. Aquí está el timbre para que pida cuanto quiera. No hay que decir que disfruta usted de una completa libertad de expresión.

De entre las treinta y tantas lenguas que Don Miguel conocía, empezando por el sánscrito, el griego y el latín, era la francesa una de las que mejor dominaba. Hablaba con absoluta corrección, y su acento era el que los franceses llaman del *Midi*, con el que lo hablamos todos los españoles. Ocupó su sitio en la mesa,

requirió las cuartillas y la pluma, e inclinando mucho su cabeza de lado sobre el papel, como solía, se dispuso a escribir. Yo le dejé, encargando a Mr. Dumas que se ocupara de conducirlo de nuevo al hotel.

Al día siguiente, cuando fuí a buscar a Unamuno, lo encontré irritadísimo. Enarbolando un número de *Le Quotidien,* protestaba de que su artículo había sido publicado con numerosas modificaciones, que en su sentir lo desvirtuaban totalmente. Fuimos inmediatamente a la redacción de *Le Quotidien* y Don Miguel expresó su disconformidad con bastante energía.

—No estoy dispuesto a que me corrijan lo que escribo. Las correcciones no han sido de sintaxis ni de gramática, sino de frases y de conceptos. Yo no puedo escribir de esa manera adocenada, tengo que fijar mi personal expresión.

—Desde luego, Mr. Unamuno; pero es que eso que usted ha escrito, que sin duda es admirable y original, no lo entiende el público. El francés periodístico no se puede escribir así. Yo, en esas rectificaciones que no son correcciones, he procurado seguir exactamente su pensamiento.

—A pesar de eso no estoy conforme. Así no podría yo colaborar en el periódico. Tampoco entiende el público a Paul Valéry y sin embargo es de lo mejor que se ha escrito en francés. Déme usted mi original. Quiero llevarlo en consulta a mi gran amigo Georges Duhalmel.

A Mr. Dumas le temblaba su policroma barba puntiaguda y su vieja técnica de periodista. ¡Eso de emplear palabras nuevas y giros no corrientes y no escribir enchufando frases hechas!

Averiguamos la dirección del insigne escritor y académico, y rápidamente, con la vehemencia ibérica de

Don Miguel, a quien aquel galo de la perilla le había herido en lo más sensible, nos dirijimos a casa del académico.

Nos recibió atentísimo, formulando una admiración hacia Unamuno bien probada en cuanto dijo. Conocía a la perfección la obra de quien llamó sucesor de Fray Luis de León. Recitó en español frases y versos unamunescos. Le envolvió por lo tanto en los suaves algodones de una cortesía inteligente y enterada. Desde luego Don Miguel perdió toda acrimonia, y a su vez, en aquel juego de ingenio, demostró su conocimiento de la obra de Duhalmel. Entonces Don Miguel planteó la consulta exponiendo su caso de *Le Quotidien.* Le entregó su original, que Duhalmel leyó atentamente.

—Le felicito, Mr. Unamuno; ha escrito algo original, un verdadero alicatado de una perfecta corrección francesa, y que prueba que conoce nuestro idioma tanto como el suyo nativo. Pero, ciertamente, he de decirle que en Francia hemos perdido la libertad para escribir de esa manera. Podemos, sí, buscar la originalidad, mas no sin aceptar los cauces ya formados y consolidados. El castellano, por fortuna, es como la amplia llanura manchega. Usted puede caminar en todas direcciones y hacer combinaciones múltiples y prodigiosas. De ahí el alicatado. Es una hermandad más que tiene el castellano con el árabe. Pero el francés está tan elaborado, que muchas veces no funciona por palabras sino por bloques de frases cristalizadas. No diré frases hechas propiamente, aunque es un término paralelo. Pero su artículo es prodigioso, y debiéramos fomentar un intento como el suyo de romper todos esos cauces y ese estilo que podríamos llamar prefabricado, que va pegando unas frases a otras. Yo creo que se debe publicar como usted lo escribe, sin lugar a recti-

ficaciones, porque traería aires nuevos a nuestra clausura idiomática.

Creo haber reproducido con la mayor exactitud posible las importantes manifestaciones del académico francés. Él está vivo, afortunadamente para las letras, y con frecuencia leemos sus artículos en la prensa mundial.

Si hay algo que rectificar en mi viejo recuerdo de esta conversación, sería muy conveniente que lo hiciera. Late en el fondo de estos puntos de vista una trascendente cuestión gramatical y de estilo. Posiblemente varias.

Es que los idiomas muy evolucionados se anquilosan y paralizan en formas compuestas, en que se petrifican bloques de palabras. ¿Es una superación o una decadencia el que el escritor pierda su agilidad para que el calidoscopio de su pluma pueda hacer todas las combinaciones al injertar vocablos para hacer frases nuevas? El insigne académico Duhalmel recordará seguramente su conversación con Unamuno, hace treinta y un años.



Miguel de Unamuno a los 8 años.
(Retrato hecho por su profesor de dibujo.)



Miguel de Unamuno a los 21 años.
(Fotografía sacada de su orla de doctores.)

DIÁLOGO DE LA GRANDEZA DE LO FINITO | 3

—Recordar es revivir, resucitar escenas y almas. No todo lo pasado debe enterrarse. Hay muchas cosas perdurables, ya que no inmortales, que es palabra demasiada y ambiciosa. Todo lo humano está definido, finido, limitado; vive en una cárcel de contornos. Mas he aquí la enorme paradoja: esa limitación, ese empequeñecimiento es necesario para que surja la grandeza del espíritu, que es, a lo que podemos juzgar, la máxima calidad del universo.

Así me decía Don Miguel de Unamuno en uno de los interminables paseos a los que nos entregábamos incansablemente. Habíamos ido en automóvil hasta un lugar próximo al pueblecito vasco-francés de Urruña, y Don Miguel me mostraba el reloj de la torre de su iglesia, que se ha hecho famosa por su inscripción latina: *Omnes feriunt, ultima necat.* Todas hieren; la

última, mata. Un pequeño arquero va lanzando las flechas. ¿Cuál será la que se clave en nuestro corazón? Montaigne habló ya del reloj de Urrugne.

—Entonces, Don Miguel, ¿cree usted que el mundo es a la inversa de como nos lo explican las religiones? El pequeño ser es quien puede reflejar y abrigar el concepto del universo. Los conceptos de eternidad sin principio ni fin, de omnipotencia y omnisciencia, que son atributos de Dios, aparecen en el universo sólo inertes e inconscientes.

—Hemos llegado, en efecto —alegó Don Miguel—, a algo tan grande y tan nuevo, que podría cambiar el rumbo de la filosofía. La verdad es que esta grande y pobre ciencia lleva muchos milenios de descarrío. Usted ha captado muy pronto la idea, como si fuese un filósofo. Acaso lo suelen ser los que no se lo llaman. Ninguno de los dos lo somos. Yo lo sería en cuanto poeta. Creo que la filosofía es más bien un género de altísima poesía. En ese sentido, podemos hacer ahora un poco de filosofía-poética. Sin que renuncie a que, posiblemente, sea más verdadera filosofía que otras que así se apellidan.

De cuantas conversaciones mantuve repetidamente con Don Miguel en nuestra convivencia de París y de Hendaya a través de seis años, esta que voy a procurar transcribir con la mayor fidelidad posible la considero de una gran trascendencia. Va a ser, por lo tanto, de las que con más esmero he de fijar en este libro. Anuncio, no obstante, que he de usar libremente de mi memoria. En ocasiones no podré asegurar si lo que escribo es recuerdo o sugestión. De todas suertes, de él me vie-

ne el espíritu. No aspiro a que tenga un valor de autoridad, de *magister dixit,* sino el que por sí misma merezca. Ni discutiré con eruditos, ni entraré en los patios de clausura de literatos, de los que he andado siempre ausente. En estas conversaciones Don Miguel no habla *ex catedra.* Mis notas de aquella época eran breves y fugaces. La mayor parte se quedaron en mi casa de Hendaya, otras en la de Madrid, ya que, con un equipaje tan liviano como el de Fígaro, tuve que venir hacia donde no tenía casa alguna.

Mas será siempre Don Miguel el que hable desde la celdilla en que en mí —y en otros muchos— sobrevive. Si no fueran sus palabras, serán ideas que él suscitó, ya que el pensamiento vive, está dotado de una fuerza germinal, y no se estanca en receptáculo alguno. Va, pues, a hablar en mí como pidió, o más bien me prometió. En continuas ocasiones, cuando releo las obras de Unamuno, surge ante mí, viva, fresca y presente la conversación que acaso mantuvo conmigo sobre aquel tema. Ya he dicho que él creaba hablando más que escribiendo. En no pocos de estos *monodiálogos* observaremos la forma naciente y espontánea de su pensamiento. Hablaba caminando.

Todos los días nos reuníamos, cuando estábamos en París, con un grupo de españoles y franceses en el café de la Rotonda, en el corazón del Barrio Latino, bulevard Raspail. Allí iban a buscarle los amigos que, frecuentemente, llegaban de España. Hacia las tres de la tarde (en ocasiones se prolongaba más) se disolvía la tertulia. En periódicos y revistas ilustradas se han publicado, en aquella época y posteriormente, fotografías de aquella reunión que tantos recuerdos suscita en mí. Para retroceder hasta aquéllos, he de atravesar inmensas zonas envueltas en llamas, en catástrofes y en dolor.

Aquellos pasados tiempos, aunque entonces no lo creyéramos, eran relativamente serenos. Deseo conservar en este libro esa serenidad, sin que lo invada la violencia.

Al levantarse la tertulia acompañábamos a Don Miguel hasta su hotel. Aunque la distancia era bastante grande, el trayecto se hacía siempre a pie. No recuerdo nunca haber visto a Unamuno tomar el autobús o un taxímetro. Lo que no quiere decir que no lo haya tenido que hacer muchas veces. Mas, normalmente, él caminaba, caminaba y hablaba, hablaba . . .

Atravesamos el jardín de Luxemburgo, descendiendo por el *boulevard Saint Michel,* y atravesamos la plaza de la Concordia para subir por los Campos Elíseos hasta la *rue de la Perouse.* Don Miguel se detenía constantemente. Sacaba de sus diversos bolsillos, que eran como archivos ambulantes en los que aún palpitaban sus recientes creaciones, algún pequeño papel y nos leía el último soneto. En ocasiones repetía la lectura, porque llegaba algún nuevo oyente. Este libro de *Monodiálogos* podría también titularse *de los paseos de Don Miguel,* ya que el hablar y el marchar eran en él simultáneos. Paseos por las calles de la Gran Lutecia, paseos y excursiones por las carreteras y vericuetos de la tierra vasca, o viajes para atender invitaciones y dar conferencias o mitines contra la dictadura entonces imperante en España. Y ahora Don Miguel continúa la conversación que inició conmigo sobre este tema, que le atraía como un abismo, de la inmortalidad.

—El Universo —dijo— es inerte. Para construir el alojamiento de una idea, ha tenido que empequeñecerse hasta el insignificante volumen de un cerebro humano. Lo mismo habrá tenido que hacer en los infinitos astros, en los que la vida orgánica sea posible como en la

Tierra, y en los que la evolución haya culminado en el mismo prodigio de un ser pensante, contrariamente a lo que nos dicen las religiones, que nos hablan de un ser eterno, sin principio ni fin, omnipotente y omnisciente.

"La verdad es que sin ese minúsculo espejo del mundo que es el cerebro humano, no existiría la idea, el concepto del mundo. El Universo inerte, siendo eterno e infinito, no puede acabar en parte alguna. Mas, para alcanzar la inteligencia y una positiva vitalidad sobre la inercia, ha tenido que hacerse finito y minúsculo. El tener fin en la muerte, hay que considerarlo para el hombre como algo piadoso y consolador. Aunque soñemos con la inmortalidad del alma, nunca podrá ser lo que piensa el vulgo. La vida está cortada por las aguas del olvido. El nacer nunca será renacer, revivir, resucitar. El Universo padece la incurable enfermedad de su salud eterna e indestructible, la de no poder morir, de no poder reclinarse en alguna huesa u hornacina. Aun dentro de nuestra vida, olvidamos grandes trozos de ella y en parte somos *Otro*."

Interrumpí esta prodigiosa visión de Unamuno diciéndole:

—Recuerdo, Don Miguel, la impresión que de muy niño recibí, y que me hizo soñar, sin temer aún, en la muerte y en el más allá. Tendría como seis años, y estaba con mi padre en Carmona pasando una temporada en la finca que allí tenía un pariente nuestro. Se habían descubierto por entonces, a un lado y a otro de la vía romana, sepulturas y construcciones funerarias, algunas de las cuales databan de los primeros años de nuestra era. Tuvieron con mi padre la atención, los arqueólogos que dirigían aquellos trabajos, de avisarle para que fuese el primero en penetrar en una cámara

funeraria que se había encontrado. Mi padre me llevó consigo. Quiso que en mi niñez quedase grabada esa impresión. Quitaron los escombros que obstruían la entrada. Penetramos en aquella mansión de los muertos. Era una hermosa sala como de quince metros cuadrados, con algunos mosaicos, y en cuyas paredes se abrían varias hornacinas, en las que había urnas que contenían las cenizas del muerto, la inscripción y unas minúsculas redomas, lacrimatorios en que los parientes hicieron la ofrenda de sus lágrimas. En otros recipientes encontramos trigo, simbólico signo de las viejas tradiciones, que dejaban alimento a los muertos. Aquel trigo de hace veinte siglos conservaba su forma y su densidad, aunque era negro como carbón. Aún guardo un poco de él.

—¡Qué imagen me trae usted, Eduardo, de profundo y sereno reposo, de eternidad y amor, de la eternidad que nos cabe en la cabeza, porque veinte siglos son la eternidad que, los hombres y el trigo, podemos concebir y meter en el contorno limitado de nuestro cerebro, en el cual, y por más que nos esforcemos, no podremos nunca embutir la infinitud. La expresamos, sí, y la explicamos con palabras que son ya superiores a nuestro diámetro mental. El Universo sufre la angustia de no poderse morir, y de estar siempre mortalmente enfermo, como, con su herida incurable, el inmortal Centauro, Quirón. Lo cierto es que no recuerdo haber visto por nadie expresado, al menos con este sentido transcendente en su reveladora paradoja, el que lo finito se presta para alojar la idea y la conciencia, como superior a lo infinito y eterno que es inerte e inconsciente. Acaso por eso, en los misterios de la religión católica y otras de las que recibe remotos influjos, Dios tiene que hacerse hombre para lograr la conciencia. Es el verda-

dero acto de creación. Antes de que un cerebro concibiese su idea no se puede decir que existiera. La luz, sin pupila, es tiniebla. Yo aspiro a la inmortalidad. Es una de mis angustias, que he bebido también en la genialidad de Kierkegaard. Pero es que esta palabra puede ser lo que expresa, *un persistir indefinido.* Mi angustia de muerte se aumenta con estas consideraciones. Si hemos tenido principio, ¿cómo no hemos de tener fin? Fin y principio son la misma cosa y no opuestas, ya que la eternidad no es más que la supresión del tiempo. Éste es una invención humana. Acaso nuestra inmortalidad sea sólo una perduración prolongada.

"Algunas veces he pensado en la luminosa página que abre la Biblia con el Génesis. No se crea, sin embargo, que es la parte más antigua de ella ni que a este prodigioso libro por antonomasia le ocurre lo que a la mayoría de ellos, que se empiezan a escribir por el principio. Sabido es que el Génesis recoge tradiciones caldeas o indias antiquísimas. Jehová crea a Adán y Eva y animó sus cuerpos. Los hace inmortales. Mas chocamos ya con esta *inmortalidad humana* de que he hablado antes. Su *inmortalidad* era provisional, y la perdieron con el inocente mordisco de una manzana, o más bien por haber transgredido una prohibición de enriquecer sus conocimientos. Al saber lo que era el bien y el mal pierden la inocencia y la inmortalidad. Ya son mortales y tienen que sudar en el trabajo. Fueron declarados cesantes como inmortales. Para ser inmortales tenían que ser ignorantes. Por ello, sin renunciar, porque eso sería desolación, a mis esperanzas de inmortalidad, por lo menos sí estoy cierto de que puedo pervivir en otros pidiéndoles como a usted una celdilla en el espíritu. Este hablar, en esta intimidad tranquila, ante estos paisajes soberbios que me recuerdan

la niñez, me presta la audacia que no tendría con la pluma en la mano. Esta es mi idea espontánea en estos momentos. Hablemos, sin solemnidad y llanamente, de *filosofía,* como otros de mujeres y de toros. *Nadie hasta el presente ha comprendido que lo finito puede ser superior a lo infinito, y que lo perecedero y mortal tenga un valor superior a lo eterno.*

"Recuerdo una anécdota pintoresca. La primera traducción que se hizo de la Biblia al romance balbuciente, se debió al sabio Monsén Rabí de Guadalfajara, por encargo del maestro de Calatrava. Se opuso a que se trazase dibujo alguno representando a Jehová. Y así razonaba: 'Si Dios pudiera ser encerrado en el contorno de un dibujo, entonces sería *finito* y no infinito y eterno.' De ahí el concepto spinoziano de Dios, que una filosofía torpe clasifica de panteísta, pero que mana directamente de los conceptos bíblicos traducidos por la pasmosa inteligencia de Spinoza."

Advirtió Don Miguel que yo, admirado por aquellos conceptos tan originales y trascendentes, prodigioso acicate del pensamiento, saqué la pluma y me puse a anotar algo que me permitiera luego recordarlos. Don Miguel protestó inmediatamente.

—No, no quiero que tomes notas. Si lo que he dicho influye en ti, deseo que sea de manera difusa y no un concepto cristalizado. Porque eso suele matar las ideas, impedir que sean semillas. Siempre fuí enemigo de los coleccionistas, desde los sellos, bastones, pipas y otros cachivaches, hasta los coleccionistas de ideas. Todo cuanto aspira a conservar una forma determinada se hace antiguo y ridículo. Es menester no privar a las ideas de su calidad de semilla, de su posibilidad de evolucionar. Las ideas no se coleccionan. Yo cuando escribo pretendo dejarles las raicillas, con la ilusión de que

puedan crecer y dar frutos. Pero si tú sacas el lápiz y apuntas lo que he dicho para que no se te olvide, habrás disecado y matado la idea como una flor comprimida en un libro. Lo que yo pretendo, si en el futuro recuerdas estas conversaciones, es hablar dentro de ti con el desarrollo de lo que oíste y no como repetición de lo que dije. Hay que combatir lo entrecomillado. ¿Qué añade el que ello pertenezca a tu espíritu o al mío? Eso no importa más que a los que tienen la vanidad, o cobran los derechos de autor.

"Ha nacido en mi mente un pensamiento que se me antoja grande y original. ¡Quién sabe si esas gentes que manejan los adjetivos como los honderos las piedras llegan a calificarlo de genial! Yo no me permito tanta inmodestia. Habrá quienes, desde un ángulo religioso, lo crean misterio revelado, algo así como el secreto de los sacerdotes de Sais. Nunca me he atrevido a escribirlo, aunque hace tiempo gira como un astro en mi cabeza. En estas conversaciones sí lo voy a confiar. Me conviene darle forma verbal, oírmelo. He pensado que el orden de la creación espiritual es inverso al hasta ahora previsto por la religión, y las hipótesis filosóficas, espiritualistas y materialistas, de una teocracia que desde la Edad de piedra antigua anda buscando sus dioses. Los visionarios han dicho, en los albores de las religiones, que un Ser Supremo, un Dios o unos Dioses (ya que el monoteísmo es punto de llegada de la evolución religiosa), ha creado, con poder omnipotente, con sapiencia absoluta, el Universo. Jehová fué lanzando cual dardos germinales los *fiat* creadores. Fuerzas antes ciegas y dispersas, anárquicas, conjugaron sus átomos ante la voluntad omnipoderosa. El Universo no es más que un conglomerado de átomos como ya dijo Demócrito, que se combinan, de una u otra manera,

para formar los distintos tipos de materia. La tierra permanecía desordenada y vacía y las tinieblas sobre la haz del abismo. 'El espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.' Así nos cuenta el Génesis esta primera palpitación creativa. Y fué entonces cuando dijo Jehová: 'Sea la luz y fué la luz.' Así la apartó de las tinieblas y le puso a cada una su nombre: el Día y la Noche. Yo me he preguntado en mi juventud, cuando mis primeras lecturas ingenuas del Gran Libro, si habría que interpretar ese pasaje más bien en el sentido de que las bíblicas palabras querían decir de una manera implícita que Dios había creado las primeras pupilas capaces de distinguir entre lo tenebroso y lo lúcido. La luz por sí sola, de otro modo, continuaría siendo tiniebla. Mas aunque la Biblia se refiera a la Tierra siguiendo viejísimas tradiciones que casi reproducen las suméricas y babilónicas, esta página del Génesis quiere aludir a la creación de todo el Universo. El sol existía en cantidad incalculable de millones de años antes de que en la Tierra hubiese agua y en la que por lo visto jamás hubo tinieblas, aunque en millones de años careció de pupilas. Mas, Eduardo, no seguiré en este juego, juego de conversación, más bien ingenioso. Este lenguaje, sin embargo, era el de los filósofos medievales, que ejercitaban el cerebro tanto como buscaban la verdad. Lo mismo después de todo, aunque en otro plano científico, hacen los filósofos de nuestros días: ejercicios en los que la mente levanta pesos espirituales cada vez más gravitantes, como un atleta sus pesas, para desarrollar sus biceps mentales."

—Estoy impaciente, Don Miguel, por conocer esa idea magna y nueva y hasta genial (me declaro hondero de adjetivos) que usted me anuncia y que, por lo visto, me va a hacer el favor de comunicarme. Yo no

guardo secretos, y menos en tales asuntos. Si lo escucho será para algún día lanzarlo con la mayor fuerza posible de mi honda hacia la posteridad. Puede usted hoy hablarme confidencialmente. Acoto la discreción sólo para los tiempos inmediatos. Recibiré la confidencia como una manda testamentaria. Creo que sus ideas, Don Miguel, son un tesoro de semillas y no un arca inerte de oro, o piedras preciosas. ¡Sépalo antes de hablar! Tampoco deseo ni tengo prisa en que me lo diga desde luego tajantemente, sino cuando haya seguido íntegramente el curso de ideas que a ese gran descubrimiento le han llevado como la corriente de un río.

—Así lo haré. Sólo paso a paso llegaremos. Y le confieso, Eduardo, que no le hablaré sin temor. Siento en mí la responsabilidad de aquel sacerdote de Delfos que levantó una punta del velo de los misterios ante un hombre que padecía por su demasiada fe, y un súbito rayo lo fulminó. Las religiones que hasta nosotros llegan tienen estructuras completas y elevadas. Mas se engendraron en los momentos iniciales en que un ser animal empezaba a adoptar la posición erecta y caminar hacia su humanización. Tenga en cuenta —esto es muy importante para lo que acabaré por decir— que *la humanización es un camino de divinización.* Es un ascenso gigante en la cumbre de cuyo Sinaí acaba por aparecer Dios. Las semirreligiones, porque sólo eran atisbos de una futura religiosidad, del hombre paleolítico, fueron sin duda punto de partida de las concepciones actuales que desde Egipto y Babilonia vienen progrediendo hasta las concepciones helénicas, budistas o bíblicas. Desconocemos todo de la prehistoria. No obstante, somos hijos de ella. De aquel misterio insondable que no nos podrán ayudar a despejar unos huesos petrificados, o algunos instrumentos de hueso o de pie-

dra, o unas cavernas genialmente pintarrajeadas, nace nuestra complicada vida. Es posible que nos diferencie de aquel ser primitivo más la superficialidad de una ciencia y de una técnica, que es hoy ya prodigiosa, que nuestra médula sentimental. La ferocidad humana, su impiedad ante el prójimo, su cruel egoísmo apenas disfrazado por una hipocresía que mal llamamos cortesía, no sólo no ha variado esencialmente, sino que ha sido multiplicada por la ciencia. La flecha de nuestros ancestros salvajes es piadosa y caritativa comparada con los explosivos y los cañones en los que los alemanes han trocado la manteca en hierro.

"En esos albores de primitivismo —continuó diciendo Don Miguel— el antropoide que empezaba a ser hombre se encontró ante el prodigio de la Tierra y del Universo. Mas su sensación fué, por de pronto, de temor y de respeto, que se convierten en acatamiento hacia las gigantes fuerzas de la naturaleza. Se sentía pequeño en medio de tanta magnitud. Aún no tenía capacidad espiritual para adorar y para hacerse a sí mismo las preguntas trascendentes de las que surgieron las verdaderas religiones. ¿Quién hizo, cómo lo hizo, el prodigio de la Tierra y del Universo? ¿Quién lo formó y puso una capacidad espiritual, como pequeña isla iluminada entre el infinito piélago de la materia inerte e insensible? ¿De dónde venimos y a dónde vamos? El hombre sólo ve lo que llamamos vida en su camino iluminado por la conciencia. Y al no poder descifrar estos misterios, que siguen y acaso seguirán siempre sellados, rellenamos el vacío de la ignorancia con nobles y bellas cuando no terribles y monstruosas imaginaciones hipotéticas. Es presumible que algún ser superior, en una tribu paleolítica, antes de conquistar el fuego pero contemplando las ingentes llamas de un bosque

incendiado por el sol, percibiese a un Dios. ¡Mas aún no había llegado la época de los profetas! La Edad de la piedra antigua ha estancado al antropos en su ascenso hacia la humanidad, posiblemente durante millones de años. Entonces, aquel ser que podía llegar a hombre pero en el que había todavía muy poca cantidad de hombre, no tenía creencias que podamos calificar de religiosas. Sólo, según he dicho antes, sensaciones de temor frente al rayo y al trueno, los cataclismos y los diluvios. Aún la evolución terráquea no estaba terminada. El hombre vivió en las últimas épocas glaciares. Las manadas, precursoras de la tribu, no sabían aún adorar, ni sus manos habían aún aprendido a tallar ídolos. Sólo instrumentos para cazar, pescar o matar fieras u hombres, que para ellos no se diferenciaban, según nuestro sentido estimativo, de los demás animales. Predominaba la zoología en todos los seres que habitaban la Tierra. Solamente el miedo les inspiraba la súplica ante los rayos, los truenos, las avalanchas y las catástrofes; ante los animales no menos feroces que él mismo, que le proporcionaban sustento y que el cazador primario creía cazar, más que con las saetas, con artificios de magia. Sobre las prodigiosas figuras de la cueva de Altamira o de otras análogas, predomina la opinión de que eran trampas mágicas, diríamos medios de encantar al animal para que el hombre, con sus pequeñas flechas de pedernal, pudiera matarlo. La magia fué la precursora de las religiones, el primer peldaño de la escala que a Jacob le consintió alcanzar el concepto del Dios único. Esa meta, que nos parece muy antigua con la cifra de cuatro a cinco mil años, es insignificante si la comparamos con los millones de siglos en la formación del mundo y de la prehistoria. De ésta apenas sabemos nada positivo, y desde luego absoluta-

mente nada directo. La historia comienza en Egipto, en Creta, en Mesopotamia, Palestina o en otros puntos del mundo, cuando la humanidad deja la huella de su vida escrita. Los egipcios nunca conocieron el hontanar del Nilo, cuya flúida vitalidad corre entre dos fronteras desérticas. De esta fluvial energía, que trae desde fuentes remotísimas y, por ignotas, divinas, el agua y el légamo fecundantes, emerge una religiosidad vigorosa y alegre porque la vida se asienta sobre una base segura y sin inquietudes. ¡Qué importa que las nubes egipcias sean como ubres secas en el horizonte! Periódica y fatalmente fluye la fecundidad, y el Faraón, intermediario entre las divinidades benéficas del hombre, es el primer rey de derecho divino. (¡Pensar que nuestro borbónico Don Alfonso y sus abuelos han tomado tan en serio esta invención egipcia de ser reyes por la gracia de Dios, que hasta se lo ponen en las monedas!) ¡Mas no caigamos del cielo de Osiris al pequeño infierno de la caverna de Primo de Rivera! Realmente es una alusión inoportuna. Bórrela de sus recuerdos, Eduardo. ¡Se podría molestar el Dios Rha!"

—No es fácil que lo olvide, Don Miguel. Después de todo, creo que la preocupación política no es menos trascendente que cualquier otra y, en orden a la prosperidad y felicidad de los pueblos, más urgente que las demás. Lo que ocurre es que las prácticas vergonzosas de la politiquería han deformado vulgarmente el concepto elevadísimo de la política. ¿No cree usted, Don Miguel, que es por lo menos tan divina como los dioses egipcios? ¿No fueron éstos en realidad un instrumento político del Faraón? ¿Qué significa la realeza de derecho divino más que un pacto del gobernante, del rey, con una especie de Dios gendarme que ellos usaron para defender el orden público, que suele ser, en

la politiquería, el desorden ético y la ruina material de los pueblos? Pero, de todas maneras, yo quisiera impulsarle, ya que llegamos al final de esa trayectoria en la que ha trazado la gran línea sintética del ascenso de la humanidad, a que dijera cuál es el misterio que me va a declarar.

—Voy a decírselo poniendo remate a mi digresión. El hombre, en sus concepciones teológicas y filosóficas, ha invertido el orden de la naturaleza y el de la evolución del Universo. Este orden es medular, esencial e irreversible. Para explicarse la creación ha concebido a un Dios Omnipotente que lo crease. Tenemos, sin embargo, que seguir la regla fundamental de la naturaleza que es la que sigue el hombre ascendiendo de su condición animal hasta su espiritualidad divina. El espíritu de Dios, la conciencia del mundo es la chispa que nos lleva hacia la divinidad. La divinidad será la creación última del Universo.

"¿No se nos repite, apodícticamente, que la naturaleza es un libro abierto y que no hay sino leerlo? Ciertamente hay que saberlo descifrar. Esa es la gran labor de la sagacidad científica. Ante ese libro casi todos los hombres son analfabetos, y los relativamente pocos que a través de las edades han logrado deletrearlo, a mi modo de ver han comenzado a hacerlo por el final. ¡El final sin fin de la eternidad! No cabía en su mente ni en su vocabulario el concebir una cosa que no tenía principio ni fin, y han comenzado a descifrarlo por lo que ellos creían que era el fin. Entonces han balbuceado explicaciones elementales y han roto la lógica de la naturaleza creando lo maravilloso, lo milagroso, que es lo enemigo y la excepción, la rotura de la ley natural. Así han formado su imagen hipotética, trascendente, de la creación. Las primeras reli-

giones no las creó ningún profeta o visionario, sino que han surgido como emanaciones telúricas en la fuente, en el bosque sagrado, en los lugares altos de los sacrificios. Los profetas ya hemos dicho que son cosa casi de nuestro tiempo."

—Tanto lo creo, Don Miguel, que yo he conocido a un profeta, y no se asuste por lo que digo, pues estoy en mi juicio. En un viaje de recreo que hice desde Buenos Aires a la Tierra del Fuego (no vaya a creer que hago cuentos como Valle-Inclán en sus viajes mexicanos), formaba parte de la excursión el fundador de una nueva religión. Era alto, rubio, fornido y joven. Sobre su elegante chaqueta, ya que vestía como los demás mortales, llevaba una cadena de oro y caía sobre su pecho un gran medallón en el que iba grabada una imagen que ahora no recuerdo. Era un profeta que exponía todas las tardes los principios de su religión a un conjunto de damas elegantes dispuestas a seguir la nueva creencia. Mas quiero dejar estos recuerdos pintorescos para decirle que, en efecto, percibo ya el camino de su grande, fecunda y originalísima idea. La ciencia filosófica tiene, como fatalmente han tenido que hacer todas las demás ciencias físicas, que ponerse al paso del mundo y seguir los caminos, o los senderos como usted dice, de la eternidad. Las concepciones religiosas y filosóficas de nuestro tiempo han cambiado el rumbo y lo explican con un signo contrario.

—Dejando a un lado esa especie de profeta social, que seguramente bailaba bien el tango argentino, que usted se ha encontrado en sus correrías, el último Profeta, el ladrillo final de la construcción espiritualista según la afirmación alcoránica, Mahoma, bifurcación bíblica como el cristianismo, a cuyo Profeta, el Espíritu Santo, en forma de paloma, picaba los granos de trigo



Don Miguel de Unamuno,
profesor.

Don Miguel a orillas del Tormes, Salamanca, en la finca "La Flecha" donde vivió Fray Luis de León.



Don Miguel trabaja en su biblioteca.

que había en su oído al tiempo de depositar en él la revelación divina, no sólo es ya moderno sino que podríamos decir, siguiendo una frase de su hermano, muy siglo XX. Este canje de un grano de cereal por ideas trascendentes y sublimes es uno de los mejores negocios que se han hecho jamás. Y no tome, Eduardo, esto como ironía o sarcasmo, que jamás los he hecho sobre tan altas materias con ese tono vulgar de sacristía de la Edad Media, cuando Curas y Alfaquíes se combatían a *cristazo* y a *lunazo* limpio.

"Es decir que el hombre, partiendo de áreas casi por completo animales, comienza al proceso ascendente que le humaniza, que le espiritualiza, esto es, que le diviniza. Hace mucho tiempo, y por cierto con motivo de una polémica con su hermano sobre si España debía ser o no europeizada, Keyserling me llamó 'el eterno español'. En otro momento hablaremos de esa polémica, que la chata y ramplona interpretación de las gentes dió en creer mutua hostilidad, como si eso pudiera existir entre su hermano y yo. Era casi un niño cuando me lanzó algún pedrusco como el de llamarme 'energúmeno'. ¡Llegamos a ser los mejores amigos del mundo!"

—*Sus palabras reiteran el que el Universo, así como el hombre progresivamente se humaniza, aquél, también progresivamente, va hacia su divinización, y por lo tanto, que es al fin, y no al principio, o diríamos mejor en los procesos finales, cuando aparece, repetimos, la divinidad.*

—Así es, Eduardo; todo al revés de como nos lo vienen diciendo desde hace más de cinco mil años. Parece inconcebible que con los inmensos descubrimientos de la ciencia aún se pueda sostener eso. Si los griegos dijeron que el hombre es un microcosmo, ¿por qué no ver en él y en su evolución los mismos procesos univer-

sales para explicar las evoluciones del macrocosmo? Porque el Universo, pensado, hecho conciencia, es la palabra, el Verbo, y la palabra, se dice al principio del Cuarto Evangelio, el Evangelio místico de Juan, que es Dios. ¡Sin la palabra no se piensa!

—¿No será, Don Miguel, que el hombre se descarría en absurdos e ingeniosísimos esfuerzos, porque busca a Dios fuera de sí mismo? Cuanto más lejos lo busque menos lo sentirá latir en sus entrañas, que es donde mora.

—Yo lo creo así. Los hombres primitivos empezaron a buscar a Dios en los astros. En los primeros momentos ni aun eso. Adoraban a los ríos. A los manantiales. A las montañas. Sin duda fué un progreso espiritual el buscar a Dios fuera de la Tierra. Aunque, como decíamos, eso les alejaba de Dios, que late y se cría en nuestro seno. Mas para ver a ese Dios verdadero, eran necesarios ojos más sutiles que los del salvaje primitivo. Adoraban al Sol como fecundador y padre de la naturaleza. En cierto modo, de allí venimos, según las teorías astronómicas. De la inmensa masa solar se han ido desprendiendo trozos en uno de los cuales se ha formado esta isla humana que llamamos Tierra. Mas ese es el origen material. De allí vino la materia, pero no el espíritu. *La humanización es un lento y milagroso proceso que hemos hecho aquí en la Tierra. El hombre se ha hecho a sí mismo.* Con tremendo esfuerzo se ha ido alejando de la animalidad. *Y por eso vamos hacia la divinización del Universo.* Los que adoraban al sol no comprendieron, como muchos de nosotros no hemos caído en la cuenta, de que el Sol es ciego. El Sol tiene llama, pero no ve. Marcha por su inmensa órbita con luz, que es para él tinieblas, dando vueltas en torno de algo que ignoramos, con la seguridad de su energía astral,

pero sin vista. Su luz sólo es luz para nosotros, que tenemos ojos. De la misma manera, el Mundo sólo es Mundo porque lo concebimos, porque en nuestra alma, como en un espejo espiritual, se refleja su concepto, su esencia abstracta y no material. Este sendero de la inmortalidad que hemos seguido hoy, nos ha conducido a una cumbre, a una culminación, como aquella en que Moisés vió a Jehová. *No hay más que un ritmo, un método en el proceso de la materia. Una ley Universal y simple en la evolución que, aun sin tener principio ni fin, está sometida, dentro de su eterno caminar, a los pasos sucesivos y progredientes que avanzan en sectores determinados, en los que lo infinito se hace parte. Lo que ocurre en esta gota de materia que es la Tierra y en esta infinitesimal porción de esa gota que es el hombre y aun en esa todavía más ínfima porción que es el átomo, ocurre así mismo en todas las porciones del Universo y en la totalidad de éste. La evolución de los sectores es idéntica a la del infinito proceso universal en el que, no al final, porque lo eterno no lo tiene, surgirá el espíritu del Universo, el Dios que está engendrando como la Madre Rha engendró al hombre precursor.* Y esto no es panteísmo, como no era panteísmo para Spinoza, aunque así lo apellidan muchos filósofos miopes.

"Esta inversión, la de que no es Dios el que con actos de voluntad y de poder, lanzando sus creadores 'fiat', ha hecho al Mundo y al Universo, sino que es el Universo el que entrañablemente está criando al Espíritu de Dios, se nos dirá que es una paradoja más de mi invención, de mi mecanismo mental. Asegurarán que es la más insensata. ¡De mi fe lúcida harán descreimiento! Lo dirán los que no saben lo que es una paradoja. Además la paradoja, en el falso y vulgar sen-

tido en que suele aplicarse esta palabra, es la de los demás, que huyen de los senderos experimentales que nos marca inequívoca la vida. No nos negarán que es una concepción grandiosa. La ventaja de nuestras conversaciones es que hablamos libremente sin citas de sabios, ni la obligación de atenernos a la tradición de las escuelas. *El hombre, posiblemente, es el precursor de su Dios.* Podría decirse que un ensayo muy imperfecto del Dios que surgirá al cabo de los tiempos. Sin embargo, ese Dios es Eterno. Podremos decir que ha existido siempre, y así ponernos de acuerdo con los teólogos ortodoxos. Ha existido siempre, pero en latencia. El Universo lo está incubando para que un día pueda hablar como habló esa anticipación suya imaginada por los hombres que la Biblia llamó Jehová."

—Esta concepción es, en efecto, Don Miguel, sublime. Obedece a una visión que siendo originalísima se encadena en una lógica irrebatible. Al contemplar el panorama inmenso que nos ofrece la Tierra, abre sus entrañas para que el espíritu del hombre las consulte y analice como se está haciendo en nuestra época. El progreso de la ciencia, según usted dice, Don Miguel, exige una remoción total de las doctrinas filosóficas. La filosofía ha de armonizar con las ciencias físicas y exactas. Pitágoras fué un arcaico profeta. Huyen, cual fantasmas, las imágenes simples, ingenuas aunque bellas, del hombre primitivo. Ya son cuentos infantiles de la humanidad niña, incompatibles con las concepciones rigurosamente científicas.

EN LOS SENDEROS DE LA INMORTALIDAD | 4

—Hablemos, Eduardo, porque el hablar siempre es vida y fuente espontánea de agua serrana y no charco o estanque como son los libros, o laguna cerrada como una de esas enciclopedias que son a modo de inmenso cementerio de ideas. Nos asomamos a cada nicho con facilidad porque todos están colocados por orden alfabético, ya que los eruditos sepultureros de ideas son diestros en los sistemas de clasificación. La letra es muerta, se ha dicho siempre, en la letra no se puede buscar la vida. El verbo es tradición oral, pero la letra que es libro, mata. Mal consejo el del Apocalipsis que le mandó a uno comerse un libro. Pero el que tal hace muere indefectiblemente, digamos más rudamente que revienta. La respiración del alma es la de las palabras, y sus pulmones para oxigenarse en ellas son nuestros

lóbulos cerebrales. Por eso el Verbo se hizo carne y no mera inspiración como en el libro Alcorán.

—Comprendo la conexión indirecta que sus palabras tienen con los senderos hacia la inmortalidad que usted va recorriendo. No quiero hablar, porque no deseo interrumpirle. Ojalá pudiera encauzarlo, si acaso su digresión es una rama que se aparta demasiado del tronco.

—Me alegro que me diga eso. Porque es injusticia o poca comprensión lo que suelen decir de mí algunos supuestos críticos, que no escribo ni hablo más que en monólogos. Más bien podrían llamarse *monodiálogos,* pero será mejor autodiálogos, o sea diálogos conmigo mismo. Un autodiálogo no es un monólogo. Puede un solo hombre hablar desde distintos ángulos, dividirse en muchos interlocutores y aun proyectarse en ocasiones en todo un pueblo. Sólo monologan los "magister dixit", esto es, los que desde el tremendo cañón de su sabiduría lanzan sus dogmas, su doctrina compacta y redonda como una bala. Yo por eso monodialogo u autodialogo. Lucho dentro de mí mismo. Esta es la agonía de la vida. Ágonos, querido Eduardo, en griego significa lucha, de suerte que decir agónico es decir luchador. Jesús agonizó en la cruz, luchó con aspiración simbólica de salvar al mundo, pero no murió, ya que era inmortal. Fué representación trágica de la agonía, el impulso luchador en que tomó parte la naturaleza con sus truenos y sus terremotos, las nubes torvas y negras, y el alarido del Dios que dice a su padre, que es él mismo: ¿Por qué me has abandonado en esta lucha, en esta agonía? Por eso el Dios es trino, y dentro de su seno entablan el trinitario pelear. Los *monologuistas* son los tibios condenados por la Biblia, los que no llevan lucha interna, ni religiosa, ni civil, y que atraviesan inertes por el mundo como muertos que andan. Job, San Pablo, San

Agustín y Pascal llevaban dentro el fuego del combate, la agonía de la contradicción, el sentido de la duda hecha de peldaños hacia la verdad. Por eso, en la soledad del destierro de Fuerteventura, ante la sequedad de los campos y el brillo del cielo, he zahondado en mis dudas y he visto ascender en el pecho mis viejas congojas religiosas. Los espíritus simples, de tantos ojos como hay en el mundo que miran y no ven, confunden a un agonizante con un muriente, o moribundo. El moribundo ya no lucha y por lo tanto no agoniza. La agonía es la máxima opresión de la vitalidad y del esfuerzo hacia la verdad del hombre. Un hombre, y más si es de elevada mente, puede agonizar durante muchos años.

—¿No podríamos, Don Miguel, mejor dicho, no podría usted en sus monodiálogos, que yo escucho más que como dialogante como auditor y discípulo, buscar ingeniosamente algunas medidas para marcar el tiempo del olvido o la pervivencia de los hombres, ya que usted en otra conversación parecía provisionalmente renunciar al concepto indefinido de la inmortalidad?

—Vamos a intentarlo. Precisamente en estos días he vuelto a leer un libro que no es letra muerta y en el que palpita la vida prodigiosamente conservada por un espíritu fino y cordial. Me refiero al libro de Boissier *Cicéron et ses Amis*. ¡Qué grato es el contemplar a alguno de los escasos hombres inteligentes y buenos que han nacido en medio de las manadas que se llaman humanas, inclinarse ante sucesos y personas con el gesto gracioso y sutil de la comprensión, limpia de vanidad y de afectada pedantería! A veces un hombre emérito, como Cicerón, necesita esperar veinte siglos para que nazca un Gaston Boissier. Cuando un hombre de suprema calidad espiritual desaparece, suele producirse en

torno el silencio. O también el ruido de los insultos, de las invectivas de la pasión política. A Cicerón le asesinaron los esbirros que un hombre, tan inferior a él como Antonio, envió para que lo matasen. Y a través de los siglos, ¡cuánta discusión mal informada, cuánta exigencia de virtudes, cuánta alegación de flaquezas, de vicios en los que los tenían acaso todos y desde luego ninguna de las excelsas cualidades del hombre singular y único! El libro de Boissier, *Cicéron et ses Amis*, es una de las más milagrosas restauraciones, con las que un hombre de genio ha podido hacer con su pluma el verdadero milagro de resucitar a Cicerón. Las cartas que el orador escribía a sus amigos y de las que se ha conservado una gran cantidad, han permitido al espíritu suavemente sagaz, humanamente comprensivo de Boissier, trazar el cuadro moral de aquel ser prodigioso. Lo que más sorprende es ver en Cicerón a un hombre moderno, de nuestros días. Y cuando se contempla su retrato en piedra, que por fortuna existe en el Museo Capitolino de Roma, se recibe la impresión de haberle visto y aun oído sus catilinarias. Habla como un parisién del siglo XIX. No digo del actual, porque nuestras ciudades han dejado de ser marco de hombres eminentes para encuadrar a rebaños multitudinarios. En esas cartas luce la alegría, la sutil anécdota, la frase ingeniosa, la murmuración, la comidilla literaria o social.

"Entonces no había correo, y menos aun lo que Boissier llama 'aparato jadeante, imagen de una sociedad positiva y apresurada que trata de poner menos de lo necesario en el estilo que usa'. Este aparato intercadente es el telégrafo. Ha sido por cierto superado desde los tiempos de Boissier. Los aparatos hablan directamente y transmiten las voces remotas.

"Cicerón, como no podía ni aun soñar en que algún día existiesen esos medios de comunicación, cogía apresuradamente cualquier pluma o cálamo por malo que fuese y escribía a sus amigos, y así nos lo cuenta él mismo. Tenía que contestar apresuradamente. Su amigo acaso le escribía una larga carta y se la enviaba con un esclavo u otro emisario, el que esperaba impaciente la respuesta porque tenía que retornar en un viaje frecuentemente de varios días. Las epístolas llenaban la misión de los aún inexistentes periódicos. Sólo existía una especie de gaceta oficial llamada *Acta Diurna,* que contenía una relación inexpresiva de las asambleas del pueblo, el resumen sucinto de las causas célebres o ceremonias públicas, mención de los fenómenos atmosféricos, o de los prodigios más o menos fantásticos, que habían ocurrido en la ciudad o en su contorno. Fórmula sin duda venerable de periódico, pero que no respondía a la curiosidad que buscaba los motivos de los hechos y aun la emoción de la crónica escandalosa. Por eso las correspondencias sólo han dejado de tener primordial interés en época muy moderna, cuando los grandes diarios han hallado las fórmulas mismas de alta cultura y de sencilla y hermosa expresión que caracterizaban a las epístolas que, desde Cicerón hasta Madame de Sevigné, han circulado para instrucción y placer, no sólo de las personas a las que dichas cartas fueron remitidas. Acaso retorne la actividad epistolar porque, a vuelta de los tiempos y de sus mudanzas, el periodismo se hace harto solemne y discreto.

"Cicerón demuestra en esas epístolas un arte espontáneo, acaso superior al de su elocuencia del Foro. Boissier nos dice que es muy difícil tener más talento que él para referir o para pintar y representar, tan a lo vivo como él lo hace, los sucesos y los hombres. Si nos

los hace ver con tanta perfección, es porque él mismo los tiene ante su vista. Cuando nos muestra al mercader Quereas 'con las cejas afeitadas y aquella cabeza en la que anida la astucia y donde reside la malicia' o 'al pretor Verroes paseándose en una litera llevada por ocho esclavos como un Rey de Bitinia', o a Vitilio lanzándose para hablar 'saliéndosele los ojos', con el cuello inflamado y los músculos tirantes, o a los testigos galos que recorren el foro con aire triunfal y la cabeza alta, o a los testigos griegos que charlan sin descanso y 'gesticulan con los hombros', todos aquellos personajes, en fin, a quienes no es posible olvidar cuando él nos los ha dado a conocer, su imaginación poderosa y versátil se los representa antes de pintarlos. Posee maravillosamente la facultad de hacerse espectador de lo que cuenta. Las cosas le impresionan, las personas le atraen o le repugnan con una viveza increíble . . .(*)

"Su comunicación escrita era tan eficiente como la presencia: 'Me parece que te estoy hablando' —escribe a uno de sus amigos. 'No sé en qué consiste —dice a otro—, que creo estar a tu lado cuando te escribo.'

"Este es el ocaso de los grandes hombres, de las figuras más gigantes o que han dejado huellas más profundas en la memoria y en la admiración de la humanidad. Cicerón representa lo que hemos llamado 'la cultura'. Acaso mejor que la ciencia en nuestros días que, obligada por la multiplicidad de sus raíces, se especializa y pierde el sentido general. Es la cultura sin apellidos, sin calificativos que la diversifican. Puede decirse, aunque no absolutamente, que los apellidos de la cultura son en cierto modo su negación. Buscamos tanto la

---

(*) *Este párrafo de Boissier lo recitó de memoria con la exactitud que pude luego confrontar en el libro.*

verdad que nos perdemos en el simbólico laberinto. Encontramos, sí, cosas importantísimas, concretas, mas nos alejamos del tronco de la cultura. Cuando queremos volver hemos perdido el hilo de Ariadna. Y entonces decimos como San Marcos: 'Creo, ¡socorre mi incredulidad!' Nos vemos forzados a creer ciegamente, a renunciar a la vista y a la razón, que es el ojo cerebral. Me ha llamado mucho la atención en ocasiones el leer las cláusulas de aquellos antiguos testamentos en los que el otorgante, en el solemne umbral del más allá, para ofrecer la constancia de su fe, decía: *'Creo en el dogma incomprensible de la Santísima Trinidad.'* Terrible y amarga enjundia de agonía, de lucha interna, es la de esta frase, que a un hombre vulgar le haría reír, pero que al hombre consciente le inspira asombro y honda meditación. Quiere decir el muriente en el último punto de su agonía, buscando la verdad: 'mi razón me dice que esto es absurdo, que no lo comprende, que es disparatado, pero mi fe es tan vigorosa que *creo en el incomprensible dogma de la Santísima Trinidad'*."

—Don Miguel, en este caminar tan azaroso, yo, que estoy suspenso de sus palabras, le pediría que me hablase algo de cuáles pueden ser los fines de la vida. Más tarde podremos hablar de cuál es el fin, o los fines, del mundo.

—Esa ansia de saber cosas ignotas es la que yo siento. Por eso me gusta tanto hablar con usted, que las comparte. Usted ha tenido una educación profundamente religiosa; dentro de usted ha habido y hay luchas vehementes y es usted capaz de pasiones terribles como las tormentas. Un hombre corriente, pero cauteloso, con temor y afectación de vanidad, no haría esa pregunta demasiado amplia o simple: ¿cuál es el fin de la vida? Pero nosotros nos entendemos. El fin de la vida es a mi

juicio hacerse un alma, un alma inmortal. Esta alma ha de ser su propia obra. Al morir dejamos un esqueleto a la tierra que tampoco dura mucho, y un alma, una obra, a la historia, y ésa sí puede durar más, aunque también veremos cómo se esfuma en el frágil recuerdo de los hombres. La humanidad misma, ¿no habrá de desaparecer colectivamente lo mismo que desaparece el hombre? Esto lo veremos en otra conversación. ¡Y ésa sí que será agónica y angustiosa! Porque es que toda esta ciencia, todos estos inventos acabarán en nada y no habrá en la inerte materia algo que pueda recordar tanta sabiduría, tanta virtud, tan altas ideas! ¡La antítesis de esto, el vicio y la bestialidad, bien olvidados quedarían! Pero el olvido ha de ser para todo, lo bueno y lo malo. El planeta Tierra, y los innumerables astros que pueblan el infinito universo, no tienen eso que llamamos moral y que es una invención indispensable para la convivencia humana como lo son las reglas de un casino o club. Hemos hablado de Cicerón. Aún lo recordamos, porque su espíritu ha sido tan luminoso que ha atravesado las tenebrosidades de veinte siglos. Pero ahora hablábamos de que los esqueletos quedan. Sólo es ya polvo el esqueleto de Cicerón. Si los paleontólogos encuentran algunos cráneos o esqueletos de las épocas paleolíticas es porque los huesos, en vez de hacerse polvo, se han hecho piedra. Y es la petrificación, es decir, la piedra, lo que nos llega como mensaje de acaso millones de años de otros huesos pulverizados.

—Así como se buscan pruebas de la existencia de Dios, ¿cuáles podrían aducirse de la inmortalidad del alma?

—Cuando las gentes —dijo Don Miguel— piden con angustia pruebas de algo trascendental, es casi siempre porque tienen a la vista demasiadas pruebas contrarias

a aquello que quisieran ver demostrado. Se busca una ceguera para no ver lo que se tiene delante, o unos rayos X para ver más allá del muro. Pedimos, exigimos pruebas contra las evidencias. Es una de tantas manifestaciones de agonía, de la lucha interna que arde en el pecho. ¡Vemos que todo muere! ¡Jamás lo hemos visto resucitar! El misterio de las almas errantes alienta sólo en los ensueños de la imaginación, o en las nobles ansias del pensamiento; es una creación de la poesía de elevadas concepciones, sublimes, y también a veces de las prácticas pintorescas y absurdas de las mesas parlantes. La audacia de estas últimas ha llegado a crear lo que llaman el "ectoplasma", que quiere convertir el alma en una especie de repugnante purulencia, que algunas cámaras fotográficas, con más imaginación que objetivo, han llegado a retratar. Por eso la continua duda lancinante. La palabra "dubitare" tiene la misma raíz numeral, dual, lo mismo que "duellum", lucha. Dudar es luchar. *Dos* ideas combaten. ¿Cuál triunfará? ¡Tal es la duda! Por eso la esgrima filosófica para herir y matar las evidencias, para hacer agujeros en la muralla en la que chocan nuestros ojos y nuestra tartamuda razón. Presentimos que la verdad mora al otro lado de la engañosa frontera. Nos vemos compelidos a "discurrir" con algo que no sea el tosco bordón de peregrino de la razón, que ha de ir tocando todas las piedras del camino.

"Dos años antes de mi emigración a este París (vía Fuerteventura), estaba en Palencia en casa de mi hijo, y el día de San Bernardo fuí al cercano convento de la Trapa de Dueñas. Lo recuerdo como uno de los instantes de mayor luz interior de mi vida. Los trapenses cantaban una salve a la Virgen. La iglesia ardía con centenares de velas de cera. Nadie ha hablado, que yo sepa, de la impresión religiosa que expresa el chisporroteo de

los cirios quemando la cera de las abejas neutras. Las voces complejas y enlazadas de jóvenes y viejos trapenses, graves y agudas, rodaban bajo la bóveda hacia la imagen azul y blanca de la Virgen Madre, que estaba representada en el momento de su visita a Santa Isabel, cuando llevaba aún en el seno a Jesús. La letanía avanzaba con viril solemnidad. ¡Maris Stella . . . ora pro nobis! . . . Se me antojó que soñaba con revivir hacia atrás, esto es, en desvivir volviendo a la infancia, para tener de nuevo en los labios blancas gotas de leche maternal. Y entrar otra vez en el claustro materno, dormir de nuevo el sueño prenatal *per omnia secula seculorum.* Algo como el nirvana búdico. Sentí entonces en las voces que sólo hablaban a Dios, en los monjes mudos trapenses, en el fluir de sus cantos entre las flámulas de las bujías, que nacer o desnacer, vivir o morir, eran íntimamente iguales. En la dialéctica de la duda, de la lucha, de la agonía, el hombre, al empezar a vivir en el claustro materno, vive desde siempre porque el nacimiento no puede ser un azar imprevisto para la naturaleza, la que ya estaba predeterminada para ese nacimiento, y, por lo mismo, el fin de nuestra lucha, de nuestra agonía en la muerte no es lógico tampoco que sea un fin completo. ¡Mater creatoris! . . . ¡Ora por nobis!, clamaban los trapenses."

—Visión realmente magnífica, Don Miguel, que nos hace sentirnos eternos con un largo sueño prenatal y otro postmortem o, si usted lo prefiere, después de desnacer. Mas los hombres del vulgo acaso concebimos la inmortalidad (por lo menos es la que pretendemos) como una indefinida continuación de la conciencia. Llamamos muerte a la disolución del eje de nuestra personalidad que, con la memoria —aguja con hilo—, va ensartando los hechos de su vivir.

—Sí, efectivamente; pero es que la vida, aunque sea un rosario, aquí lo es de otra manera. El ser —ya lo presintieron las antiguas mitologías helénicas— al final de cada vida tiene que beber las aguas del Leteo. Los capítulos del vivir están separados por un asterisco que es un vaso de las aguas del olvido. Tal es la tremenda suma heterogénea que ningún matemático podrá resolver. El infinito está formado por las cantidades ultraheterogéneas de fracciones perecederas y finitas. ¿Cómo sumaremos los conceptos de eterno y finito? Uno de ambos habrá de ser excluído. Aunque el universo sea eterno, si no engendra más que cosas que no lo son, acaso no merezca ese título en plena exactitud. Cada cosa engendra su semejante. Habría que establecer otro concepto intermedio. Si incidiéramos en discurrir con silogismos como en la vieja Salamanca, diríamos: cada ser engendra su semejante. Como el universo no engendra ni produce más que cosas finitas . . . ¡no puede ser infinito!

"Pero estos silogismos que han sido llaves de la razón desaparecieron precisamente cuando la razón fué divinizada, cuando ésta quiso sustituir a la fe ciega por una fe iluminada de estructuras armónicas y lógicas, para asentar la fe en un pedestal de convicciones. Se había perdido la llave, y la enmohecida cerradura guardaba sus secretos. Entonces se descubrieron los llavines modernos, aun más sutiles y complicados, para cerraduras más herméticas y a prueba de las ganzúas de los sofistas. Ya esas cerraduras no se abrían con silogismos, y sin embargo en ocasiones lograron descerrajar hasta las misteriosas cajas o arcas de enigmas de las antiguas religiones."

—Acaso —inquirí yo— nos ocurra con estos conceptos, que no los veamos porque los suponemos muy abstrusos, siendo así que los tenemos delante con toda

su diáfana simplicidad; diría yo que disfrazados con su misma desnudez.

—Verdaderamente —añade Don Miguel— tenemos a la vista muchas formas ya de inmortalidad o de pervivencia. La inmortalidad de alma es algo espiritual y algo social. El que se hace un alma, el que deja una obra, vive en ella y con ella en los demás hombres, en la humanidad, en tanto al menos que ésta viva, ya que la humanidad tampoco es inmortal. Esto lo indagaremos en otra conversación. La Tierra morirá aunque será eterna, y nosotros en ella o en los trozos en que se divida, si choca con otro astro o se convierte en una estrella Nova. Mas entonces la Tierra habrá muerto y renacido en otro modo.

—Esa manera de vivir por las obras es más bien una perennidad histórica, que tendrá también su fin, porque la memoria del hombre es de corta vista y rara vez alcanza más allá de los cinco mil años. Ese sobrevivir histórico es resonancia, más o menos prolongada, de nuestros actos.

—Lo que ha ocurrido, en el mirar trascendente de los hombres, es que han llegado a percibir que las verdades más importantes son invisibles, y que los ojos descarrían con su evidencia. La Biblia no nos habla de la inmortalidad del alma. La esperanza judaica en la resurrección de la carne entró en duelo con la inmortalidad del alma. Era aquélla la esperanza pneumática de los griegos, la del platonismo y la espiritualidad. Alma, según esta concepción, es espíritu descarnado, desengrasado, en concepción antagónica con la materia. Y así nacen las que acaso sean artificiosas oposiciones de lo *material* y lo *espiritual.*

—¿Son cosas diferentes? ¿Cree usted, don Miguel, que puede existir un alma separada del cuerpo?

—¡Oh! Qué pregunta tan complicada, o mejor diríamos, tan sencilla por la manera como me la formula. En primer término le diré, Eduardo, que no puedo creer en nada en el sentido en que me lo dice. Vamos saltando de duda en duda, de agonía en agonía. Hay algo indudable, no obstante, y es que son cosas distintas. Muchos dirían que esencialmente, pero tal afirmación ya sería excesiva. Cuerpo y alma son ángulos diversos de observación o de clasificación de nuestros fenómenos vitales. No me atrevería tampoco a decir si su origen es o no el mismo, si todo es o no fisiología. El alma ¿es algo más que la animación del cuerpo? ¿Se ha infundido en él viniendo del almacén de almas de que habla alguna religión, o es, más bien, una emanación de los dinamismos fisiológicos, la que, a la manera del circuito cerrado de una corriente eléctrica, ilumina el bombillo cerebral en donde se centraliza la dirección consciente del organismo? ¡Con usted, Eduardo, doy suelta a la imaginación, a la filosofía poética! Dios me libre de inventar sistemas y de fundar doctrinas. Hablamos de filosofía como podríamos hacerlo de arte, escultura, música, etc. Pero acaso estemos dando temas a la filosofía futura. ¿Cuerpo? ¿Alma? Sólo tarde en la historia del pensamiento humano se ha llegado a esta separación de lo material y lo espiritual. El análisis que ha hecho de ellos antítesis ha llegado a considerarlos separadamente, a descoyuntar uno de otro. Pero la verdad es que sólo a fines de clasificación y de método se hizo primeramente.

"Cuando la vida, la *animación,* el conjunto funcional se paralizan, hay algo que huye y deja inerte la materia. Entonces, la religión y algunas filosofías nos dicen que el alma se ha separado del cuerpo hasta hacer volar sola el alma para recibir premios o castigos. Nadie

ha podido comprobar una actividad anímica espiritual, sino como desprendida, en fluencia de un organismo corporal, fundamentalmente por la palabra, la que es algo físico, también, vocalización, sonido. Hay que desnudar a la palabra de su ropaje sonoro, para aislar la idea y el concepto como elemento plenamente espiritual. Entonces podremos afirmar que el organismo pensante humano es capaz de crear y emitir ideas, y que siendo estas manifestaciones puramente espirituales, sólo pueden surgir de algo plenamente espiritual que mana de nuestro conjunto orgánico, de un alma. ¡Otra alianza de elementos heterogéneos, como la que antes hemos visto entre lo eterno y lo finito, conviviendo en una vida dispar y *ant-agónica*! Y es que la filosofía ha metido dentro de la hirviente olla una receta mucho más discrepante que la de las brujas de Shakespeare. El alma es una creación del hombre en su aspiración hacia la humanidad, superando el tronco animal, la base de bestialidad, en la que ha injertado su voluntad de elevarse, de humanizarse. Y he aquí que, en fuerza de hablar de cuerpo y alma, de cosas espirituales y materiales, cuando generaciones y generaciones de pensadores y filósofos se han alejado de las realidades que jamás les han presentado un alma sin cuerpo, se llegó a practicar esta finísima disección. Y así las almas han comenzado a volar solas al separarse de sus cuerpos. No se han hundido con ellos en la tierra. Las religiones les han puesto alas y han formado con ellas seres espirituales, como ya se había hecho con los ángeles, que fueron los primeros mensajeros de Dios.

"Los judíos, cuyo verdadero Dios es su propio pueblo —Jehová tan sólo es el pastor, severo a veces porque sabe que *su pueblo* es de cerviz dura—, han tenido la preocupación, típicamente hebrea, de invadir el mun-

do, de resucitar en los muchos hijos para dominar con un sentido de superioridad de raza y de organización patriarcal. Pueblo elegido de Dios, quiso expresar Pueblo-Dios. Un judío saduceo, Carlos Marx, ha pretendido crear la filosofía del proletariado. Los hebreos, hombres de prole, sólo han creído en la resurrección de la carne por los hijos, que es la más materialista y efectiva. Así sostienen la inmortalidad colectiva de la raza.

"San Pablo también era judío, mas espiritualista, y mantuvo la idea de la resurrección de la carne en un Cristo histórico y no fisiológico. San Pablo, creador del cristianismo universal, el genial saduceo romano, fué el colosal luchador, el gigante del agonismo cristiano, del que surge la inmortalidad del alma en el Cristo hecho hombre y en el hombre divinizado por la humanización del hijo de Dios. En cambio, el también judío saduceo Carlos Marx predicó que son las cosas las que arrastran a los hombres, y de ahí su clamado materialismo histórico, cuya *filosofía* ha prendido tanto más cuanto que no es tal filosofía. Creyó en las cosas y no en las personas. Éstas fueron para él menos que cosas o posiblemente unas cosas más entre otras tantas. Por eso, este Karl de las barbas rabínicas ignoró el factor fundamental de la historia que es la *personalidad* de los hombres señeros, guías del mundo."

—¿Y qué entenderemos por persona, Don Miguel?

—En latín era llamado *persona* el actor que hacía un papel en la tragedia o en la comedia. Históricamente, una *personalidad* suele llamarse al hombre o mujer que posee un carácter de alto sentido y valor social, el que cumple altamente un fin colectivo. Muchas veces se dice: "Este hombre tiene personalidad", frase que incluye muchas cosas estimativas y que, generalmente

para el pueblo, expresa que determinado individuo tiene acusados rasgos de carácter, de autoridad, de competencia, de energía, y que inspira fe y arrastra a las gentes. Es *una persona*. Ésta hace o se la cree capaz de hacer un papel más o menos importante en la comedia o en la tragedia humanas. Para el vulgo esa apreciación suele dimanar de una suerte de prestancia, de aplomo, de sensación de seguridad o de energía. Es algo de lo que corrientemente suele expresarse al decir "que tiene don de mando". Efectivamente, hay gentes que, no se sabe por qué, son obedecidas y escuchadas, y otras, posiblemente con más inteligencia o cualidades que creemos más elevadas, son, sin embargo, desatendidas y nadie les hace caso. Entre las cualidades del político, que son muy raras, que se dan incluso con mucha menos frecuencia que las precisas para ser un gran artista o una eminencia en otros órdenes, la que tiene más relieve es, sin duda, ese efluvio de autoridad. El juicio popular sobre tal aspecto es bastante certero y suele equivocarse menos que una opinión más culta en el juicio de los hombres públicos. Ciertamente aplaudimos o criticamos a la persona desde muy distintos puntos de vista, mas, en el fondo, el *actor* impresiona análogamente a todos.

"El realismo de Marx, de *res*, cosa, padece del daltonismo, estrabismo y miopía de casi todo aquello que se presenta como evidente. Lenin, muy superior a Marx, tenía un concepto menos simplista de lo que el rabino llamaba realismo. Cuando le decían que alguna afirmación de sus libros estaba fuera de la realidad, contestaba: 'lo siento por la realidad'. Conceptos hay que son a modo de pedruscos en los que tropiezan los miopes mentales y aun los espíritus de larga vista: este de *realidad* y *realismo* es uno de ellos."

Nuestro paseo se había dirigido en aquel hermoso día de abril otra vez a Urrugne. Nos había conducido hasta allí en su automóvil nuestro gran amigo de aquella época, Viguri, convecino de Hendaya al que, tanto Don Miguel como yo, debimos muchas atenciones.

El arquero del reloj de la iglesia seguía disparando sus horas-flechas, y como llevaba unos dos siglos en esa monótona faena, la torre de la iglesia aparecía vieja, cansada, con numerosos desconchones. Paseamos por el pueblo, que tiene sus típicas casas de estilo rural vasco a un lado y otro de la bien cuidada carretera. Filas de chopos la bordean. Serían como las cuatro de la tarde. Llegamos a la cancha del juego de pelota, que no falta en ningún pueblecito vasco. Los mozos, ágiles y fuertes, de trajes blancos y alpargatas, jugaban a la pelota con cesta. Recogida la pelota en el aire con rápida destreza, era lanzada con fuerza y rítmicamente. Se oía el firme chasquido de su rebote en la pared. Largo rato fuimos espectadores del hermoso juego, ejercicio de fuerza, ligereza, habilidad. El chasquido rítmico de la durísima pelota crepitaba en nuestros oídos.

Viguri nos dijo:

—Ese pequeño, de alguna edad, es el famoso pelotari Chiquito de Abando, ya retirado; ha hecho alguna fortunita jugando en Madrid, en La Habana, en México y en Buenos Aires. Se ha construído aquí una casita y ahora juega como aficionado.

Seguía siendo un maestro. Apenas parecía tocar la pelota con la punta de la chistera de mimbre, y aquélla iba disparada, segura y vibrante, contra la pared. Enseñaba a algunos mozos, que triunfarían más tarde por las canchas del mundo. Porque los juegos populares ibéricos, de origen seguramente prehistórico como este de la pelota y el juego trágico con los toros, han gozado

siempre de una gran fuerza expansiva. Toreros y pelotaris son los artistas que más viajan, con su capote y su montera aquéllos, con su cesta y su boina éstos.

—¡Cuánto vigor lleva la pelota —dijo Don Miguel— cuando sale lanzada por la cesta! Mientras va hacia la pared se creerá eterna por la energía que siente dentro; el choque cambia la dirección, esa fuerza retrocede y así puede el ritmo continuarse, como con el arquero de la torre, que es un pelotari de las horas.

—¡Quién sabe —añadí yo— si un torero del tiempo!

Nos sentamos en unos taburetes, en torno a unas redondas mesas, todo muy rústico, de pino sin pintar, bajo un enorme plátano de Indias que nos ofrecía el sol y sombra de sus hojas movibles recién barnizadas por el verde nuevo de la primavera.

Una gran botella de sidra verdadera —no esa falsificación espumosa de la exportación— fué pasando a los vasos de Viguri y míos. Don Miguel no quiso beber nada. El largo conversar no había secado su garganta. ¡Qué fresca y reconfortante, sin embargo, aquella noble bebida rural, con el agridulce de la manzana fermentada y apenas alcohólica! Pero Unamuno rechazaba austeramente estos inocentes y sin embargo grandes placeres. Aún recuerdo el que me produjo, después del calor y el polvo de la carretera, aquel vaso de sidra casi helada. Desde allí seguimos oyendo el chasquido de las pelotas que parecía el ritmo, el latido del corazón de aquel pueblo. Y regresamos a Hendaya con la sana fatiga que la excursión y las digresiones hacia lo eterno habían producido en nuestra mortal naturaleza.

Habíamos preparado una excursión larga y salimos en automóvil por la mañana para llegar a Cambo-Les-Bains hacia la una para almorzar allí. Fuimos primeramente a San Juan de Luz, cuya hermosa playa me es familiar desde la infancia. La carretera va luego entre montañas cubiertas de árboles. Todo es amable en los panoramas del país vasco-francés, que contrasta con la vigorosa y abrupta belleza de la parte española. Nos detuvimos brevemente en Spelette. Don Miguel había sacado del archivo de su bolsillo interior de la chaqueta un fajo de papeles y nos leyó un hermoso soneto que había compuesto la noche anterior.

—Compuse este soneto dormido. Diríase que alguien iba, verso a verso, escribiéndolo o haciéndolo nacer en mi memoria o en mi espíritu. Me desperté, y, como otras veces en que se me ocurren cosas, lo escribí inmediatamente. Ocurre, al menos a mí, que una cosa soñada se recuerda recién despierto, mas al poco tiempo se esfuma y se hunde en los mismos ocultos rincones de la subconsciencia de donde surgió. Y también estuve soñando con mis preocupaciones sobre la inmortalidad. No dejo de caminar por esos senderos.

—Yo también deseo que usted siga caminando por ellos y que nos vaya descubriendo lo que vea. Precisamente, meditando en sus palabras, pensaba yo que posiblemente las cosas deben dejar de ser, para seguir siéndolo de otra manera. ¡Cuántas veces damos por muertas cosas que han cambiado, simplemente!

—Ese punto de vista, Eduardo, me interesa, y puede abrirnos otro sendero más o menos largo. Veremos a dónde nos lleva. Cada época crea un ámbito con tonalidades que tienen un íntimo parentesco. El ser coetáneo es un estilo de fraternidad, de analogía más o menos distante. De ahí nacen los estilos, las modas en

su sentido más amplio, que afectan a todas las manifestaciones del arte y no sólo, claro es, a la elegancia femenina, aunque en ella vemos expresar de una manera muy plástica y visual este parentesco de las cosas que vivieron al mismo tiempo. Y, en efecto, a veces viven demasiado. Los prodigiosos músicos de los siglos XVIII y XIX han creado las grandes obras clásicas, los gigantes poetas de esos mismos períodos han llenado nuestros tiempos con sus notas y con sus estrofas. Hasta en las manifestaciones más humildes del arte como el que llamamos Género Chico, si abrimos la ventana de cualquier patio de vecindad escuchamos con horror la fácil musiquilla, que se pega al oído, de las zarzuelas de moda, que dura demasiado tiempo. La sirvienta sacude las alfombras por la ventana cantando coplas de *La Revoltosa* o de *La Gran Vía.* Es demasiado el que algunas de estas musiquillas, que pueden calificarse de ratoneras aunque algunas son graciosas y gentiles, duren casi un siglo en el repiqueteo de los cantos de vecindad. Todavía ahora la radiodifusión, que es un medio moderno de fatigar a todo el mundo sin que nadie pueda defenderse, repite esta música popular ya demasiado vieja. Yo no la rechazo. Entre ella hay obras de positivo mérito de grandes artistas de nuestro país. Otros ritmos populares franceses o italianos, en suma, del folklorismo universal, alegran la vida. La música clásica, aunque en general a mí no me gusta la música, es la misma siempre. En cuanto a ésta comprendo que cada vez guste más, es decir, se penetre mejor en su comprensión. Lo mismo nos ocurre al releer el genial capítulo del *Quijote*, el de los galeotes, y muchos otros de la prodigiosa Biblia castellana. Sin embargo, no cambia el panorama. El ciclo no se acaba de morder la cola, y dentro de su ámbito es demasiado reiterante. No triun-

fan definitivamente nuevos músicos, nuevos poetas. Ansiamos novedades que a veces se buscan por caminos tortuosos y sin éxito. Y entonces seguimos cantando las coplas de *La Verbena de la Paloma*. Esta fatiga de quienes contemplan el mismo cuadro u oyen las mismas melodías, indica que estamos deseando que todo eso acabe para renacer en otra forma, como usted decía, Eduardo. Quizá no sea eso morir, sino evolucionar. La eternidad será posible en un continuo caminar de transformaciones, de evoluciones, de muertes y resurrecciones, que empiezan con un astro gaseoso que se va haciendo agua y tierra en el que nacen seres, y que al cabo de miles de millones de años no desaparece, sino que se transforma, y recomienza una nueva evolución. Sin ir tan lejos en estas concepciones astronómicas, recuerdo a un amigo mío que decía que iba a suicidarse para no volver a oír *La Traviata*.

La tierra es nuestra atalaya para contemplar el universo en la parte que aun siendo enorme es insignificante, la que nuestra débil vista puede alcanzar. Llegan a nuestros ojos destellos que han tardado acaso millones de años en llegar. Su luz nos da un beso de eternidad, acaso porque nos confunde con los inmortales, ya que no sabe distinguir entre hombres, astros o dioses.

Para la ínfima dimensión humana, un millón de años es igual, *prácticamente* como suele decirse, a la eternidad. Si bien son cosas esencialmente distintas. Los millones de años caben, por muchos que sean, en nuestra mente y en nuestra aritmética. Mas la eternidad "no nos cabe en la cabeza", como vulgarmente se dice.

Desde nuestra atalaya terráquea oteamos el uni-

verso infinito, y en cierto modo paseamos por él y salimos, con la vista, de la Tierra. Pero nuestros ojos, aun asistidos de los más potentes telescopios construídos por el ingenio humano, no pueden romper la barrera de su limitación. Ni el infinito cabe en la Aritmética, ni el universo en el telescopio. La Aritmética va siempre como un perro con la lengua fuera, jadeando detrás de la inasequible infinitud, añadiendo cifras que nunca acabarán, y quedándose siempre corta. La eternidad no se puede medir, carece de cantidad y de tiempo.

La humanidad ha caminado siempre de arriba abajo. La razón humana será muy lúcida, pero sus construcciones espirituales han comenzado siempre por la cúpula. Primero ha divisado los dioses, y ellos, por ser tan remotos, han impedido al hombre ver las realidades que le rodeaban. ¡Cuántos siglos ha tardado en hacer el viaje desde el Olimpo hasta la tierra que pisaba!

El progreso humano habría sido mucho más rápido si, inversamente, hubiera empezado por estudiar las hormigas u otros animales aun más humildes, e ir ascendiendo luego hasta los dioses. Le pareció más sencillo el idear que los dioses habían creado al hombre y a la hormiga.

Sin embargo, estos dioses agradecieron muy poco las adulaciones humanas. Sus oraciones, sus sacrificios, no llegaron nunca a la divinidad. El Olimpo Helénico carecía de moral. Sólo las doctrinas socráticas empezaron a moralizar a aquellos dioses, entre los que había, como en la tierra, divinidades buenas o malas. Muchos de los mitos olímpicos son verdaderas canalladas.

Sin embargo hay quien ha pensado que la moral de los dioses, como la de los héroes, no puede ser como la del hombre corriente. De todas suertes la mitología helénica prescindió demasiado de la moral. Las mara-

villosas creaciones poéticas de Homero usaron con harta libertad de las virtudes del Olimpo, y por eso los pitagóricos presentaban al genial poeta suspendido de un árbol y rodeado de sierpes, en castigo a las inmoralidades que había atribuído a los dioses.

La verdad es que en este hormiguero que da vueltas alrededor del sol, no se sabe si son más chicos los hombres, las hormigas o los dioses.

Mientras tanto, el hombre es tan miope que no sabe verse a sí mismo. Los astros le impiden ver el Universo, y anda buscando a Dios o a los dioses en el cielo o en el Olimpo, cuando lo tiene dentro de su pecho.

DIÁLOGO SOBRE EL AMOR | 5

En el mes de julio de 1926 estaba en mi casa de Hendaya con Don Miguel de Unamuno, que muy frecuentemente me visitaba. Vivía Don Miguel en la modesta fonda de Mr. Broca, cerca de la estación, y continuamente venía a disfrutar de nuestro ambiente familiar. Nadie le importunaba, y aunque mi hijo Fernando le pedía que le hiciese pajaritas de papel, eso le divertía a él más que recitar un soneto. Se solía tender en un sillón de lona como los que suele haber en la cubierta de los barcos y se respetaba su silencio, o se abrían los oídos para escucharlo.

Serían como las cuatro de la tarde cuando llegaron unos visitantes de campanillas: Antonia Mercé, *La Argentina,* y Andrés Segovia. Aquélla, la Papisa de las castañuelas, la verdaderamente genial bailarina; éste, el Papa de la guitarra, el que ha dado a este instrumen-

to un valor y una trascendencia de plenitud musical. Habían ido a buscar a Don Miguel a su fonda, y allí les dijeron que estaba en mi casa. Era yo amigo de ambos. De Antonia Mercé, desde muy joven, porque siendo ella una niña de trece o catorce años fué novia de mi amigo Elías, un estudiante de arquitectura que usaba una precoz barba negra. Con él, con Juanito Santa Cruz, Paco Agramonte y mi hermano José, formábamos un grupo de amigos que se reunían en una buhardilla para jugar a la bohemia, aunque casi todos éramos chicos de vida holgada, que no tenían por qué cantar un aria de melancólico adiós a su gabán antes de empeñarlo. Antonia Mercé manejaba ya entonces los palillos con ese estrépito musical tan rico en matices y de tan ágil vibración que fué el ritmo de sus prodigiosas danzas.

En aquel julio de 1926 era ya una famosísima bailarina, que había creado en la Ópera Cómica de París los *ballets* de Falla. Al día siguiente iban a dar ambos magnos artistas un recital en el Teatro del Casino de Biarritz.

La Argentina tenía un cuerpo esbelto, hecho para el ritmo, para los movimientos ligeros y alados, pero su rostro no era hermoso. El conjunto sobre las tablas arrebataba por el encanto sumo de sus movimientos, que eran como armonías vivientes y palpitantes.

Antonia abrió un diminuto carnet de notas para probarme que yo estaba allí previamente inscrito entre las visitas que quería hacer. La bailarina y el guitarrista nos invitaron al concierto de Biarritz.

Don Miguel adoptaba ante las mujeres una expresión singular que a mí me intrigaba enormemente. Su actitud era severa, ausente, y sin embargo, a veces y como a hurtadillas, se sorprendían miradas que dirigía

a las damas con una fijeza que parecía, si no impertinente, algo extraña. No hay que decir que nunca tuvo que ver nada con *La Argentina.* Me sorprendió no obstante que, al verla, como ante otras mujeres que acaso le emocionaban por su hermosura o atracción, se puso súbitamente colorado. Según familiarmente se dice en España, "se le subía el pavo".

Una marquesa andaluza, de belleza abundante, y más plebeya que aristocrática, me preguntó en cierta ocasión, después de advertir cómo se encendía el rostro de Unamuno:

—Dígame, Ortega; usted que conoce tanto a Don Miguel: ¿cree usted que le he dado el flechazo? Porque esto de conquistar a un filósofo es algo que no podría desdeñar.

—Desde luego —dije a la desbordante dama—, su belleza le ha impresionado; pero tenga en cuenta que este síntoma de ponerse colorado es propio de los hombres tímidos en el amor. A San Antonio se le subía también el pavo en cada tentación diabólica. Y era la manera de rechazarla y no de admitirla. Los donjuanes nunca se ponen colorados. Ignoro si Freud o algún otro psicoanalista ha estudiado la génesis de este fenómeno. En cuanto a Don Miguel, si usted interpretase mal su rubor, la segunda vez se pondría rojo de ira. Al quedar sorprendido por la atracción de una hermosa mujer, se siente como agredido, y su reacción defensiva llena de sangre sus mejillas. El marqués puede dormir tranquilo si no hay otros moros en la costa.

Vamos a tener ocasión de vislumbrar algo del piélago espiritual de Don Miguel en los inciertos senderos del amor. El alma de Don Miguel era aparente, superficialmente austera, de un frío intelectualismo, para el que no supiese penetrar en sus secretos portillos de-

fendidos por una espinosa mordacidad que era el terror del mundillo intelectual. Mas, debajo de esa costra áspera, palpitaba una médula jugosa, impregnada de ternura sutilmente delicada y con un absoluto sentido de justicia para todo el mundo.

En nuestras continuas caminatas por las carreteras vascas —porque era tan tenaz conversador como andarín infatigable—, nos detuvimos cerca del pueblecito de Biriatu, que muy a menudo visitábamos, ante un espléndido paisaje. Las montañas se extendían con sus tonos verdes desde la esmeralda hasta el verde oscuro de los pinos en sucesión interminable, con algunas cumbres cubiertas por su gorro blanco de nieve. A nuestros pies, en un abismo de laderas casi verticales, circulaba el río Bidasoa, que nos separaba de esa España de la que suelen estar ausentes cuantos la aman con demasiada pasión. Y entonces, poniéndome la mano sobre el hombro, posiblemente obligado a la sinceridad por aquel admirable panorama, ámbito de su niñez, acaso, pienso yo, para contrarrestar el efecto de las tremendas, acerbas críticas que acababa de hacer contra un personaje de gran renombre, me confió:

—Eduardo, voy a quitarme mi disfraz, porque quizá es usted lo bastante inocente como para creer en él. Soy un cordero al que le gusta disfrazarse con una piel de león.

Se erguía ante mí sobre el fondo de las montañas, alto, esbelto, con el semblante rezumando espíritu y bondad, agudo en su barba entrecana, en su nariz aquilina y en sus ojos penetrantes. Experimenté en aquel momento un cariño filial, que no se ha atenuado, hacia aquel viejo de hidalga presencia, cuya alma sentía volar sobre el río y las montañas. Y le pregunté:

—Don Miguel, tengo una profunda curiosidad, que

no es indiscreta, cominera ni mezquina, sino inspirada en mi deseo de conocerle mejor. Bien sé que usted se defiende de la gente vulgar escondiéndose dentro de sí mismo. Desearía saber cuáles han sido sus primeras reacciones ante la mujer, cuál ha sido acaso su primer amor.

—¡Ah! Me pregunta usted algo que yo mismo no sé. Me he escondido, como dice, tanto de los demás, que a veces no me encuentro yo mismo, a la manera de esos avaros que ocultan sus tesoros en sitios misteriosos y luego no dan con ellos. Pero voy a procurar decírselo, mientras me busco a mí mismo, o por mejor decir me rebusco. En los comienzos de mi pubertad, cuando aún iba a la escuela del viejo don Higinio en Bilbao, yo no tuve esas imaginaciones confusas, turbiamente ilusionadas, que suelen inquietar al espíritu de los niños, a veces mucho antes de lo que se puede sospechar. Mas un día —estaría yo en los doce años— permanecía en casa con mi madre. Era ésta una señora alta como una lanza, muy severa, seca y de pocas palabras, a la que yo también amaba en silencio, sin efusiones, ni demasiadas demostraciones de besos y caricias. Llegó entonces una señora de visita, amiga de mi familia. Tendría como unos treinta años, y no es sólo que fuese hermosa, sino que tenía una tal expresión de dulzura, de feminidad graciosa y ligera, que experimenté por primera vez la profunda emoción de la mujer. No era doña María Galdácano —pongamos por nombre— lo que veía. Por primera vez en mi vida de adolescente lo que veía, en realidad, era la mujer; revelación de la feminidad. Para exponer con exactitud esas sensaciones infantiles tendré que decir también que desde muy niño se me habían insinuado esas impresiones. La verdad es que el niño ama desde pequeño, o, diría-

mos mejor, tiene una capacidad de amar. Sería del mayor interés psicológico el indagar científicamente y sin retórica este primer momento de iluminación del amor del niño. De todas suertes nunca había sido esta impresión intensa, ni tan concretamente determinada, como en torno de aquella bella y joven señora amiga de mi madre. Sería una vulgaridad, y, como tal, cosa inexacta, el decir que quedé enamorado de ella, algo como si dijese que me había enamorado de la Gioconda. Pero lo cierto es que quedé prendado, y que dentro de mi pecho de niño experimenté una turbación, una remoción profunda, algo así como si me abriesen los ojos y las fuentes de mi vida. Fué el primer albor de juventud. Como todas las cosas hondas, al menos para mí, aquello quedó encerrado en el secreto de mi alma. Podría expresarlo diciendo que ni yo me lo decía a mí mismo. Pertenecía a esas sensaciones, acaso las más ricas y delicadas que no llegan a la plenitud de la conciencia. Sólo la reflexión muy posterior, el análisis del hombre maduro, mirando hacia atrás, la encuentra en sus recuerdos. Mi única exteriorización de aquel sufrimiento fué que, cuando veía a aquella señora, sin que pudiera evitarlo, ni me diera cuenta del porqué, me ponía colorado.

Después de aquellas palabras Don Miguel guardó un silencio que no quise romper, porque comprendí que seguía envuelto en sus recuerdos de niño, que él amaba tanto, hasta el punto de haberme dicho en una ocasión que la verdadera vida era la del niño, en el que vibraban las sensaciones con una plenitud de sensibilidad. Luego todo lo demás era supervivencia, con una sensibilidad usada, mucho menos viva porque llegaba a nosotros a través de los callos que iba formando la persistencia, la reiteración de unas sensaciones que,

al no ser nuevas, ni primeras, encontraban nervios amortecidos. Seguimos caminando de regreso hacia Hendaya. Pensé también que Don Miguel sentía pudor de haber abierto el secreto camarín, avaro como era de sus intimidades.

Mi discreción, que aspiraba a ser comprensiva, fué premiada, porque Don Miguel rompió por sí mismo este silencio.

—No se ha indagado bastante en la psicología de los niños. Sin embargo, en ella está la clave y la fuente de la de los hombres. Los descubrimientos de Freud han iniciado una nueva senda, aunque en muchos aspectos se han descarrilado, desmesurando la trascendencia de ese motor erótico del que el psicoanalista tiñe todos los actos humanos. Mas sí es una observación exacta la de que los niños suelen estar enamorados de sus madres en el sentido puro y bellísimo en el que se puede concebir tal enamoramiento. Es a modo de lo que los místicos musulmanes y cristianos han llamado el *amor hermoso.* Estos últimos lo referían a la Virgen. Mi madre era una señora tan severa en el cuerpo como en el espíritu, alta, seca, de ternura envuelta en dureza, y la ausencia de manifestaciones efusivas de amor maternal es posible que contribuyese a mantenerme de niño en cierto modo ausente y alejado de la feminidad. Precisamente, Freud ha dado la pauta con sus investigaciones para seguir esos caminos antes no recorridos de la deducción sentimental, y por los que se llega a la conclusión de que, sin la menor contaminación de sentimientos que no sean alquitaradamente puros y sutiles, es el amor maternal el que nos conduce hasta el amor. Esa hasta cierto punto paridad, con la que el amor a la madre lo trasladamos a la novia y a la esposa, hasta el punto de que muchas veces nos acordamos de

ambas como parecidas, ha sido en ocasiones mal interpretada. A los observadores vulgares les ha llevado a hablar del complejo de Edipo. Mas nada tiene que ver con ese aspecto. Por el contrario, esa confusión absurda y tosca nos impediría comprender la medular verdad de este sentimiento tan complejo y delicado, como lo son todos los que al verdadero amor se refieren. Pero en este caso de una manera singular. Como que da miedo tratarlo por el peligro de que las gentes se despeñen por el torrente de las confusiones.

"En amor la vulgaridad es grosería, y sus más nobles manifestaciones se desvirtúan por la tosquedad de la visión, que acaso es reflejo de la sentina que muchos llevan dentro y que ellos toman por amor. No todos los hombres son capaces de amor. Ni desde luego tampoco todas las mujeres, aunque entre éstas, y aun en las más sencillas e ignorantes, hay una mayor aptitud para las formas elevadas del amor. Desde luego en el hombre, sin llegar a ciertos casos de animalidad, como la de un labrador que conocí en Salamanca, que ingería cantidades fabulosas de alimento y que alardeaba de tener nueve hijos. Yo le dije una vez: 'Esos hijos no son hijos de su amor ni de su espíritu, porque usted no los educa y los tiene como una piara; son hijos directos de las berzas, las coles y los garbanzos, que usted come con extrema abundancia. En lo demás, serán hijos de sus maestros.' "

Pensaba yo que en la formación espiritual de Unamuno hubo de influir mucho el carácter de su madre para darle esa sequedad exterior, esa inclinación a construcciones esenciales y esqueléticas. No he llegado a conocer a la señora Jugo, que así se apellidaba la madre de Don Miguel, y que pertenecía a una hidalga y antigua familia vasca de Guernica. Pero sí conocí a una

hermana de Unamuno, doña María, que según él me dijo era parecidísima a su madre. Efectivamente, era muy alta, delgadísima, hasta evocar una estructura de alambre, cara oblonga con una nariz aguda, muy vasca, y con unos ojos, aunque severos, dulces.

—Para este tema de amor —continuó Don Miguel— no nos ha de bastar un paseo, ni una conversación, aunque sea de trece kilómetros. El concepto de amor es el más difícil. Parece inaprensible porque flota en muy distintas aguas, y cuando queremos aprehenderlo se nos escapa como escurridiza anguila. El amor vive en un mundo de confusiones. Unas veces nos parece, como lo es sin duda, un sentimiento divino, y otras se precipita en lo demasiado humano. Y tanto es yerro deshumanizarlo como animalizarlo. Para señalar este preciso equilibrio tendríamos acaso que acudir a ese dios egipcio con rostro canino que sabía medir exactamente en una balanza las acciones humanas. Vale la pena de que hagamos una exploración a través de los grandes escritores e ingenios que han tratado de encerrar en sus libros esta volandera mariposa del amor, como León Hebreo y Aben Hazán de Córdoba. Pero hoy no vamos a ir tan lejos.

Un gran silencio puso un asterisco a nuestra conversación, y cuando ya dábamos vista a las primeras casas de Hendaya, Unamuno levantó la cabeza y me dijo:

—Comprendo que usted está dando vueltas a mi caso sentimental. A mí me ha atormentado mucho. Mi vida sentimental es muy rica y muy complicada precisamente porque rara vez ha salido de mi intimidad, y viene a ser como un barco sin arboladura que carece de manifestaciones externas, pintorescas o varias. Este es el caso sólo de los donjuanes. Por eso he sido siempre

enemigo de ellos. Son perfectos simuladores del amor, y el signo contrario y negativo del verdadero amor. Don Juan, invención más literaria que humana, originada en una leyenda, en cuanto encarnó en un hombre, fué muy distinta del fantasma petulante que Zorrilla enhebró en unos versos vulgarísimos. Don Juan no es más que un majadero vanidoso e incapaz de enamorarse y además bastante canalla, despiadado y no enamorado. Y tan falso es todo en nuestro Tenorio que pasa por ser facheridoso sevillano, cuando los eruditos han averiguado que no se llamaba así, sino Tenorio, y que era gallego. Teófilo Braga nos lo disputaba diciendo que era portugués, y yo se lo habría regalado; pero la verdad la ha averiguado con muy valiosa erudición Víctor Said Armesto, y es la de que es irremediablemente gallego. Se estableció en Sevilla, como muchos bodegoneros. A Don Juan le caracteriza la picardía, el engaño para obtener favores de las damas. Por lo tanto no es un enamorado, ni sus episodios, trapisondas y duelos tienen absolutamente nada que ver con el sentimiento amoroso. Yo he dicho que así como el Caballero de la Mancha es un iluso que lleva dentro un héroe, el caballero sevillano "Tenorio" es un hidalgo que lleva dentro un pícaro. Cuando muere no deja su fortuna a los hijos de sus desvaríos, abandonados y sin padre, sino a los conventos, para que digan misas en sufragio de su alma. Si se analiza el sentimiento de Don Juan se verá que es vanidad y no amor. Don Quijote le habría atravesado con su lanza para desfacer sus muchos entuertos.

"Por eso, si Don Quijote es la representación genuina de España, Don Juan es la antítesis y su negación. Don Quijote ama a Dulcinea aunque no la haya visto nunca. La envuelve con su fantasía amorosa en

esa ilusa cristalización de la que en nuestros tiempos nos ha hablado Stendhal; en cambio Don Juan ve a las bellísimas y nobles damas y las degrada, no se enamora de ellas. Trata sólo de ponerlas en una lista de vanidad, para alarde de su rijoso orgullo. Es un amor que no alcanza ni las formas más groseras de este sentimiento, ni aun el cenagoso escalón que no es amor sino degradación en lujuria, porque Don Juan no sólo no se enamora, sino que apenas desea poseer a la mujer que corteja. Estoy de acuerdo con Marañón, que ve en Don Juan síntomas de deficiencia viril."

—Don Miguel, es hermoso y exacto su análisis donjuanesco; me ha revelado de una manera general su intimidad amorosa. Desearía conocer el hecho de su amor.

—Yo no soy novelable. Es más, en mis novelas, cuando interviene el amor, se expresa muy escondidamente y a través de hechos que llamaré indirectos. Otro día hablaré del amor en mis novelas. Yo en realidad no he tenido más que un amor, que ha sido el de mi Concha.

Estas últimas palabras las pronunció Don Miguel con emoción. Su Concha era su esposa doña Concha Larraga, natural de Guernica, como la familia de Unamuno, a la que le unían vínculos de parentesco sanguíneo. Desde niños se conocían y trataban como de familia. Esta dama singular, digna por su belleza y por su espíritu del amor que inspiró más que al filósofo —no he averiguado si los filósofos aman y dudo también que Don Miguel fuera filósofo— al poeta que le consagró versos de una acendrada ternura, era también una vasca injertada en castellana.

En la edad madura en que la conocí conservaba los nobles rasgos de su belleza juvenil. Los amores de juventud del Maestro fueron apasionados como suele ocurrir con los hombres herméticos y comprimidos en

el caparazón de su timidez. Porque ya habréis comprendido que el Maestro era tímido ante las mujeres.

Aunque deseo ofrecer en este libro la vida palpitante tal y como yo la percibí del gran escritor, su verbo, no su idea disecada en la letra impresa que, como él repetía, era letra muerta, y huyo deliberadamente de hacer citas directas de sus libros, sí voy a transcribir unos párrafos que son clave de su concepción del amor. No sólo es de magna dimensión moral, sino que explica sus más recónditas y dolorosas experiencias íntimas. A veces conjugando, al escribir este libro, lo escrito con lo vivido, aquello revive, recobra todo su color y vitalidad, y de la letra muerta surge un grito de congoja y un drama. He aquí un párrafo del *Sentimiento Trágico de la Vida*:

"Encontraréis en mi tierra hombres arrojados y resueltos, capaces de embarcarse en un cascarón de nuez durante una galerna o de jugarse la vida en cualquier peligro, pero estos mismos hombres, si queréis obligarles a que se produzcan en público o siquiera delante de una mujer, a la que no conozcan, los veréis aturrullados o confundidos."

Esto en cuanto a su personal carácter, aquí reflejado, de audacias máximas y timidez. Y más adelante continúa:

"Esta forma de amor espiritual, nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal; nace también del compasivo sentimiento de protección que los padres experimentan hacia los hijos desvalidos. Los amantes no llegan nunca a amarse con dejación de sí mismos, con verdadera efusión de sus almas y no ya de sus cuerpos, sino luego que el mazo poderoso del dolor ha triturado sus corazones, remejiéndolos de un mismo almirez de pena. El amor sensual confundía sus cuerpos, pero sepa-

raba sus almas, manteniéndolas extrañas una de otra. Mas de ese amor tuvieron un fruto de carne, un hijo. Y ese hijo, engendrado en muerte, enfermó, acaso murió. Y sucedió que sobre el fruto de su fusión carnal y separación espiritual, se dieron los amantes, los padres, un abrazo de desesperación, y nació entonces, de la muerte del hijo de la carne, el verdadero amor espiritual."

"Los hombres sólo se aman cuando han sufrido el mismo dolor. Se conocieron, se sintieron, se consintieron."

"Amar es compadecer. *Si a los cuerpos les une el goce, a las almas les une la pena.*"

Como vemos, la concepción del amor de Unamuno tiene un sabor místico. De la más exaltada mística castellana, de la que reverbera sobre las mieses doradas de Castilla, formando imágenes impalpables pero torturadas. Más que en la sencillez virgiliana de Fray Luis de León, hacen pensar en la pasión de Santa Teresa, en la que un amor muy humano se retuerce como sarmiento de vid para justificar su amor en una cruz divina.

Para la concepción unamunesca, el amor material es un peldaño desde el cual las almas atormentadas, fundidas por el dolor común, conquistan la indisoluble intimidad del amor espiritual. Tampoco es para él completamente espiritual, ya que a su lado, quién sabe si en su esencia, continúa latiendo el complejo amor de carne y alma. ¿Serán cosa distinta? ¿Qué cirugía ha hecho la vivisección del cuerpo y del alma? ¿No será arbitraria esta separación que, hecha inicialmente con fines de clasificación y estudio, ha llegado a descoyuntar lo inseparable? He visto en varias ocasiones a Don Miguel considerar que estas disecciones filosóficas son palabras y no realidad.

—Lo espiritual y lo carnal o viven siempre juntos o se disocian y mueren. La muerte no es más que la discordia entre lo que llamamos alma y el cuerpo. Es la inanimación de un cuerpo que abandona su alma.

Voy a traducir ahora las palabras que hemos copiado de un libro de Don Miguel, a los hechos de su vida, y a descubrir ese almirez en el que el dolor propio y el de la mujer amada, amasados, remejidos como él dice, les llevó a conquistar ese supremo amor que él llama espiritual.

El matrimonio Unamuno tuvo nueve hijos, todos normales menos uno: un niño que nació hidrocéfalo. Otra de sus hijas, muy bella de rostro, inteligente, de alma dulce y bondadosa, padeció una desviación de la columna vertebral.

Voy a hablar primeramente de la honda tragedia que en Unamuno provocó aquel niño deforme. En los seis o siete años que vivió, rodeado de los exquisitos cuidados maternales, el sufrimiento del padre fué atenazador. Y ese es el dolor que tenía colgado de su pluma cuando escribió las palabras que hemos trascrito, uno de los crisoles de su amor espiritual. Toda la vida conservó ese sufrimiento. Llevaba siempre en la cartera un dibujo hecho por él mismo de aquel niño con su deforme cabeza y me lo mostró varias veces, ya que era asunto en el que recaía continuamente su preocupación y su doloroso recuerdo.

La esposa de Unamuno fué ciertamente la digna compañera de aquel gran espíritu. Nadie como ella lo comprendía. Le trataba con una graciosa y especial ternura, que tenía algo de maternal porque le consideraba como a un niño. Cuando acaso estaban con nosotros y daban las ocho de la noche, Doña Concha prestamente se levantaba y nos decía: "Perdónenme, ahora mismo

vuelvo; voy a acostar al estudiante." El estudiante perpetuo era Don Miguel, que se retiraba muy temprano y se despertaba con el alba. Era una mujer de estatura mediana y rostro agraciadísimo en el que resplandecía un alma alegre, buena e inteligente, y de una paz y equilibrio inconmovibles. Don Miguel me dijo un día hablando de ella: "Tiene mucho más entendimiento que yo." Tan supremo elogio en boca de Don Miguel, que a las personas más eminentes las tachaba de tontas y luego lo demostraba ampliamente, daba idea de la magnitud de la estimación que le inspiraba. Su muerte súbita por un ataque cerebral llenó de desolación a Unamuno, que desde aquel momento se encontró perdido en la vida, aunque le envolviera el cariño de sus hijos.

Vamos a relatar un episodio conmovedor, que expresa otro concepto de Unamuno sobre la trascendencia del amor. Su preocupación fué siempre la de pervivir, la de alcanzar el sentido de inmortalidad. Hablamos antes de su hija Salomé, de alma dulce, de rostro bellísimo, pero de cuerpo deforme. Ocurrió que un joven literato de mérito se enamoró de este dulce espíritu, y lector y admirador de Unamuno llegó a ese amor acaso por los caminos de la compasión. Ella correspondió apasionadamente a aquel amor. Y el problema de desgarrador dramatismo quedó planteado. Los médicos advirtieron que si aquella muchacha se casaba y tenía un hijo, no sobreviviría al parto. El amarguísimo problema luchó dentro del pecho del padre. Tuvo lugar una conversación entre él y la hija que demostraba eran espíritus gemelos. Le dijo ella:

—De todas maneras, y aunque no me case, he de morir pronto. La desolación de romper este amor y esta ilusión de tener un hijo me mataría antes de lo que

dicen los médicos. ¿Para qué, además, vivir así sin objeto y sin dejar nada de mí? Padre, yo quiero algo más que vivir, yo quiero revivir, resucitar en mi hijo...

Don Miguel, con el rostro fruncido de angustia, guardó unos momentos de silencio. Luego, dijo solamente:

—¡Cásate!...

Y se casaron. Y aquella muchacha tuvo un hijo normal y hermoso, y sobrevivió durante cuatro años de felicidad. Había resucitado. Su hijo fué el nieto predilecto de Don Miguel. El fallo de la ciencia tardó cuatro años en cumplirse.

Y Don Miguel reanuda su Monodiálogo:

—Por lo demás, en cuestiones de amor se divaga mucho. Abrimos con enorme ilusión los libros que tratan de amor. Los lee cada cual con mayor o menor elevación, desde la luneta que ocupa en el espectáculo, ya que *cada cual* llama amor a cosas muy distintas. Y cuando hojeamos estos libros vemos que el amor se escapa de ellos como un aroma demasiado sutil que no pueden retener. Nos parece que ninguna de aquellas acepciones del amor que tratan (poniendo, por caso, a Abrabanel en los famosos diálogos que elogia Cervantes, o a Ibn Hazán, que es el que a mi juicio más se aproxima, enhebrando el concepto realista y espiritual, a trazarnos por varios caminos el semblante del amor) nos satisfacen plenamente. Nos quedamos siempre con un concepto personal e íntimo del amor, aunque tampoco logremos definirlo. Y es que el amor es más para sentido que para pintado. No tiene contornos, se desfleca en numerosas evasiones. Por otra parte, ¿es que las personas tienen la vida psíquica que les atribuimos?

Muchas no pasan de lo que llamaríamos el amor-gusto, o el amor-vanidad. Hay quienes aman a la mujer, o quienes desean a la hembra, sin llegar a escalar el amor. El amor-pasión es a veces poderoso, y en espíritus de alta calidad, aunque prendido en el fuego carnal, tiene también los más puros quilates de verdadero amor. ¡Quién pudiera perseguir el intercadente vuelo de la mariposa de tantos colores y formas!, de eso que vislumbramos más que vemos y llamamos amor.

—¿No cree usted, Don Miguel, que hay muchas cosas humanas a las que no se les pueden aplicar las reglas de la lógica, que resulta una tenaza demasiado dura para asirlas?

—¡Tal creo! El amor se rompe como una pompa de jabón en el aire. La lógica es cual cadena de un tanque oruga con sus eslabones, antecedentes y consecuencias, para progredir en el camino del conocimiento. A estas ideas saltarinas, fugaces e inaprensibles, hay que aplicarles métodos de cazador. *Disparar sobre ellas al vuelo con el fusil de la intuición.* No se trata de un disparo que mate, sino de una captación comprensiva. La pieza venatoria es la asimilación de una idea, es penetrar en la médula de algo muy complejo y espiritual. Tengo para mí también que el amor es una de las cosas más vidriosas y delicadas que existen en el mundo. Puede pervivir y ser eterno, pero esto son más bien palabras, no tanto de los poetas como de los mismos enamorados, que para poseer plenamente su amor quieren pensarlo y sentirlo con una magnitud ilimitada y eterna. La realidad es muy otra. Por intenso, efectivo y verdadero que nos parezca, es fugaz, al menos en su intensidad pasional. En su forma de rescoldo, que posiblemente es más delicada y trascendente, nos puede calentar durante toda la vida como un brasero de amor. Pero hay que

estarlo mirando siempre. El amor, como el mosto, puede ocurrir que mal fermente y se tuerza. Si fermenta bien se trocará en un vino generoso que alcance a ser pasión y que mejorará con el tiempo; pero si se tuerce y se hace vinagre, que es el mayor peligro, entonces nos encontraremos con que se invierte y se trueca en odio. Al amor, para estudiarlo por completo mirándolo de lejos en su rica urdimbre sentimental, hay que verlo desde el ángulo del odio que es su opuesto sentimiento. Otro peligro del amor es que se petrifique como un fósil. Nada más temible que las pasiones que llamamos empedernidas. Un hombre se siente en algunas circunstancias tan fuerte que no es capaz ni de amor ni de odio. Y nada más cruel y feroz que un hombre que no tiene odio, que tampoco es capaz de amar, y que hace impasiblemente y sin crueldad los mayores horrores. Este hombre empedernido tiene un corazón fósil.

—¿Por qué cree usted, Don Miguel, que se dice que el amor es ciego?

—Ese es otro lugar común que viene desde la mitología con su angelito flechador. ¡Ojalá fuera ciego el amor! ¡Es mejor no ver nada que ver mal! El amor no es ciego sino cegato o miope. Entrevé y no ve. Ve sólo lo bastante para hacerse ilusiones, y que la imaginación pueda perfeccionar y sublimar el objeto amado. De ahí la teoría de Stendhal, simbolizada en lo que ocurre con un objeto abandonado en una mina de sal. Las cristalizaciones lo envuelven convirtiendo su vulgaridad en una joya prodigiosa y llena de lumbres. Esta cristalización sólo puede partir de una visión imperfecta. El amor es como un bombardeo de corazón a corazón. Salimos de nosotros mismos guiados de apetito de belleza.

EL ÁMBITO HISPANO-AMERICANO | 6

Era una mañana bastante fría del mes de enero de 1927 cuando, al filo de las once, me llamó por teléfono Don Miguel a mi casa de Hendaya, desde el hotel inmediato a la estación en el que se alojaba.

—Hay aquí algunos amigos que desean también saludarle —me dijo.

Acudí prontamente. En el comedor del modesto Hotel Broca había, en efecto, cuatro personas en torno del viejo Maestro: un periodista y un poeta colombiano, de los que no tuve la precaución, que hoy lamento, de anotar los nombres; una señorita norteamericana, rubia, hispanófila y cazadora de ilustres autógrafos; un escritorzuelo de Valladolid, de cuyo nombre y enfadosa retórica prefiero no acordarme.

Don Miguel, que había iniciado la conversación antes de mi llegada, recitó largas estrofas de memoria,

causando la admiración de sus visitantes. Dije yo, entonces:

—El mes de enero debemos consagrarlo a José Martí, porque el día 28 nació esa alma grande de América y de España.

Don Miguel, entonces, recitó de memoria dos cuartetas que empiezan:

Arpa soy, salterio soy,
donde vibra el universo;
vengo del sol y al sol voy;
soy el amor, soy el verso.

—Pertenecen a lo que Martí calificaba de *Versos Sencillos,* calificación que más bien tengo por reticente y de modesta cortesía retórica, ya que para mí cuentan entre los más complicados que se hayan escrito. Más bien juzgo que quiso decir el poeta que eran espontáneos. Por eso precisamente son tan complejos, es decir, tan poco sencillos. Martí entero se encierra en esas cuartetas, algunas de las cuales parecen coplas andaluzas que se pueden cantar con música de jota. Por cierto que el orientalista Julián Rivera ha descubierto que el fandango es el origen de las diversas jotas provinciales, que su armonía es tan arcaica que parece originarse en la antigua Hélade y que nos viene de Bizancio, traída a Andalucía por los árabes. Pero esto, aunque muy curioso e importante, sería hoy una digresión demasiado larga, y puesto que usted, Eduardo, propone una conmemoración, pensamos en que a José Martí no le habría parecido mal esa asimilación de distantes armonías en el tiempo y en el espacio. Su visión universal le hacía decir:

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,

y todo, como el diamante,
antes de luz es carbón.

"Emana de la obra, del literato y del libertador, que es trino y uno, esencia hispánica, captada por profundas y sutiles raíces. Para mí los más grandes triunviros de Hispano-América fueron Simón Bolívar, Sarmiento y Martí. Es curioso anotar una verdad hasta hoy desconocida por los historiadores cortos de vista: los tres fueron mucho más españoles que los que formaron los gobiernos mediatizados por dinastías extranjeras, que mal gobernaban en Madrid, dando pruebas de inveterada inepcia, los cuales impidieron al pueblo peninsular comprender los fundamentales problemas orgánicos, como los americanos los vislumbraron a través de sus hombres cumbres. Entre los versos sencillos se destacan las endechas, verdaderas jaculatorias del amor de Martí hacia Aragón. Con la intuición del poeta, que luego el político sabe expresar directamente, fijó en esas coplas la verdadera médula del problema hispánico. No supo odiar, porque supo comprender. El odio es ceguera de mente limitada. Captó la estructura ibérica, que tanto en la Península como en el Continente Americano y en las Islas era vertebrado en varias naciones y pueblos. La estrechez cuartelera de un ejército monárquico, al que no se le había dejado ser del pueblo que conquistó y luchó por su independencia, llevó a nuestras instituciones a inspirarse en el antiespañol sentimiento uniformista francés de los Borbones. Martí comprendió siempre la imborrable unidad esencial, tan firme, que se encuentra más allá de las cuestiones de soberanía e independencia que cada una de esas naciones —que la mezquindad interpeninsular llamó regiones— merece y necesita. ¡Cómo, los enanos de casa y llave del Palacio de Oriente iban a comprender a Martí, ni a la España

gigante! Sólo les cabía en su mente de pigmeos una España enana también, la cual hacen cada vez más pequeña con su crueldad e intolerancia. ¡Cómo iban a comprender a Martí, ni a Bolívar, ni a Sarmiento, si tampoco pudieron comprender a Riego, ni a ninguno de los que sucesivamente han representado una aspiración popular! Su irritada actividad ha sido siempre centrífuga y exclusiva. Llaman unitarismo a las amputaciones. Empezaron expulsando judíos. Luego moriscos. Unos y otros eran tan españoles como el que más lo fuera. La mayor parte de los que hoy llamamos españoles han venido a la península mucho después que los árabes y los judíos. Después, ese ciego sentimiento de equivocada unidad, les hace expulsar herejes, luego separatistas, vascos, catalanes o gallegos. Todo sobra. Se expulsan pueblos y naciones enteras de América. La terquedad intolerante, la pereza para comprender a hombres como Bolívar, Sarmiento y Martí, tan medularmente hispánicos no obstante, hacen que prefieran a toda flexión inteligente, a toda armonía fraternal que sume y no que separe, el que se hunda con su capitán general a la cabeza, como dijo Oliveira Martins, por una estólida idea que confunde el prestigio con la intransigencia. Día llegará que, al fin, uno de estos generalotes, después de haber expulsado a todo el mundo, arrastre su sable por la plaza de un pueblo español, y por no estar de acuerdo consigo mismo zanje su hemiplejía pegándose un tiro.

"Martí sí abarcó con su vasta mente la magnitud ibérica. Su ideal no fué, por ello, ser sólo libertador de Cuba, como tampoco lo había sido Simón Bolívar, sino para España misma. En un tiempo Martí pensó para Cuba, pero también para la gran Cataluña, para Casti-

lla y Andalucía, para Galicia y Vasconia. Concibió la libertad de todos los pueblos de España.

"La grandeza de estos triunviros, entre los cuales, por ser Martí el último en el tiempo ha moldeado con modernidad que llega hasta nosotros su pensamiento, consiste en ser tres Quijotes, y eso los identifica en su común hispanismo. Esa es la hundida raíz que tienen en España. Las guerras de liberación americanas han sido guerras civiles. Es la misma lacerante discordia que arde desde hace siglos en las entrañas peninsulares y que necesitarían manos inteligentes que la aplacasen, llevándola a camino de comprensión. Desdichadamente está guiada por el odio, que es la más peligrosa de las formas de incomprensión. Ahora mismo vivimos un momento crítico. Las gentes en España acomodaticias y cegatas han creído que podían acomodarse con la dictadura de Primo de Rivera. Para esa miopía no ocurre ciertamente nada grave. No hay persecuciones sangrientas, y un general andaluz quiere hacer reír más que hacerse temer por sus jacarandosas ingeniosidades de militar jerezano. Mas en esta aparente inocuidad de la dictadura está el peligro de esta danza de la muerte. Danzando, sobre un tablado cuya peor tragedia es lo grotesco, España va a hundirse en los abismos más terribles. Se ha dado el primer paso hacia la insensatez. ¡Y el que se haya iniciado con una pirueta de tablado, subraya más la inconsciencia de este salto mortal histórico!"

El emborrona-páginas de Valladolid, que escuchaba con un gesto melancólico de dolicocéfalo de *El Norte de Castilla,* se aventuró a decir:

—No sea tan agorero, Don Miguel. Déjenos esperarlo. La República (entonces el pensador del Pisuerga era republicano) triunfará de estos errores y pondrá a España en el camino de la libertad.

—Tras de eso ando —dijo Don Miguel— en esta mi tercera salida; pero los problemas de España son demasiado entrañables, demasiado remegidos en sus entrañas para que puedan arreglarse con frases de periódico. Si los del tablado del jerezano ignoran cómo taconean, tampoco saben lo que hacen muchos de los que le atacan. No comprenden que lo que ha ocurrido es más grave que cualquiera de los errores corrientes en la política. No tiene el carácter de crisis, a veces favorable. España ha dado un traspié, y el rey se ha puesto a bailar también en el tablado, con lo que la corona se ha convertido en sombrero calañés. Alegremente, suavemente, tomando unas copas de manzanilla, se ha iniciado una política de cataclismos. Nuestra política está siempre hecha a base de resoluciones que parecen sin importancia, pero que provocan catástrofes y terremotos. Y lo peor es que hemos transmitido ese trascendente defecto a Hispano-América. Sin el cataclismo que abre grietas de hostilidad y de repulsa entre cada período, no podría escribirse ni la historia de la España actual ni la de Hispano-América. Mas, cuidado, no rodemos por el vulgar despeñadero de que eso es fatalidad temperamental. Aquí tratamos de absolverlo echando la culpa a nuestras raíces africanas y a nuestras mezclas semitas del prodigioso crisol histórico. ¡Y en América nos echan la culpa a nosotros! El sistema es malo, y no por injusto, que sería lo de menos, sino por equivocado. Ni España ni Hispano-América han sido así en otras épocas, y la estabilidad de muchos procesos ibéricos se cuenta por centurias. Lo que ocurre ahora y no en otras ocasiones es que la inepcia de nuestros gobernantes —ésa sí que es tradicional— utiliza, por una peculiar inconsciencia adobada en rencor, como instrumento político *el cataclismo*. En el fondo es la infección absolutista

que nos trajeron estos Borbones, hoy ya hemofílicos y ajerezados. Esto da origen a una historia rota, quebrada en trozos, rosario de cuentas desperdigadas. Cada época es un compartimiento estanco. Para cada régimen lo anterior es prehistoria. Las gentes que se acercan a los gobernantes intercadentes de cada una de estas épocas, aun siendo capaces e insignes, quedan excluídas de la nueva conciencia que se forma detrás de cada terremoto político.

El periodista colombiano dijo:

—Es muy exacta, Don Miguel, su visión de los problemas de América, y en cuanto se nos alcanza de España. No hacemos una historia secuente, sino una historia discontinua de hechos dispersos. ¡Quién podrá cegar esos abismos o construir sobre ellos puentes que sumen la colaboración de todos! ¡El pueblo es el obligado a impedir que lleguen al poder los que usted muy bien llama fabricantes de abismos!

—Cuidado —replicó Don Miguel—; que las palabras no nos descarríen. Esto acaso nos viene de hablar demasiado en griego. No se nos cae de los labios la palabra *democracia.* Nadie niega, ni menos yo, ese ideal. Mas precisamente porque hay que hacer de ello una realidad debiéramos nombrarla *pueblocracia.* Por mucho que sepamos que significa lo mismo, siempre prefiero las expresiones de nuestro romance y no las del latino o greco-parlante. Dediquémonos a formar el pueblo. A darle vida y existencia. Porque en la mayoría de los casos se trata de una ficción para hacer en nombre de un maniquí de pueblo lo que les parezca. Que mande el pueblo, pero que no sea una pantalla inerte, acaso aún no nacida. De ahí vienen todos los falseamientos democráticos. Y de ahí también los grandes desengaños de los estadistas geniales, de grandes e ilusas

esperanzas. Dicen que Bolívar en sus últimos días, vencidos el cuerpo y el alma por las decepciones, preguntó a su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo; y al decirle que no lo sabía, replicó el Libertador: "¡Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo!"...

—¿Qué piensa usted, Don Miguel, de lo que se suele llamar el unitarismo castellano? Se ha dicho que usted es un vasco de Salamanca, y yo, que le he oído muchas veces, creo que sus paisanos mismos han interpretado mal sus actitudes. Por mi fe respecto de ideales que tengo muy arraigados deseo escucharle.

—Lo que ocurre —dijo Don Miguel— es que me he opuesto siempre a lo que ciertas inclinaciones secesionistas tengan de provincialismo retrógrado, sobre todo en un caso concreto, el del idioma vasco, que nada tiene que ver con el ascenso y desenvolvimiento de la personalidad de Euzkadi. Y es que ese campo está surcado por demasiadas pasiones muy pequeñas y elementales, que son las que fácilmente se irritan y estorban el buen camino. Son como duendes enfurecidos. Hay que apartar el ladrido de los gozquecillos. Y también a los politicastros oportunistas que, según *sus* circunstancias, ladran desde diferente esquina. Una de las confusiones máximas es la de llamar español sólo al castellano. Idioma español, decimos. ¿Pero es que el catalán, el gallego, y el portugués, y otros idiomas peninsulares, no son igualmente españoles?

Entonces Don Miguel recitó de memoria el siguiente trozo de la magnífica "Oda a Espanya" de Juan Maragall:

Escolta, Espanya, la veud d'un fill
que t'parla en llengua — no castellana:
parlo en la llengua que m'han donat

la terra aspra:
en aquesta llengua — poc t'han parlat:
en l'altra, massa.

On est, Espanya? No t'veig enlloc.
No sents aquesta llengua — que t'parla entre perills.
Has desaprès d'entendre an els fills?
Adéu, Espanya.

"Alienta en el hombre un fuerte instinto de invasión y de predominio. Los seres que no se cuajan o petrifican, aspiran a influir en los demás, a imponerles el sello de su personalidad. De este empuje, cuando no es brutal o tiránico, se origina un fuerte enriquecimiento mutuo. La medida de estas fuerzas significa, o progreso y fecundidad, o barbarie y aniquilamiento. Si anulamos la personalidad del vecino, destruimos riqueza espiritual de la Patria. Tal es la perniciosa confusión, la cual es más dañosa, diríamos más confusa, porque arde entre pasiones y pequeñas llamas con la energía del soplete, que es para mí la imagen del apasionamiento. Creo que, históricamente, el criterio unitario no ha sido de Castilla. Es algo en lo que el análisis exacto y fino de la historia llevará a una revisión. El unitarismo ha parecido castellano, primero porque se ha ejercido desde Castilla por ser el centro geográfico. Eso ha hecho creer que se ejercía en nombre de ella. Pero usando, más bien abusando de su nombre. El hábito ha infundido en muchos castellanos de vista corta ese concepto como un motivo de orgullo. Sin comprender que ellos eran los primeros sometidos. El poder que partía de Valladolid, de El Escorial o de Madrid *no era castellano.* Castilla —*recordemos a los Comuneros*— está sojuzgada a gobiernos que son cosa aparte, cuya raíz no es castellana y que, en muchos momentos históricos —los iniciales

de esos gobiernos—, ni aun externamente, ni aun por pudor o reverencia a España, han sido españoles. Y es entonces cuando se gritó en nombre de Carlos I y V de Alemania, por su poeta de cámara (hoy diríamos vocero) Hernando de Acuña, estos tremendos versos de unitarismo excluyente:

Una grey y un pastor sólo en el suelo,
Un Monarca, un Imperio y una espada.

"Tal fué la unidad que varias veces he calificado de huera. Unidad químicamente pura, deseada por la unidad misma, como el arte por el arte. Aunque al darle golpes con los nudillos veamos que no tiene nada dentro. Suena a oquedad. No se pretendía la integración de lo distinto, el acorde de lo discorde, sino el mantener con un rencor infantil, de terquedad, sentimientos primitivos de tribu, el predominio, la desafinación y la discordancia indefinidamente. Para aislar esos sentimientos en su origen hay que ascender hasta Estrabón y leer su descripción que en cierto modo se diría actual de las luchas tribales ibéricas. Se trataba de hacer un coro sin solista en que, a una, se lance la misma nota monocorde y ronca. El designio no era el de hacer música, sino el de lanzar rugidos unánimes. ¡Éramos todos una sola fiera! Parece que se busca la simplicidad podando todo lo heterogéneo. ¿Mas esta simplicidad buscada con la amputación de órganos esenciales, lo reducirá a la calidad de ser elemental que tenga sólo el sentido del tacto y aun le falte alguna pierna o brazo? ¿Para qué dos manos, si cada una puede hacer lo que le parezca? Simplicidad que engendra una incapacidad orgánica, una estolidez colectiva, lo que parece haber sido el ideal de muchos de nuestros reaccionarios. Algunos, incluso muy cultos, no sólo creían, sino que

con cierto impudor lo han dicho, que educar al pueblo, combatir nuestro denso analfabetismo multisecular es multiplicar los peligros y los caminos de la incredulidad. Para ellos la fe hay que defenderla con una barrera de ignorancia. Una grey, un pastor . . .

"Mi oposición a los separatistas ha sido mal interpretada por los que de todo hacen propaganda. Y también por los sectarios. El sectario y el fanático, que son dos nombres de una sola cosa, tienen la piel irritable como el pez torpedo. Mis paisanos los bizcaitarras me han atacado a veces por no querer entender que mi amor de vasco no puede adularles ni engañarles. Desde una conferencia que di en Bilbao hace mucho tiempo me atacan porque dije que el idioma éuscaro es una reminiscencia milenaria de la que nos debemos enorgullecer de igual modo que de las mandíbulas fósiles de nuestros ancestros que lo hablaron y de los maravillosos dibujos que hace veinte mil años trazaron, con arte prodigioso, en las cuevas de Santimamiña y Altamira. Hoy en Bilbao nadie habla el vascuence. Aun en los caseríos se hablan varios dialectos, que no siempre se entienden entre sí. Es acaso el idioma más longevo de la tierra. Casi todos o han muerto o han evolucionado en forma de nuevos idiomas en los que sólo una sagaz filología puede ir hallando las lejanas raíces. El vasco ha quedado petrificado como un idioma fósil. Podremos hacer literatura inocente con la ilusión de que se habló por Adán y Eva, y que fué inventado por Dios mismo. Según ya sostenían del lenguaje general los incipientes filólogos árabes. Por cierto que para ellos el idioma del Paraíso, formado por Jehová, ya que suponían al hombre incapaz de tal empresa mental, era el árabe o el hebreo o el siríaco.

"El problema filológico del éucaro es dificilísimo

y no está resuelto. Necesita profundas investigaciones, que aún no se han hecho, de estudios comparativos con las lenguas bereberes del Norte de África o con las de los otros también llamados iberos de Georgia. Es casi unánime la opinión de que venimos de África. La intuición de Humboldt de que el vasco es una de las formas del antiguo y perdido lenguaje de los iberos tiene máximas probabilidades de ser cierta. Pero, por de pronto, como la vida actual es bastante más complicada que la del Paraíso, he sostenido siempre que necesitamos un lenguaje moderno y universal como lo es el Castellano. Otra cosa es un artificio pernicioso. Yo me acuerdo de niño que el profeta del bizcaitarrismo, por muchos títulos grande, Sabino Arana, aprendió, ya adulto, el vascuence, y fué el castellano el idioma nativo de su hogar."

—Sin duda —dije yo—, por confusión de ese aspecto lingüístico se ha creído que usted se oponía a otras manifestaciones de la personalidad vasca. Conviene mucho aclarar esto para el futuro. Porque el tiempo aumentará aun más las confusiones de este confuso asunto.

—Quienes me hayan sabido leer y aun más oír, conocen bien mi exacta trayectoria. Si no, para determinar mi actitud, basta el que no recato mi opinión, ni como filólogo ni como español, en cuanto a que el catalán es un idioma moderno, que conozco, que hablo y que admiro. Posee las mismas virtudes expansivas o universales de los restantes romances latinos. Forcejeó con el castellano, y acaso con más complejas y fuertes habilidades históricas, cuando se propagó por el Mediterráneo, y hasta plantó su parla en Atenas. Mas en ese genial pulseo, el castellano logró la expansión de América, en la que abarca un área inmensa, mucho mayor de la que aún ocupa. Remedando los famosos versos,

diremos que se ha ensanchado Castilla delante de su idioma. No olvidemos, sin embargo, como españoles, que debemos sentir el orgullo de todo lo español; que el idioma catalán es glorioso, y en él ha cantado el más grande poeta lírico que ha producido España en el siglo XIX, Mosén Jacinto Verdaguer. Mientras se extinguen el vascuence, el gallego y el bable, por el contrario el catalán renace con vigorosa energía. Maragall es uno de los más grandes poetas de España. En alguna ocasión he salido al paso de que por esto se suponga que el espíritu catalán es más vivaz que el vasco. Es, por el contrario, que a éste le viene ya estrecho su antiguo ropaje, la arcaica lengua milenaria. La lengua catalana es una piel que ha crecido a medida de su espíritu. El éuscaro fósil de las edades cuaternarias no puede ensancharse para acoger los matices y los conceptos de los modernos. Ni aun cuajado de castellanismo según hoy lo hablan. Para quienes han de convivir hoy es más sencillo el decidirse a hablar en castellano. Mas oigamos todas las voces y procuremos entenderlas. Escuchemos la dramática invocación de Maragall. España tiene que entender la voz de todos sus hijos.

7

HISTORIA DE UN POEMA: LAS PAJARITAS HABLAN

Vivía con mi familia en el año 1927 en una finca próxima a Versalles, una especie de amplio *manoir* en el que ocupábamos una parte del edificio. El resto lo tenían los propietarios, unos suizos de edad avanzada con una hija solterona y cuarentona. Eran personas excelentes por su bondad, un tanto rústicas y de costumbres puritanas. La señora, alta, seca, angulosa. A pesar de sus años, conservaba un aspecto de juventud en su cara tersa y en la agilidad de sus movimientos. La veíamos con admiración encaramarse en los árboles frutales para recoger su cosecha. Aún me parece contemplarla recolectando las cerezas de unos, hermosos y copudos. Atribuía su salud a su radical vegetarianismo. Nos aseguraba que jamás había probado la carne.

El edificio era tan grande que vivíamos completamente separados. Disponíamos de un extenso jardín. La

finca estaba rodeada de bosques que pertenecían a los antiguos cazadores de los reyes, en Versalles. Todos los días de trabajo iba yo a París, y para llegar a la estación atravesaba uno de estos bosques, cuyo encanto me retenía morosamente. No sólo caminaba despacio para oír el gorjeo de numerosas aves, sino que me detenía para ver la graciosa gimnasia de las ardillas. Llegué a hacerme amigo de una de ellas, para la que llevaba siempre unas galletas. El tren eléctrico de Versalles prestaba un servicio frecuente y rapidísimo. Se desembarcaba en la *gare St. Lazare* situada en el centro de la ciudad.

Un día, precisamente el 26 de marzo de 1927, paseaba por el jardín llevando de la mano a mi hijo Fernando, que tenía poco más de tres años, cuando llegó Don Miguel de Unamuno, que nos visitaba frecuentemente. Paradójicamente la distancia era un incentivo para hacer las visitas. Gran caminante, gustaba de recorrer los dos kilómetros del bosque encantado, con una agilidad no menor que la de nuestra vegetariana patrona. Varias veces pasó el día entero con nosotros. Las visitas las hacía los domingos. Los días restantes nos encontrábamos en la reunión que comenzaba hacia las dos de la tarde en el café de *La Rotonde*, del boulevard Raspail. En este recordado día del 26 de marzo ocurrió algo notable que me obliga a referirme a la visita de Don Miguel de manera especial.

Sentóse Don Miguel en un banco frente a una pequeña mesa redonda, y poniendo en sus rodillas a Fernandito, se consagró a su favorita distracción de hacer pajaritas de papel. Pronto éstas poblaban la mesa. Eran verdaderas obras de arte, preciosas estilizaciones del águila, del loro, de otras aves, y, también, de algunos cuadrúpedos. El problema, no por intrascendente menos

ingenioso, consistía en romper el cerco tradicional de las pajaritas de papel, con sus solas dos patas, y poder obtener las cuatro indispensables para esas otras formas zoológicas superiores.

Esto ocurrió cuando en el año 24 estábamos aún en Hendaya, pequeña ciudad fronteriza, en los primeros tiempos de nuestra emigración. Como a las tres de la madrugada sonó el teléfono de mi casa con esa alarmante urgencia que a esas horas adopta su vibración metálica. Acudí temeroso precisamente de que a Don Miguel, que vivía en la fonda de la Estación, muy próxima a mi casa, le hubiese ocurrido algo peligroso. Pero escuché su voz segura y tranquila que me decía:

—¡Eduardo, le llamo para decirle que acabo de crear el cerdo!

Le sabía muy preocupado por aquel tiempo con ese problema de encontrarles las dos patas suplementarias a las pajaritas. Echado en su cama, mentalmente ensayaba las dobleces de papel en pesquisa geométrica de ese resultado. El esfuerzo mental era tan grande como el necesario para resolver un alto problema de cálculo. Aquella madrugada, se despertó temprano y continuó su indagación. Yo le contesté:

—Le felicito, Don Miguel. Estoy deseando ver ese prodigioso cerdo de papel. Quizás antes de amanecer su obra creadora habrá llegado a crear al hombre.

Don Miguel continuó diciéndome:

—Encontré la solución, me levanté e hice con el papel el primer cerdo de mi Cocotología.

Tales son los antecedentes de esta afición, verdadero ejercicio mental y manual al que apasionadamente se entregaba Don Miguel.

No pocas de sus ingeniosas combinaciones de ideas, de sus metáforas, de sus paradojas, de sus relampa-

gueantes intuiciones, surgían al margen de esa actividad aparentemente sólo manual y pueril.

Los cóndores, las águilas, las gallinas y también los camellos, las jirafas, los osos, los cerdos . . . crecían sobre la mesa. Aquello era un paraíso terrenal en el que aún no había sido comida la manzana, y por lo tanto no había nacido entre hombres y animales la ferocidad. No tardaría el hombre en sacar de ésta la crueldad.

Mi falta de orden, de espíritu de clasificación, me ha negado casi siempre fechas y datos precisos. Mi memoria nace más como idea que como recuerdo. Mas, en este caso, tengo la fecha escrita por la mano de Don Miguel, y una pequeña fotografía me ha conservado la escena. Fernandito aparece sentado sobre el muslo de Don Miguel, otro niño de unos amigos nuestros a la izquierda en el banco, y bajo la mano creadora un enjambre de pajaritas. Recordemos que Don Miguel ha escrito un tratado de *Cocotología o arte de hacer pajaritas de papel.* Nunca he dispuesto de ningún ejemplar de ese curioso librito en el que, partiendo de la que llamaremos pajarita primitiva o prehistórica, se multiplican las formas ingeniosas de estas pequeñas esculturas animalistas de papel.

Fernandito contemplaba encantado aquel parque zoológico cuando, de pronto, se encaró con Don Miguel y dijo: —Don Miguel, ¿las pajaritas hablan?

El Maestro quedóse suspenso, le emocionó la infantil pregunta. Y el relámpago de una inspiración iluminó aquel pequeño mundo de papel. Dejó al niño sentado en el banco, y con un caminar apresurado que le caracterizaba, subió a la casa y se puso a escribir.

Pasado un tiempo que ahora no puedo precisar descendió al jardín enarbolando el original y una copia

que aún conservo en un marco, con la fotografía antes descrita.

Como Don Miguel, hombre económico —él se proclamaba avaro—, empleaba una tinta detestable, una parte del manuscrito está algo desvaída, si bien se ve perfectamente. A un costado escribió: "el 26-IV-1927, me preguntó Fernando": "Y el pájaro, ¿habla?"

Este sugeridor poemita en el que diríase tiembla, como algo que se desvanece, un sentido transcendental, a la manera de las capas de aire en un agostado restrojo castellano, aparece en casi todas las antologías, si bien algunas suprimen estas personales acotaciones del poeta que constan en la edición original, con lo que el lector ignora el porqué del título y la trama de la poesía. La reproducimos directamente del autógrafo:

¡Habla, que lo quiere el niño!
        ¡Ya está hablando!
El Hijo del Hombre, el Verbo
        encarnado
se hizo Dios en una cuna
        con el canto
de la niñez campesina,
        canto alado...
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Habla tu papel, mi pájaro!
Háblale al niño que sabe
        voz del alto,
la voz que se hace silencio
        sobre el fango...
háblale al niño que vive
en su pecho a Dios criando...
Tú eres la paloma mística,
        tú el Santo
Espíritu que hizo el hombre

con sus manos...
Habla a los niños, que el reino
tan soñado
de los cielos es del niño
soberano,
del niño, rey de los sueños,
¡corazón de lo creado!
¡Habla, que lo quiere el niño!
¡Ya está hablando!

Nos sentamos en el banco del jardín. El sol poniente doraba los pinares que se extendían a lo lejos y en los que aún parecían oírse las trompas de caza de los reyes de Francia. Y en la serenidad de aquella tarde, en la que se iniciaba la primavera, Don Miguel me leyó una poesía recién nacida en su alma. Con el papel que hablaba en su mano —el mismo con el que hacía pajaritas— me iba colocando los versos en mi oído, llevando el ritmo de sus metros.

—Es muy hermosa su poesía, Don Miguel. Dios ha descendido a este jardín en esta hermosa tarde. Jehová, que era un dios arcaico, lo hubiera hecho entre muchos ruidos y habría habido que ir a buscarle a medio camino en las cumbres. Pero nuestra divinidad es más sencilla y prescinde de las tonantes escenografías.

—Algo de eso ha ocurrido —continuó Unamuno—. Tengo fe en la fuerza evocadora de Dios, digamos del espíritu, que reside en los niños. Como que su organismo prenatal ha podido captar un alma. El concepto de la divinidad se halla tan trabado de complejidades, que quien había logrado divisarle desde la boca del cráter, como Spinoza, decía que "le dolía Dios". Por eso el niño, que aún no ha perdido su facultad de atraer el espíritu, hace hablar las zarzas en llamas y en otros casos, como hoy, estos papeles a los que sus pliegues le

dan la voluntad de ser algo animal. El niño sabe voces del alto. Si se diera cuenta dejaría de oírlas. Fernandito pensó que en las pajaritas residía el espíritu. En toda forma reside, en efecto, un alma. A los Faraones, escultores que eran retratistas perfectos les reproducían exactamente sus rostros y su cuerpo todo para que el alma pudiera alojarse allí. Si no era exacta la réplica podría penetrar otro doble. El niño percibió que aquellas formas estilizadas de animales podrían recibir un alma y hablar. Eran, como digo, espíritu que hizo el hombre con sus manos. El niño es rey de los sueños, corazón de lo creado. Vibra con la sensibilidad de una hoja recién nacida en el árbol; es una antena, que recibe directamente y sin darse cuenta las inspiraciones de lo alto. Sólo puede interpretarlos un filósofo, esto es, un poeta, pues ambos son nombres de lo mismo.

"Además —continuó Don Miguel— las aves han representado, desde las más arcaicas imágenes del hombre primitivo, a la divinidad, o a la espiritualidad. Para los poetas también han sido seres privilegiados. ¿Y quién resistirá al encanto, que nos transporta con un casi mágico impulso de belleza, del gorjeo del ruiseñor en la noche primaveral? Diríase que el ruiseñor, en sus notas perladas, seguras, que no cesan en su apasionada vibración durante la noche, cuyo ámbito llenan con su estrofa inspirada, nos eleva hacia un mundo superior. ¿Por qué este animalito, verdadero y sumo poeta, logra tan poderoso poder de evocación? Sólo un ave, pequeña, invisible en la magnitud del bosque y que lo llena con su armonía, podía inspirar estos versos a Góngora:

> ...prodigio dulce que corona el viento,
> en unas mismas plumas escondido,
> el músico, la musa, el instrumento...

Muchas veces a mí me ha ocurrido no poder dormirme mientras cantaba el ruiseñor. No quería dejar de experimentar la emoción suprema de arte que valoraba como la de cualquier otra belleza intelectual, de la poesía o de la música. La música del ruiseñor no ha sido superada por ningún maestro. Sólo al amanecer cesaba el canto y empezaba el de las alondras, triste para los enamorados que tienen que separarse, pero que es el trino mañanero y alegre que acompañaba a Don Quijote.

"Las más alta representación de la divinidad, aquella que suma entre sus alas cándidas al padre y al hijo, máxima unidad de la Trinidad, el Espíritu Santo, es una paloma, la paloma mística. Jesús se representa más bien por el cordero, que simboliza la mansedumbre. Sólo el llamado Padre Eterno ha heredado las barbas semíticas de Jehová y algunos, aunque atenuados, de los rayos y truenos de Júpiter.

8 TRADICIONALISMO, CRUZADAS Y ENCRUCIJADAS SIN CRUZ

—Don Miguel, en España nos están hablando siempre de tradicionalismo y de cruzadas. Parece que no han salido de la Edad Media. Desearía saber qué significado y qué trascendencia puedan tener estas *cruzadas* en las que no se ve otra cruz que la de las espadas, y aun éstas tampoco en gloriosos combates, sino en lo que hemos dado en llamar en nuestro tiempo operaciones de policía.

—Me parece muy bien que hablemos ahora de eso. Así descansaremos un poco el ánimo e intentaremos enfurtir el presente con la tradición del pasado. Nos piden que hagamos artículos doctrinarios en nuestra santa campaña política, que ésta sí que debiera ser cruzada. Acaso quieren que como en los mitines políticos de oratoria calenturienta y zarrapastrosa barajemos las grandes palabras de democracia, libertad, fede-

ralismo, socialismo y otros tópicos igualmente sociológicos y poco o nada históricos(*).

"Vamos a seguir los entrecruzamientos de estas famosas cruzadas de las que a cada momento se habla en España. La cruzada actual, la que, primero los obispos del rey, en su manifiesto de la Gran Campaña Social, y después el Rey mismo de los obispos, ante el Papa, han llamado cruzadas: la cruzada actual es la del Carlismo. Pero, entendámonos: al llamarle Carlismo nos atenemos no tanto a los pretendientes al trono de España —que en parte de ella reinaron de hecho—, Carlos, llamado V, un Borbón, el de la guerra civil de 1833 a 1840, ni a su nieto, al llamado Carlos VII, el de la guerra civil de 1872 a 1876, sino al otro Carlos, al primitivo, al primer Carlos de España, a Carlos I de España y V de Alemania, conocido por Carlos V a secas, el Habsburgo. De él arranca el tradicionalismo de los Carlistas españoles de la cruzada.

"España no participó en las que se llamaron cruzadas en la historia, en las empresas para librar al supuesto Sepulcro de Cristo del poder de los infieles. Y se ha dicho que no participó en aquéllas porque tenía otra cruzada en su propia casa, la de la Reconquista, terminada con la toma de Granada por los llamados Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Mas, veamos bien: ¿eran de la misma calidad y especie una y otra cruzada? ¡En manera alguna! La obra de la Reconquista era más política y nacional que

---

(*) *Téngase en cuenta, para la inteligencia de este* Monodiálogo, *que tenía lugar en Hendaya y allá por el mes de junio de 1927, época en la que dominaba en España el dictador General Primo de Rivera, contra el que Don Miguel, y yo en su compañía, hicimos recias campañas. La autenticidad de esta conversación, así como de sus términos, se comprueba en el artículo que Don Miguel escribió y fué publicado en el número 4 de* Hojas Libres *del 1 de julio de 1927.*

religiosa. Un beligerante de esa guerra, el gran Infante Don Juan Manuel, declaró que no se les hacía la guerra a los moros por infieles, ni por convertirlos a la fe cristiana, ya que el cristianismo no consiente tales campañas, sino para recobrar lo que nos quitaron. Los que han estudiado a fondo la historia de la Reconquista y la anterior a la dominación sarracena en España, saben lo poco que estorbaba e intervenía en ella el factor religioso y los pactos y compadrazgos que tenían lugar entre árabes y cristianos. Entonces no fué, pues, cruzada. Sólo los que hoy hablan sin leer la historia confunden, con su engolada voz de afectada elocuencia, una cosa con otra. El final del siglo XV forma un nudo crítico para el futuro de España. Casi al mismo tiempo muere en Salamanca el príncipe don Juan, único hijo varón de Fernando e Isabel, y Colón rompe el velo que separaba a Europa de América. Con la muerte del pobre príncipe don Juan —el que habría sido Juan III— se extinguió la posibilidad de una dinastía genuinamente española, indígena, a la vez castellana y catalano-aragonesa. Aquella reina que parece surgir de una tragedia griega, doña Juana la Loca, la Loca de Castilla, se casó con don Felipe el Hermoso de Borgoña, el primer Habsburgo. Con él entran a regirnos los extranjeros, los que no nos van a comprender y nos van a descarriar a través de centurias. Don Felipe fué el primer Austria que vino a España. Tras él su hijo Carlos I el de Gante. Y luego toda la caterva de los Felipes y Carlos y Habsburgos y Borbones que han desespañolizado a España sin europeizarla tampoco todas las catervas de los europeos imperialistas.

"En los tiempos en los que con el infortunado príncipe don Juan se extinguía la monarquía verdaderamente castiza, española, Cristóbal Colón descubría la

América, y poco después Lutero iniciaba la Reforma. Colón, el que declaraba que 'el oro es excelentísimo, que con él se hace tesoro y llega su poder hasta que saca las almas del purgatorio', decía que la empresa del descubrimiento se llevó a cabo a fin de 'gastar lo que de ella se hubiese en el rescate del Santo Sepulcro', es decir, en la Cruzada, pero no en la Cruzada al viejo sentido español. La América que acababa de descubrirse nunca fué para los Habsburgos de España más que una mina de donde sacar recursos en oro. Este Carlos, que aprendió tardíamente el castellano, sólo buscaba recursos para intentar la hegemonía de la Casa de Austria en Europa, y la otra Cruzada, la de la Contrarreforma, que también cabe dudar si era religiosa o política. Siguen las cruzadas contra luteranos, calvinistas o puritanos más tarde. También contra los turcos, que ocupaban el Santo Sepulcro, y de ahí Lepanto fué un acto de la Cruzada contra los turcos, como la fundación de la Compañía de Jesús es un acto de la Cruzada contra los herejes y luteranos y calvinistas. Estos son los tres grandes hitos que yo veo en estas Cruzadas entrecruzadas: el descubrimiento de América, Lepanto y la Compañía de Jesús. A pesar de las apariencias, de las banderas y de las cruces, ¡qué poca religión ha habido en tantas Cruzadas! Y ahora, el instrumento que ha sido la religión en manos de nuestros teocráticos gobernantes que, sin saberlo, lo han heredado de los árabes, volvemos a verlo empuñando por las manos que más bien parecen de héroe de feria, del dictador Miguel Primo de Rivera. ¡Colón, Cervantes y Loyola! Colón, con la excelencia del oro, sueña con el rescate del Santo Sepulcro; Cervantes, manco de Lepanto, en la verdadera Cruzada sacó de su manquedad el *Quijote*, el Biblos, el libro de España; Loyola, cojo en Pamplona, en

otra a modo de Cruzada contra Francia para defender la hegemonía austríaca en Europa, sacó de su cojera la Compañía de Jesús. Y la Cruzada fué ya, con los Habsburgos Carlistas Felipes II y III, otra Cruzada contra los herejes luteranos y calvinistas. Todas estas cruzadas tienen una fachada religiosa, pero no siempre lo son. La lucha que quiso ser gigante y fué enana contra Cromwell el puritano, el calvinista, fué realmente política. En casi todas las cosas españolas, las religiones son mero pretexto. Para mejor utilizarlo se ha hecho creer en todo el mundo que los españoles son fanáticos. No pocas veces he dicho al ver las iglesias vacías de los pueblos, que ojalá fuese así, porque habrían tenido alguna espiritualidad. La verdad es que, salvo muy cortas zonas de Iberia, los españoles son descreídos. En algunas comarcas meridionales conservan aún el eco de las fiestas paganas traducidas al ritualismo muy superficialmente cristiano. Pero reina un general descreimiento. Debían ser, primero, cristianos, y después, en todo caso, llegarían a escépticos y librepensadores. Pero el escepticismo sin haber pasado por el proceso religioso, es como lo que ocurre también en muchos pueblos españoles, que han saltado del candil de aceite a la electricidad. Nuestra historia es una serie de falsedades. Por eso lo son nuestras llamadas tradiciones. Felipe II pasa por haber tenido la más cerrada intransigencia religiosa, pero de la fe de este rey habría mucho que decir, y su áspera religiosidad no fué ni muy cristiana ni muy española. Carlos V el de Gante, aunque aprendió a hablar castellano a los catorce años, fué conquistado por Castilla y llegó a ser mucho más español que su siniestro y mediocre hijo. Acaban con Carlos II, el más hechizado de todos los Austrias de España, y con Felipe V se inaugura otra dinastía extranjera, los Borbones, tam-

bién todos ellos tan Austrias, tan extranjeros, tan intrusos, tan poco españoles como los anteriores. Un análisis exacto de la Historia de España nos llevaría a una larga conclusión: la de que estos reyes no sólo han sido extranjeros, sino antiespañoles. Jamás han comprendido, ni lo han intentado, ya que es de suponer que algunos tuvieron capacidad para ello, los entrañables problemas de los pueblos ibéricos. En los tiempos de estos Borbones, y por obra de un hijo de la Reforma protestante, del calvinista ginebrino Juan Jacobo Rousseau, se enciende la Revolución Francesa, la Gran Revolución, la que al estallar barrió por un momento en España a los degenerados Borbones y emancipó del yugo de la envilecida monarquía española a las que fueron colonias y pasaron a ser naciones soberanas americanas. En realidad, por obra de Napoleón, hijo espiritual de Rousseau y de la Revolución Francesa.

"¡Qué celos lamentables! los que dieron lugar, muy cerca de donde estamos hablando, en Bayona, entre Napoleón, el Corso Rousseauniano y revolucionario y la grotesca familia de Carlos IV, el Borbón doblemente coronado. ¡Y qué familia! ¡Qué tradición! Carlos IV, el cazador de ciervos y ciervo él mismo; María Luisa y el infante Fernando, luego VII, bisabuelo de nuestro Alfonso XIII. Y mientras ellos, arrastrándose a los pies del aventurero, vendían a *España, a la que nunca consideraron como su patria, sino como su patrimonio,* el pueblo, el pobre pueblo, el de pan y toros y '¡vivan las cadenas!', emprendía la Cruzada de la Independencia. Otra Cruzada, pero ésta sí que era profunda y verdadera. Y no ciertamente ayudado por los obispos y los generales del Rey destronado. En esta Cruzada popular no hubo generales, ni obispos. Por el contrario, uno de los héroes de la Independencia, el Empecinado,

fué mandado ejecutar porque era liberal, por el infante Fernando VII, Rey de Carlistas y Felipistas.

"Y al mismo tiempo, con una unidad de movimientos compleja pero de igual complejidad que en la península, en las colonias españolas se emanciparon del yugo de aquel poder extranjero que nunca había visto más que una mina de donde sacar recursos para la gran campaña dinástica, para la Cruzada Habsburguiana y Borbónica. Y en alguna de aquellas colonias, en México, dirigieron la campaña popular verdaderos sacerdotes como el Cura Hidalgo y el Cura Morelos, indígenas y mestizos. Su inspiración hasta en ellos fué revolucionaria, rousseauniana. Simón Bolívar, héroe máximo de la Emancipación Hispanoamericana, fué también un rousseauniano, así como aquel otro gran general de los ejércitos franceses, Francisco de Miranda, otro Gran Venezolano muerto en una mazmorra, en Cádiz. Las guerras por la Independencia de las repúblicas Hispanoamericanas fueron, ya lo he dicho algunas veces aquende y allende del Atlántico, verdaderas guerras civiles como las nuestras, como las de 1833 a 1840 y la de 1873 a 1876 en España. Los realistas en América, algunos de ellos criollos, eran carlistas de la Cruzada Habsburguiana y Borbónica; los patriotas —así los llamaban allí—, algunos de ellos emigrantes, nativos de España, eran lo que hoy llamaríamos liberales, civiles y republicanos, y su Cruzada era otro tipo de Cruzada también, la popular española.

"No hace mucho tiempo, encontrándose don Alfonso con el Ministro de México en Madrid, hombre por cierto cultísimo y excelente poeta, le hubo de interpelar por la política del gobierno de Calles respecto al clero extranjero, y como el Ministro le dijese que en su país se cumplen las leyes, don Alfonso se permitió juicios

bastante imprudentes. Y es que acaso se tiene por una especie de patrono de los católicos de lengua española en América y toma en serio lo que se permitió llamar reconquista espiritual de la América española. A eso obedece el que cuando fué a proclamar ante el Papa la Cruzada Carlista y Felipista, la Habsburguiana y Borbónica, le pidió a Pío IX que nombrase Cardenal Hispano-Americano. Qué vanidosa idea la que implica el ejercicio de este patronato, y acaso cuando tan imprudentemente interpelaba al Ministro de México no se acordaba de aquel otro pobre Habsburguiano, de aquel Maximiliano de Austria, que fué nombrado Emperador —¿y por quién, en rigor?— por un Napoleón, por Napoleón III, el descendiente del revolucionario y a quien hizo fusilar en Querétaro el indio Benito Juárez, descendiente real y legítimo de la República Mexicana. De aquel pobre Maximiliano, de quien Carducci dijo, poniéndolo en boca del dios azteca Huitzilipotzli:

> No a tus viles abuelos por la podre
> marchitos o en furor regio abrasados;
> te quería y te cojo a ti, de Habsburgo
> flor rediviva.

”Y así acabó en Querétaro la Cruzada monárquica de Maximiliano. Por cierto que a ese propósito quiero contar un caso que sucedió en Madrid en los tiempos de la Regencia. Y fué que, hallándose en la Corte Borbónica-Habsburguiana una hija de Benito Juárez, casada con un español, don Delfín Sánchez, fué en cierta fiesta presentada a la Reina Regente doña María Cristina. Con su proverbial *discrección* doña Virtudes, al saber que era hija de Benito Juárez, comentó: ‘sí, el que hizo fusilar a mi tío Maximiliano’, a lo que aquélla replicó: ‘mi padre, no, señora; la Ley’. ¿Es que sólo se

ha de ejecutar sentencia de muerte en Riego, en el Empecinado, en Rizal y en otros héroes del pueblo?

"Y ahora, esa pobre dinastía harta de falsas tradiciones y de Cruzadas que no lo son, sino más bien encrucijadas de sus cortas ambiciones, se ve acabar en pobreza de sangre. Y hay quien habla como de un futuro posible rey, del tercer hijo varón de don Alfonso, el infante don Juan, que ahora resulta ser Juan Carlos. Ya que el Alfonsismo se acaba y extingue, no podía faltar el Carlismo. Y acaso se puede unir al don Juan, al Juanismo —¡Oh!, recuerdo del infortunado príncipe—, el don Carlos, el Carlismo. Porque si fuera Juan a secas, ¿cómo lo habrían cifrado? ¿Juan II? Pero aparte del don Juan aquél, hijo de los Reyes Católicos, que no llegó a reinar, ha habido otro don Juan pretendiente del trono, un don Juan Carlista, el padre del pretendiente Carlos VII. Y, así, para los Carlistas legitimistas, sería este futuro don Juan un don Juan IV. ¿Le llamarían sólo Carlos? Entonces habría de ser nuevo Carlos V. Aparte del recuerdo agorero de Carlos V de Alemania, hubo para los tradicionalistas de la Cruzada Borbónica-Habsburguiana un Carlos V, don Carlos María Isidro de Borbón. Y un Borbón y Este, el que en el segundo día de Carnaval de 1875 cruzaba la frontera por el puente de Arnequi, allá por donde pone la leyenda la retirada de Carlomagno después de la rota de Roncesvalles; y al cruzarlo, volviéndose hacia España exclamó: '¡Volveré; volveré!' Y ahora si no él, su espectro, el del Carlismo, ha pretendido volver. Porque el pronunciamiento del 13 de setiembre de 1923, el de la Cruzada Borbónica-Habsburguiana, fué un pronunciamiento por parte de don Alfonso, Carlista(*).

(*) *Sorprende y admira la antevisión histórica de Unamuno, antevisión*

"¡Cuántas cosas se quedan muertas, tendidas de largo en largo sobre este sudario que a Estrabón se le antojó que era una piel de toro! Por la inercia española, esas cosas muertas siguen mandando, no sólo cuando están podridas, sino hasta cuando lo están tanto que ya ni huelen mal. Ahora, a la dinastía española de los Borbones se le van cayendo las piltrafas. ¡Se extingue! La naturaleza cuenta con un sistema revolucionario para aniquilar dinastías fracasadas, que es la degeneración. Ya tienen sangre de horchata, como dice la frase popular. Pero antes de su extinción, no le vendría mal a don Alfonso hacer unos ejercicios espirituales en forma de estaciones de una peregrinación histórica. Primero El Escorial, para meditar ante el sepulcro de Felipe II y en el pequeño cuarto en el que murió a la hora del alba, cuando los niños del coro cantaban la misa del amanecer; aquel rey que construyó el edificio más grande del mundo para medir su propio tamaño alojándose en la más ínfima de sus habitaciones. De allí a Ávila de los Caballeros a meditar, en Santo Tomás, ante el sepulcro del príncipe don Juan. Desde Ávila, faldeando Gredos, espinazo de Castilla, por aquellos cazaderos de cabras monteses, bajar al valle del Jerte, llegarse a Plasencia y de allí a Yuste, a meditar en las ruinas de aquel convento donde se enterró en vida el primer Carlos. Desde Yuste a Guadalupe, que guarda recuerdos. Desde allí . . . ¿Sagunto otra vez? No, desde allí a fuera de España, fuera de esa sufrida España a la que los Aus-

---

y no profecía, porque lo que habla en todas estas palabras que hemos cuidado sean literales del propio don Miguel, es penetración inductiva en el futuro. Faltaban unos años para la terrible explosión de la tercera guerra, la civil Carlista, ya sin Carlos ni Felipes, cuyas primeras fases de odios sanguinarios iban a apretar el cogollo *de su corazón y matarle de angustias, encerrado en su casa de Salamanca.*

trias con sus cruzadas arrancaron de su senda. ¡Y dejarse de africanismos, y americanismos que vienen ya muy tarde; dejarse de imperialismos y de cruzadas! Y dejarse de lo de Rey Católico, que, en este caso, no quiere decir ni universal ni cristiano.

"¿Imperialismo cristiano? 'Mi reino no es de este mundo' —dice Jesús—, y 'el que a hierro mata a hierro muere'. ¿Imperialismo jesuítico de los Austrias? ¡Imperialismo Luterano de los Hohenzollern! ¡Imperialismo calvinista y puritanesco, imperialismo del dólar envuelto en hojas del antiguo testamento! ¡Cruzada, Cruzada, Cruzada! ¿Y la Cruzada? La cruz, la de Jesús, nada tiene que ver con estas cruzadas."

M

S
m
tal
re
L
h
ro
lleg
De
t
en
pa
da
que
-
bre

MUCHEDUMBRES Y MULTITUDES 9

Salimos aquella tarde del café de *La Rotonde* mucho más tarde que de ordinario. Habían partido los contertulios, y Don Miguel y yo nos disponíamos a hacer el recorrido de todos los días atravesando el jardín de Luxemburgo, cuando recordó que un amigo suyo le había anunciado su visita en el hotel de la *rue de la Perouse,* para las seis de la tarde. No le daba tiempo para llegar a la hora fijada si hacíamos el camino a pie. Decidió Don Miguel, contrariando su inveterada costumbre, que tomásemos el Metropolitano. Descendimos, en efecto, en la inmediata estación del boulevard Raspail. Al divisar el andén y contemplar la enorme cantidad de público que se agolpaba esperando los trenes, quedó aterrado.

—¡Oh!, ya está aquí la más que mucha muchedumbre de París. Vivimos en los tiempos de las manadas,

de los aludes humanos, de las invasiones gigantescas. ¡La humanidad se ha convertido en mar y sus embates son olas gigantes!

Volvimos a subir la escalera de la estación, huyendo del subterráneo invadido por la gente a la hora de salida de las oficinas. Entonces tomamos un taxi. Posiblemente fué la única vez, que yo recuerde, en la que Unamuno acudió a ese medio tan corriente de locomoción. Un automóvil puede recorrer en breve tiempo esa distancia. Pero es que las multitudes, las manadas, los aludes, no son sólo de hombres, sino de máquinas. Cuando el famoso Barón de Haussmann proyectó y construyó en la época de Napoleón el Chico la magna Avenida de los Campos Elíseos, los periódicos parisinos agotaron la ironía francesa, que siempre ha sido fecunda, burlándose de la excesiva amplitud de aquella vía. No obstante, hace mucho tiempo que resulta pequeña para la circulación de la capital francesa. Y, por lo tanto, tardamos mucho más que en el Metropolitano, el cual constituye el medio más veloz para ir de un extremo a otro de la ciudad. La muchedumbre de automóviles obligaba a éstos a ir uno detrás de otro a la velocidad de carretas de bueyes, parándose en las bocacalles ante la orden imperiosa y el agudo y amenazante silbido de los agentes del tránsito. Esos silbidos hacen pensar en una autoridad ejercida por ofidios. Y Don Miguel siguió hablando de las muchedumbres.

—Es fenómeno típico de nuestra época. Tu hermano lo ha visto con agudeza en su libro *La Rebelión de las Masas,* en el que descubrió y retrató a las muchedumbres. Yo he sido partidario siempre de preferir para expresarme la palabra directamente castellana o que al menos tenga una raíz más castiza. Por eso he preferido decir *muchedumbre* a *multitud,* que es su forma más

directamente latina. Ahora, en la época de imperio de las muchedumbres, pienso que deberemos utilizar las dos, procurando darles un matiz distinto. Nadie duda de que siempre han existido grandes aglomeraciones. El fenómeno actual consiste en que, hoy, se canalizan en gran proporción, que a veces es casi unánime, en un solo destino. En un ejército la muchedumbre está organizada, encuadrada hostilmente y proyectada por una orden de los jefes. Mas lo característico de las muchedumbres de nuestra época es que no obedecen a ninguna disciplina exterior. Los hombres han empezado a sentir y a pensar colectivamente. Las ciudades están ya divididas en cauces más que calles, por los que van ríos humanos. El objetivo que las impulsa podrá ser o no trascendente. En la mayoría de los casos no lo es: van a las carreras de caballos, o las corridas de toros, o a contemplar algo curioso que excepcionalmente ha ocurrido en la ciudad, o a verle la cara a un personaje famoso. Es, por lo tanto, característico de esos movimientos de masas el que se originan espontáneamente, inducidas por la suma de un mismo interés que es igualmente agudo en los individuos, los cuales parecen haberse dado cita en un determinado lugar. No sé si alguien que se interesa en el estudio de la psicología colectiva ha pensado en clasificar los distintos ejes que suscitan en torno suyo la polarización de una muchedumbre. Tendría interés incluso de orden práctico para esta nueva ciencia de la publicidad. Sería en muchos aspectos trascendente medir la diversa intensidad de los estímulos del hombre de nuestro tiempo. En hacer coincidir a muchos en un deseo, estriba el éxito. Siempre fué así, aun más cuando los hombres son ya, según predijo la Biblia, como las arenas del mar.

Llegamos al hotel de *La Perouse* y acompañé a Don

Miguel hasta que llegasen los visitantes que esperaba. Se trataba de unos profesores parisienses, los cuales, por parisienses y no por profesores, eran las gentes menos exactas y puntuales del mundo. Unamuno pudo continuar su conversación.

—¿No cree usted, Don Miguel, que acaso más importante que el fenómeno de estudiar el eje en torno del cual se reúnen físicamente las muchedumbres, sería el descubrir los ejes capaces de sumar inmensos sectores de fuerzas morales, esto es, de muchedumbres que no se desplazan ni aglomeran en un lugar, sino que aúnan su ilusión y su voluntad?

—En efecto, en el fondo este es un problema de todos los tiempos y el único capaz de explicar los grandes sucesos históricos. Una nación está dispersa, atomizada. Los individuos vagan en sus quehaceres. Mas, de pronto acaso, surge en la nación un propósito y una idea —lo que hoy llamamos tan imprecisamente un ideal— que atrae a todos. Los individuos, desperdigados en sus personales asuntos, entregados a sus egoísmos privados, se levantan, dejan a un lado preocupaciones y condensan una de esas gigantes energías que a través de la historia se han impuesto de siglo en siglo a la vida universal. Estas serían realmente las muchedumbres espirituales que se apiñan como un prodigioso enjambre en torno del eje más fuerte que el acero y de máxima vitalidad de una aspiración que, precisamente por ser de todos y no de nadie, resultan invencibles. Estudiando los ejes de concentración de las masas morales, de muchedumbres de espíritus y no de cuerpos, es como se puede realmente llegar a una comprensión medular de la historia.

—Es triste —dije yo— que nuestra época, que se caracteriza por concitar estas gigantescas y temibles

muchedumbres físicas, sea tan pobre en la creación de ejes morales que sumen una nación entera en un alto y fecundo propósito.

—Efectivamente —dice Don Miguel—, en el mundo de las ideas como en el de las finanzas, ya no se paga en oro como antes, sino en papel moneda. El fondo de las cosas está desvaído y en él no late la ilusión antigua. Una pelucona de oro diríamos que poseía un alma económica y suscitaba apetencia superior a la de un billete de banco. Ahora que se habla tanto de vitaminas, diríamos que todas estas fórmulas representativas del dinero y de otros aspectos están desvitaminizadas, y provocan reacciones atenuadas. Si es un signo típico de nuestra época la existencia de las muchedumbres físicas, también lo es, paradójicamente, el de que se han debilitado esas otras multitudes morales que se congregan en torno de una idea o de un alto propósito. Y así daremos un matiz distinto, en nuestra conversación al menos, a la palabra muchedumbre de la palabra multitud. Porque, sinónimos, aunque otra cosa se crea no los hay nunca. Cada palabra, cual alada mariposa, posee un matiz distinto. Las muchedumbres van a una cola del pan, o a ver cómo tiene la nariz un personaje famoso, o a protestar por alguna cosa inferior. No hace muchos años, en España, sólo se irritaban las gentes y se reunían con cierto volumen de masa, para quemar una casilla de consumos. Es curioso que durante largo tiempo el máximo ideal democrático de nuestra agarbanzada política fué el de suprimir las alcabalas.

"Por eso, bendigamos aquellas cosas que nos levanten el espíritu con una palabra grande y exacta, con algo que nos redima, aunque sea momentáneamente, de la chabacanería imperante; con una melodía que nos limpie también de la ramplonería flamenquista o

de la musiquilla ratonera. Busquemos ideas, imágenes, ilusiones para formar la inmensa multitud nacional que sume su voluntad hoy dispersa, agria y discorde. Si viéramos todos una luz —especialmente bella y exaltada—, acudiríamos en torno a ella y formaríamos una inmensa fuerza moral histórica. Hombres hay que por su talento han vivido dentro de las grandes concepciones, dotadas, a no dudarlo, de prodigiosa energía nacional. Vivían como en un paraíso de pensamientos nobles. Pero los españoles no se han interesado. En todo caso para reírse de su superioridad desde su interior y mezquina ceguera. Ni por curiosidad han levantado una esquina del telón para ver algo de ese paraíso. Cuando murió don Joaquín Costa, la nación entera le consagró los mayores elogios."

—Recuerdo que siendo yo un muchacho asistí a sus funerales en Zaragoza. Una de estas apasionadas muchedumbres, de las que venimos hablando, le rindió el homenaje muscular de arrastrar el vagón en que venían sus restos inertes. ¿De qué servía tan apasionado y tardío amor? Pero nadie hizo el menor esfuerzo mental por comprenderle. Durante su vida no logró Costa ni que le eligieran diputado cuando tanto señorito lo era.

—Efectivamente, ese es uno de los casos. Joaquín Costa fué realmente un forjador de ejes que podían haber sumado a toda la Nación. Sólo suscitaron sarcasmos. Se llegó, incluso, a aplaudir sus palabras, pero no a seguirle con actos. Se desarrollan fervores inútiles y aldeanos y una póstuma reacción que más bien disimula remordimiento. La vida espiritual de nuestra patria se va empobreciendo de tal modo que estamos hundiéndonos, después de milenios de civilización, en las formas primitivas de la vida semisalvaje. Hace unos años pasé unos días en la ciudad de Córdoba. Si por

su tamaño es algo más que un pueblo, por su espíritu no pasa de aldea. Esta es la gran capital, eje de la cultura de la Edad Media, la ciudad de Averroes y Aben Hazán y de tantos otros, e incluso ya en la Edad Moderna, de Góngora. Pues bien, la ciudad otrora de Abén Hazán y de Góngora, ha llegado a ser la del poetastro Fernández Grillo. Pero, en fin, será posiblemente que a ciudades y personas les pasará lo que a la pelota del Chiquito de Abanto: van y vienen, son y no son, se hacen y deshacen. Esa intercadente apariencia de ser y no ser, alternativamente, constituirá la esencia de la inmortalidad.

UNAMUNO Y PIERRE LOTI — 10

—Las memorias del tiempo pasado y no del todo perdido vienen a mí como bandadas de aves. Actualizar al pasado es un modo de resurrección. Lo que hace falta es que el resucitado no sea un aparecido.

Así me hablaba en un atardecer sereno y luminoso del mes de julio de 1923 el Rector de Salamanca, emigrado político entonces en Francia.

—Séneca, como todo buen hispánico e ibérico —estos adjetivos caminan muy mortificados de mataduras y hay que emplearlos con miramientos—, sufrió áspero destierro durante ocho años en Córcega. Él mismo nos describe su desolación entre las abruptas y salvajes montañas de la bravía isla:

> Barbara proeruptis inclusa
> est Corsica saxis
> Horrida desertis undique vasta locis . . .

"No obstante su inhóspita situación, al verse aislado de un vergonzoso sistema de vida y de tiranía, supo decir en su tragedia *Medea*: 'Creía ser castigo: ahora veo que el destierro es un regalo.'

"Insisto en que he empleado el adjetivo *ibérico* en toda su mortificada amplitud. Afortunadamente es su misma amplitud la que nos permite descansar cambiando de postura, mientras tanto nos acostamos definitivamente para que, sobre nosotros, pase la eternidad, puesto que sólo nuestras cenizas son inmortales. No tienen ni principio ni fin, ya que antes de haberse dado cita para formar nuestros huesos y nuestra carne eran también polvo y cenizas. La Iglesia nos lo recuerda todos los años pintándonos una cruz con ceniza en la frente. En las viejas familias era costumbre decir a los niños que no se borrasen esa señal para que les durara el mayor tiempo posible. Y en los aun más antiguos, los padres, severamente, daban de bofetadas a los hijos para que se acordaran mejor de aquel principio."

Tal decía Don Miguel de Unamuno sentado en el murete que deslindaba el atrio de una casa que en el año 1923 alquiló en Hendaya para pasar el verano con su familia y que estaba frente por frente a Fuenterrabía. Dulce emigración aquélla, que nos permitía ver la tierra patria de la que sólo nos separaban las escasas y tranquilas aguas del Bidasoa, sobre las que resaltaban las lisas con relampagueante pirueta, trazando círculos concéntricos en el agua.

Tenía Don Miguel en sus manos una preciosa edición francesa del maestro de Nerón, aquel emperador que fué, primero, su discípulo, y luego su verdugo. El que sea yo quien traiga al recuerdo las palabras de Unamuno es prueba de su autenticidad. Porque ¿cómo iba a inventarlas persona tan alejada de la filosofía?

Siempre creí que las vidas de Sócrates, de Séneca y de don Miguel de Unamuno fueron, en muchos aspectos, paralelas. Para mí Don Miguel ha sido el Sócrates y el Séneca que llena los recuerdos de mi juventud, y de cuyas normas y espíritu vivo más que de lo que hoy me rodea. Han sido diversas encarnaciones del mismo suscitador de ideas, del mismo hábil interrogador que va haciendo surgir con su arte mayéutica la ciencia de quien se suponía ignorante y no creía poseerla.

En cuanto a Don Miguel, muchas veces se preguntaba y se contestaba a sí mismo. De todas maneras exaltaba socráticamente al interlocutor. Porque no lo seleccionaba; y de la misma manera que el equívoco y genial vagabundo de Atenas, hablaba con menestrales y hombres sin cultura. Una de las más brillantes conversaciones que recuerdo tuvo lugar en el café de la *Place de la Republique* de Hendaya, en la que su interlocutor era el carnicero del pueblo. El Maestro, con su fino escalpelo, y el carnicero con su hachuela de tajar tuétanos, ofrecían al espectador una singular esgrima de matiz socrático.

En el día a que me refiero intervino en la conversación un hombre eminente y famoso que suscitó una de las más graciosas modas de París. En la casa vecina a aquella en que don Miguel pasaba su temporada veraniega, lo hacía también un renombrado escritor francés, Pierre Loti. Separaba el atrio de ambas casas un muro de escasa altura sobre el cual estábamos sentados cuando apareció Pierre Loti, que deseaba visitar a don Miguel. Era un hombre que frisaba en el año setenta y tres y último de su existencia, ya que unos meses después murió. Viejo, de afectada elegancia, recompuesto, con el pelo y los bigotes teñidos y hasta con un toque de colorete en las mejillas, me dió la impresión de uno de

esos cadáveres *preparados*, en los cuales los artistas funerarios de Norteamérica emulan la arcaica destreza de los embalsamadores egipcios. Mas el espíritu sutil y alerta de aquel anciano daba, en cambio, una impresión de agilidad juvenil. Fué Loti el descubridor literario del Pacífico, el que puso de moda las *gheisas* y *musmés* japonesas, sobre las que luego se volcaron torrentes de literatura. Las damas de la reina Pomare le pusieron el nombre de *Loti*, que es nombre de flor, el cual usó como pseudónimo, hasta el punto de que pocos saben que su verdadero apellido es el de Viaud. Su postrera novela fué de costumbres vascas, *Ramuntcho*. La que le hizo famoso, *Madame Chrysanthema*. También *El matrimonio de Loti*. Se casó con arreglo a las costumbres japonesas y tuvo un exótico hogar que al menos le sirvió, como a Alphonse Daudet su molino, *para trabajos literarios*. Mucho podría hablarse de este original escritor. Hoy sólo deseamos presentarlo con unas pinceladas al llegar a la tertulia de don Miguel.

¡Qué dos hombres tan distintos, Unamuno y Loti!, al menos en la base y en sus ambientes formativos; pero la inteligencia les unía en la cumbre.

—No comprendo —dijo Loti— la palabra destierro. En ningún lugar del mundo estamos desterrados. Sólo nos destierran cuando nos entierran y salimos del mundo. ¡Quién sabe si en el más allá tampoco seremos extranjeros! Mi vida viajera me ha acostumbrado también a no dar demasiada importancia a los sistemas políticos de la convivencia. Cada vez creo más que se puede estudiar en los hormigueros o en las colmenas. Acaso tampoco, porque el hombre no se asocia como los animales que llamamos sòciales. Pero de todas maneras esa masa sólo vale en cuanto es vivero del hombre genial. Cuando se individualiza en un hombre su-

perior, entonces es cuando nace el hombre. El enjambre, la termitera, no me importan sino en cuanto matriz en la que se incuba el hombre sumo al que los arcaicos helenos hacían Dios. El hombre se diviniza por el espíritu. Pero ese espíritu tiene que salir de la masa, como la chispa de la madeja de alambres de una dinamo.

—Sin embargo —replicó Don Miguel—, ¿cómo podrán explicarse aquellas palabras de Sócrates: "Yo soy hijo de una excelente y tremenda partera, que se llamó Fenárete, la que trae a luz la virtud, la partera de la virtud?" El pueblo natal de Sócrates o *demo* ateniense, se llamaba Alópoce, que significa zorra o vulpeja, lo que alude a la astucia con la que él hacía surgir la razón del pozo ignorante de un hombre vulgar. Pero esta conversación nos llevaría lejos y ya está anocheciendo.

Las luces de Fuenterrabía se empezaban a encender y brillaban metálicamente en la serena superficie del Bidasoa.

EL ALMA DE REMO | 11

En el año ya remoto, pero que me parece de ayer, de 1927, residía en mi casa de Hendaya, y, como ya he dicho, en un hotel próximo se hospedaba Don Miguel de Unamuno, el que continuamente me visitaba. Al entrar en la casa Don Miguel, mi gran perro Remo, de casta pastor alemán, le saludaba con la excesiva familiaridad de ponerle las manos sobre el pecho. Confieso que mi perro estaba mal educado. Conocía a mis verdaderos amigos y les señalaba y distinguía con sus enfadosos saludos. Adivinaba, creo que mejor que yo, quiénes iban con deseos hostiles. En efecto, contra uno de éstos se lanzó con espantable mordisco. Algún lector pensará que mi imaginación se permite demasiadas licencias, y que soy harto incrédulo y envanecido por las cualidades del Remo; mas el hecho se repitió en varias ocasiones, aunque en sus pormenores no puedo

ahora detenerme. Quiero sólo explicar la reacción que en Unamuno produjo aquel saludo canino, que le permitió ver los ojos del Remo a la altura de los suyos. "¡Qué misterio —dijo luego— duerme en esas pupilas!" Y entonces, como le ocurría siempre que el aldabonazo emocional sacudía su inspiración ardiente, enristraba su pluma —a veces tremenda lanza—, sacaba las pequeñas octavillas, de las que siempre llevaba gran repuesto, y se ponía a escribir. Le llevé a mi mesa de despacho y le dejé solo con su Musa. Poco tardó en levantarse y leerme una poesía que tituló "Al perro Remo". Héla aquí:

Cuando pone en mi pecho sus patas
y me mira a los ojos el perro,
las raicillas del alma me tiemblan,
¡temblor agorero!

Me acongoja la muda pregunta,
de sus ojos el líquido ensueño;
ni le queda dolor en el alma,
¡tan sólo silencio!

En el lánguido humor de sus niñas
se me encara perlático espejo
de un ayer tan lejano que se unce
a un mañana eterno.

¡Ay la cárcel de carne en que duerme
la divina conciencia!, ¡ay el sueño
de una sombra que mira en los ojos
del trágico perro!

¿No es acaso mi Dios que al mirarme
desde lo hondo del alma de Remo
con la cruz de la carne me hostiga
mi eterno deseo?

Cuando pone en mi pecho sus patas
y en mis ojos sus ojos el perro...
"¡Dios mío, Dios mío, por qué me han dejado!",
clamó el Nazareno.

Este tremante poemita, en el que el negro misterio duerme detrás de las pupilas del Remo, aparece en la mayor parte de los Florilegios. Don Miguel lo encabezó con las circunstancias y la fecha en que ocurrió el inspirador incidente; pero los antologistas suprimieron esos pormenores que explican cómo y por qué nacieron los versos. ¿Acaso temieron que el perro se envaneciera o se creyera colaborador de Don Miguel?

A la lectura siguió un diálogo que mantuvo conmigo el Rector de Salamanca, emigrado como yo en aquel pueblo francés, en la misma raya fronteriza del río Bidasoa, que alcanzó gran importancia.

—Los hombres —decía Don Miguel— nos empecinamos en separar las cosas de manera tajante. Decimos "inteligencia", "instinto", como si no tuvieran nada que ver una con otro. Son facultades cerebrales, diferentes sin duda, pero ni antagónicas, ni apartadas, ni distantes. A veces comprobamos que el instinto es una manera especial de ser inteligente, propio de cajas craneanas más estrechas y de cerebros más sencillos, con menos circunvoluciones cerebrales que en el hombre. Mas, si ese instinto que para mí es inteligencia en camino, germen de futura razón, se aposenta en un gran cerebro, se expande en eso que llamamos entendimiento, razón, y aun, en algunos casos, talento. La prueba de esa homogeneidad de instinto-inteligencia, es que los instintos primarios, los que durante millones de años han vibrado en nuestra ascendencia, los llevamos dentro. Si hacemos algunas exploraciones y excavaciones interiores, encontraremos esos instintos que han presidido la vida arcai-

ca. ¡Oh, qué horizontes se vislumbran más allá de las pupilas grises de Remo! ¡Cuántas cosas ve y oye que pasan desapercibidas para nosotros! Tan grandes como los cacareados misterios del más allá, son los del más acá. Porque están cerca —como que los llevamos dentro— y no creemos en ellos porque, paradójicamente, nos parecen demasiado simples y evidentes, no solemos dar fe a cosas inmediatas y próximas. El hombre es un bípedo implume que necesita ser engañado. Prefiere creer que es el espíritu de Dios el que anima la paloma de Mahoma, a pensar en la trivial realidad, de mago de circo, de que el Profeta se colocaba granos de trigo en su pabellón auricular para que la cándida paloma le llevase una sura del Al-Corán a su oído. ¡Oh, el instinto . . . ! ¿Quién podrá explicar cuál es su esencia? Es más difícil de captar que la de lo que llamamos entendimiento, cuyos laberintos e interiores recovecos podemos seguir dentro de nosotros mismos. ¿Por qué la abeja hace unas celdillas que obedecen a cálculos de alta matemática, que el hombre sólo ha dominado en época reciente? ¿Y cuál es la visión de la araña con sus múltiples ojos? ¿Y la de la hormiga, o la del murciélago, que sin ver vuela merced a una suerte de sensibilidad que le impide chocar con los objetos? Hay quienes afirman que el murciélago es uno de los animales más semejantes al hombre. El antropomorfismo revela en todo ser vivo del planeta coincidencias múltiples que no son sólo las analogías físicas con el hombre. Si en los antropoides, que son la forma evolutiva más cercana, es notoria la semejanza, también podemos decir que nada de cuanto palpita en la tierra es ajeno al hombre. Por ello se exacto decir que es un microcosmo. La vida nos une a todos los seres vivos. El vivir es la máxima categoría del universo. Por las fisuras

de lo mineral, por las grietas de Horeb de los peñascos, mana, como un milagro —lo es sin duda porque no podemos explicarlo—, una vitalidad que podríamos calificar de estática y potencial de la verdadera vida. En esas aguas diáfanas, o en los piélagos inmensos de los mares, se forjará ese portento del nacer primigenio. Los primeros partos de la tierra son de seres elementales, simples, pequeños cuando no microscópicos, pero en los que ya se produce el trascendente fenómeno de palpitar. De la amiba primaria, pequeño tubo orgánico que recibe el agua y la expulsa, o de los microorganismos vegetales, al mineral, existe la separación de un abismo. Sin embargo, desde ese abismo lleno de tinieblas parte un pequeño sendero que el hombre no ha logrado comprender, ni aun concebir, en el que se da el salto de lo inerte a lo vivo, de lo mineral a lo orgánico y animal. Aunque los sabios un día logren hacer surgir en sus retortas y combinaciones químicas un ser vivo, el misterio seguirá siendo insondable. La animación de la materia orgánica, el alma inherente a las cosas vivas, dependiente de ellas, emanación o reflejo de su capacidad de vivir, seguirá siendo inaprensible para la sabiduría. Descubrirá el científico, acaso, el medio de animar la materia creando un organismo con sustancia vital, pero ese instante prodigioso en que la materia se anima, es decir, tiene un alma, ínfima como la de los seres elementales, o magna, sublime y luminosa como las de Platón o Cervantes, será siempre inaprensible. Las fórmulas químicas, las fermentaciones —Anaxágoras dijo que la vida nacía de la putrefacción—, serán, todo lo más, equivalentes a las abracadabras o las invocaciones de los magos. Surgirá una especie de magia científica, mas creo yo que el hombre jamás penetrará en el hermético secreto de

cómo las almas se infunden en los organismos. Claro es que tal manera de decir, el dualismo del alma y cuerpo, no es en realidad científico. Se enraiza en el hábito metafórico de suponer que las almas vuelan como enjambres buscando seres en los que encarnar. Recuérdese que ya los sacerdotes de Homero atraían a las almas con el cebo de la sangre. Es tan hermosa y bella, aparentemente tan lógica, la oposición del espíritu a la materia, que la viejísima metáfora aún suplanta a la realidad de nuestra experiencia. La concepción de un alma separada del cuerpo fué una ficción más bien científica que retórica de los precursores de la filosofía. Se trata de un pasado de la inteligencia, tan remoto, que no tenemos otra noticia de su existencia que esta disección "alma-cuerpo" que nos ha llegado como un concepto muy primitivo, pero ya de avanzada civilización. Esta separación de lo inseparable se hizo originalmente con fines expositivos, de clasificación de actividades mentales, o meramente orgánicas. Mas, en realidad, el alma es un flujo del conjunto orgánico que se centra en el cerebro. El alma primaria de los seres elementales está provista por los órganos mismos de los que es reflejo, de una reacción que, en esta elementalidad, puede estudiarse hasta como una irritación defensiva de lo que llamamos instinto. Es ciertamente la reacción nerviosa, defensiva —hasta cuando parece ofensiva— del ser. En consecuencia creo que su base elemental es el instinto de conservación. Posiblemente todos los demás movimientos instintivos son diferentes formas, directas o indirectas, del básico instinto de conservación. En la amiba se limita a una leve excitación. Lo importante para mi punto de vista es que, entre los instintos, ya elementales, o muy complejos del cerebro humano más perfecto, existe una continuidad, un hilo

vital que en la milenaria evolución no puede romperse. Es en los caminos del instinto animal en los que, por sucesivas ampliaciones y ejercicios, se enciende la luz de la inteligencia humana. Mas, en el fondo de nuestro ser, permanecen los instintos, hasta cierto punto superados pero no rotos, ya que actúan, unas veces al lado de la suprema iluminación del intelecto, pero otras, cuando éste falla, suplen su ausencia como un resorte mecánico de garantía y en reserva. Así seguiremos el vuelo de la metáfora arcaica que separó con un tajo de espada el cuerpo del alma de manera arbitraria y falsa. Paralelamente es equivocado el divorciar el instinto de la inteligencia, considerándolos como sustancialmente diferentes. ¡Cuántas veces decimos de un perro, como el Remo, que es inteligente! ¡Y cuántas otras nos hemos confiado, en viajes y ascensiones a las montañas, a la inteligencia del caballo, aunque la califiquemos de seguro instinto! No será paradójico sino exacto el decir que hay dos maneras de reaccionar ante las cosas, una instintiva y otra inteligente. Posiblemente separa una de otra forma —pero ambas de inteligencia— el grado mayor o menor consciente con el que se realiza. El acto inteligente hunde una profunda y normalmente indestructible raíz en la memoria, y el instinto no. El animal no carece totalmente de memoria. El Remo posee sólo un tipo de memoria semi-inconexa que no permite la generalización como en el hombre, pero que le dicta reacciones según una experiencia que a modo de recuerdo influye en sus actos. Posee memoria, puesto que nos conoce muy bien y sabe cuál es el lugar peligroso en el que le pegaron. ¿No has observado a una mula cuando da vueltas a la noria, cómo al pasar por el sitio en el que la suelen arrear, mete las ancas y apresura la marcha como huyendo del látigo? Todos traen a colación

numerosos hechos semejantes que revelan la existencia de un tipo de memoria en los animales, aunque sea muy distinto del humano. Con nuestra memoria podemos hacer centón o tesoro que, clasificado, forma la supermemoria de la experiencia. El estudio de los senderos por los que el instinto ha ido avanzando hacia el entendimiento racional, iluminaría aspectos hoy oscuros de la psicología, y también de la psicopatología. Y lo creo fundándome en la afirmación, que no suele ser corriente, de que instinto e inteligencia son grados evolutivos de la capacidad espiritual.

—No quisiera interrumpirle, Don Miguel. Estoy suspenso de sus palabras, mas deseo preguntarle si en los antropoides, como más próximos al hombre, se han hecho experiencias buscando esa ecuación que usted establece, y que considero trascendente, de instinto e inteligencia. Viene a mi memoria que, en una época, mi hermano José estuvo muy preocupado por las exploraciones polares del canadiense Stegasson. Para poder avanzar hacia el Polo renunció éste a las prevenciones normales del europeo de llevar una gran carga de alimentos. Entonces imitó la inteligencia, que era más bien instinto, del esquimal. Y así aprovechó la experiencia instintiva pero milenaria del habitante primitivo, "añadiéndole el suplemento de la razón y del coraje que posee el europeo". En vez, decía él, de suplantar lo instintivo e irracional con la razón, conviene completarlo con ésta. La razón no se basta nunca a sí misma. Y para esta opinión que, en realidad, coincide con la suya, don Miguel, la inteligencia es sólo corrección del instinto, perfeccionamiento de la espontaneidad. Recuerdo que en un viaje que hice a Canarias experimenté gran curiosidad al saber que un sabio alemán, psicólogo, que se llamaba Wolfgang Köhler, hacía ya tres o cuatro años que

vivía en Tenerife dedicado a observar científicamente a un grupo de varios chimpancés y a otras diferentes clases de antropoides. Aquel alemán, sobre el que mi hermano José escribió después un artículo en el que estudiaba, como nosotros ahora, esta ecuación de instinto-inteligencia, publicó más tarde estudios importantísimos analizando la inteligencia de los chimpancés, y fué el sucesor del famoso psicólogo Stumspf en la dirección del Laboratorio de Berlín de Investigación Psicológica. Hace pocos meses [esta conversación tenía lugar en el año 1927] dió unas conferencias, primero en Barcelona y luego en Madrid, a propósito de la mentalidad de los antropoides. Los estudios de este psicólogo tendían a esclarecer si realmente algunos actos de los chimpancés que tanto había observado salían del cerco del instinto e implicaban positivamente inteligencia. Los experimentos de tan autorizado observador están contenidos en un libro que publicó en francés, *L'Inteligence des Singes Supe.*

—Recuerdo perfectamente —añadió Unamuno— a ese personaje, así como las diversas pruebas a las que sometió a los chimpancés. Colocaba un fruto que no podía alcanzar con su mano, pero dejaba en la jaula un palo, y el mono sabía utilizarlo como un instrumento para hacer caer el plátano. Aun más: ponía el palo fuera de la jaula, donde no lo podía asir el chimpancé, pero sí otro más corto que a su alcance dejaba. El animal utilizaba este último para atraer el que estaba distante y derribar el plátano. Llegaban los chimpancés a realizar la ingeniosa operación de enchufar una caña en otra para obtener la longitud debida, de modo que combinando su esfuerzo mental digamos que propiamente fabricaban un utensilio. Sin duda que esas combinaciones son inteligentes y no instintivas.

—Lo que más me emocionó —añadí— en aquella visita que hice a Köhler en Tenerife, fué el oír la voz de orangutanes y chimpancés. Creí escuchar los gritos guturales del hombre primitivo en un albor de lenguaje. Sus alaridos y sus modulaciones daban la sensación de una garganta humana. Sus prolongadas notas parecían impregnadas de tonos sentimentales. Esa voz reflejaba emociones. Nadie negará que constituyen un lenguaje elemental y que, como tal, fué estudiado también por Köhler, por Binet y otros muchos, que han dado a estos aspectos gran importancia.

—Deseo llegar —dijo Don Miguel—, con la audacia y libertad propias de una conversación exploradora como la nuestra, a otro aspecto muy original que nunca he visto tratado desde este ángulo. Ciertos mitos muy arcaicos son remoto reflejo del temor del hombre-animal ante la naturaleza. En esos mitos veo un extraño maridaje en ámbitos en los cuales se mezclan el instinto con una elemental diríamos que auroral inteligencia. Lévy-Bruhl, en su magnífica obra *La Mentalidad Primitiva*, establece prolijos hechos y mitos formados en ese crisol de espíritu naciente. En su mayoría se refiere a tribus australianas, muchas de las cuales están en pleno período paleolítico. No tienen, por ejemplo, algunas de ellas, idea de que el acto sexual es causa de la procreación. Estos hombres arcaicos, algunos de los cuales ostentan una osatura y un cráneo con el arco superciliar del hombre de Neanderthal, cuando una mujer de la tribu resulta grávida, acuden al lugar en que ella lo ha advertido y dicen consultar a los antepasados que allí vivieron por medio de sus magos, a fin de ponerle el nombre de aquel que creen ha encarnado en la mujer. Este es uno de tantos ejemplos del tipo de mito al que he querido aludir. El mundo de la experiencia no se pre-

senta, como dice Lévy, a la mentalidad primitiva como a nosotros. Los primitivos se sienten rodeados de fuerzas míticas que, al ser por su naturaleza invisibles, impulsan a sus espíritus elementales hacia el mito. Casi todo es obra de fuerzas ocultas. Al animal, en la oscuridad de su percepción instintiva, le ocurre algo que si bien muy lejos aún de las formas míticas del hombre arcaico, con toda suerte de reservas y atenuaciones con ellas podemos compararlas. Creo que los mitos de este género se hallan en una que llamaríamos zona de nadie, inmensa frontera entre el instinto y la inteligencia. En el mundo arcaico eran extensísimas esas zonas de nadie. Casi todo estaba moldeado por fronteras, por separaciones dilatadas. Para considerar estas formas hemos de despojarnos de los conceptos de hoy. Actualmente, una frontera es a veces una raya en un mapa, no justificada por ningún accidente geográfico; todo lo más por un riachuelo como este Bidasoa que ahora tenemos delante y que se puede vadear con agua al pecho en las mareas altas. La psicología no llegará a ser una ciencia plena mientras no haya investigado las lentísimas gradaciones de sucesivas humanidades que se han ido alejando, poco a poco y con enorme esfuerzo, de las áreas instintivas, liberándose de la esclavitud de ese instinto vital que ha sido su ley antes de que, al conquistar ya la inteligencia, pudiese darse a sí mismo sus leyes de convivencia. Así pasó el hombre de ser manada a ser sociedad. Los animales que llamamos sociales, como fórmula metafórica, nunca en efecto pueden ser más que manadas aunque estén tan estrechamente organizadas como la colmena. El hombre se ha hecho a sí mismo con sacrificios y heroísmos que sería magnífico el poder reconstruir. Sólo podemos llamar hoy Historia al breve período de la vida humana en el que el hombre ha conquistado la

cultura y ha podido, como desde los jeroglíficos egipcios o los ladrillos cuneiformes de Babilonia, dejar relatos de sus actos y la cronología de éstos. Durante muchos milenios, millones de años —porque esto del tiempo pasado nunca se ha llegado a definir—, el hombre ha sido un animal, superior siempre, pero, como los demás, encerrado en una cápsula vital perfectamente hermética. El hombre de la piedra antigua actuaba con un fino instinto, que ya podía llamarse inteligencia, para fabricar sus hachas de sílex y las puntas de pedernal de sus flechas. Pero el estilo de sus fabricaciones, el pulimento de sus hachas, era el mismo en todas partes. No obedecía a una enseñanza, a una imitación de grupos más o menos avanzados. Esto sí ocurrió, pero mucho después. El hombre logró romper esta cápsula vital. La abeja no podrá nunca hacerlo. Seguirá construyendo sus colmenas como en las primeras edades, ya que es uno de los animales más antiguos de la Tierra. Este momento en que el hombre, sin romper el instinto, lo ilumina con luz inteligente, es el más sublime de la creación. En él nacen las primeras palpitaciones de la conciencia humana.

—Creo como usted, Don Miguel, en la identidad y no en la separación radical de instinto y entendimiento. Podremos decir con lenguaje aproximativo, un tanto metafórico, que el instinto es un germen de entendimiento. Una de las cualidades diferenciales que se suelen alegar entre el uno y la otra, es la de que el instinto es exacto y como infalible, y además que nace con el individuo, mientras que la inteligencia se desarrolla lentamente como una gimnasia espiritual.

—En efecto —dice Don Miguel—, esas distinciones obedecen a errores de análisis y de apreciación. Los que pudiéramos llamar instintos elementales, cuya base es

una reacción orgánica, nacen al mismo tiempo que todos los seres. En los animales superiores y en el hombre alientan de manera semejante. Y los instintos también se equivocan como la inteligencia, aunque su reacción psicológica sea otra. Igualmente los instintos se perfeccionan. En el hombre, el perfeccionamiento desemboca en la inteligencia. Pero las actividades instintivas también pueden ser erróneas. El gran entomólogo y admirable escritor Henri Favre, observó que las hormigas crían equivocadamente larvas nocivas que, al desarrollarse, destruyen el hormiguero. Además, acaso las matemáticas sean las que con sus números nos puedan dar la medida del desarrollo mental. Se ha probado que el chimpancé y el orangután pueden fácilmente contar hasta tres. Algunas tribus australianas y sudamericanas tampoco podían rebasar la cuenca de tres o cuatro unidades. Inexacto asimismo resulta el creer que el hombre es el único ser capaz de ensoñaciones. Continuamente se comprueba que el perro sueña con cacerías o luchas, y su latir y entrecortados ladridos dan fe de ello. No se ha pensado bastante, o se olvida, que la formación del hombre, su ignoto pasado de milenios, es una sucesión de etapas ascendentes. Suele imaginarse una artificiosa evolución secuente que, desde los eslabones perdidos, desde los primeros antropoides con luz humana, llega hasta Einstein. Mas eso es demasiado sencillo para reflejar la verdad. Si es cierto que ese caminar obedece notoriamente a una evolución, no lo es menos que ha estado sujeto a cortes, a paralizaciones, a desviaciones y aun a retrocesos. Las condiciones climáticas de la Tierra no han sido siempre las mismas. Puede asegurarse, además, que la humanidad no ha partido de un ser inicial, sino de muchos antropoides capacitados para llegar a hombres por su naturaleza, y con aspiración

intercadente a serlo. Los datos con los que pueda contar la ciencia son demasiado recientes, incluso los más arcaicos que han podido observarse. No sabemos cuántos de esos puntos de partida han llegado a la meta humana, y en qué grado y con qué incidencias y obstáculos. Las numerosas etapas que aún no han podido ser exploradas por sabios que tienen en la mano fósiles rodeados de hipótesis, han sido inmensas, prolongadas sucesiones absolutamente pre-humanas. Aquellos hombres, o más bien cuadrumanos, instintivos en su tenebroso pasado, encienden un día el fuego, domestican a los animales. En este fundamental aspecto habría también mucho que investigar. Hoy se supone que más que domesticación por parte del hombre ha existido una verdadera simbiosis, asociación entre animales, que el perro se ha unido al hombre en busca de los restos de su alimento y que le ha acompañado y auxiliado en sus cacerías en forma que no ha sido deliberadamente impuesta por un directo propósito de domesticación. Más bien de una suma de asociación de instintos nace la domesticación de algunos animales. Es mucho más tarde cuando en torno de esa verdadera simbiosis, puesto que de animales se trataba aún, nace la luz mental en el hombre y se inicia su progreso de superioridad. Pero ha habido múltiples proyectos de humanidades logradas o fracasadas, de formas antropoides que aspiraban a una superación y que encontraban enormes obstáculos en una naturaleza cambiante, aún no estabilizada, con desniveles climáticos de las glaciaciones o temperaturas tórridas, cataclismos como el de la leyenda de la Atlántida y otras numerosas desventuras cuyo cuadro completo no puede establecerse con la sola imaginación; y el antropoide recaía en la animalidad. Se trata del inmenso piélago y pasado tenebroso de la vida prehumana. Al pensar en

él he sentido la profunda emoción que ha despertado en mi ser el contemplar las pupilas del Remo. Allí está la minúscula chispa de un alma incipiente que tiene prolongadísimos caminos que cubrir para llegar a formas superiores. El hombre, en esa lucha de heroísmo sin par, se ha hecho a sí mismo, domesticando su propio ser antes de que llegase a estados espirituales susceptibles de que fuera educado. Él ha tenido que pulverizar, que destruir sus instintos para trocarlos, escalón a escalón, por ascensos de la espiritualidad. Uno de los obstáculos que sufrimos para atisbar y semicomprender el pasado remotísimo de los primitivos, es el de no partir de la sustancial, radical diferencia de aquellas agrupaciones, mas bien manadas, y nuestras sociedades, incluso de las más arcaicas. Lévy-Bruhl, uno de los que han penetrado con mirada más lejana, dice que los primitivos piensan, sienten, se desenvuelven y actúan en un mundo que no coincide con el nuestro. No será tan radicalmente distinto como lo es sin duda el mundo de la araña, el de la hormiga o el de la abeja, para los cuales la Tierra es un planeta distinto al nuestro. Mas la apelación a estos seres tan distantes ha de servirnos para expresar que también esos grupos pre-humanos están radicalmente separados de nosotros. Tenían pupilas mucho más semejantes a las del Remo que a las nuestras. ¡Oh, si nos hubiera sido posible asomarnos a los ojos del hombre de Neanderthal! ¡Qué océano de enigmas no habríamos percibido! Las razas de evolución retrasada que aún viven hoy en la Edad de Piedra, han permitido una cierta aproximación respecto de aquellas remotísimas situaciones ante-humanas. Me refiero a seres aun más remotos y lejanos. Si hoy pudiéramos verlos en los campos realizando sus tareas, sus luchas o sus cacerías, exclamaríamos: ¡No, no son meramente salvajes! ¡Son animales!

Don Miguel había entrado en mi casa con un libro debajo del brazo —forma habitual en él de llevarlos—, que depositó sobre mi mesa al escribir el poema sobre el alma del Remo. Lo abrió con aquel su movimiento nervioso y el sutil y ágil caminar de los dedos pasando páginas. El libro era precisamente *La Mentalité Primitive*, de Lévy-Bruhl. Este pormenor me explicaba el porqué de su preocupación en aquella tarde sobre estos trascendentes problemas. Preocupación que se aguzó al contemplar los ojos del perro. Al llegar a una cierta página me dijo:

—Lee este párrafo.

Así lo hice: "La mentalidad primitiva desdeña buscar lo que nosotros denominamos las causas de los fenómenos. He expuesto en otras partes las razones por las que hay que considerar esa mentalidad como *mística*(*) y *prelógica*. Son las fuerzas anímicas, no sólo de los seres orgánicos, sino de los ríos, de los mares, de los árboles, de las rocas; es la malignidad del hechicero, las causas de todo. El hombre no muere por enfermedad por muy viejo que sea."

Don Miguel ataja:

—Como hemos visto antes, todo es mito en torno de

(*) *El lector se sentirá inclinado a suponer que en las palabras "mítico" y "místico" que emplea Unamuno y su interlocutor puede haber confusión o errata del tipógrafo. Por eso aclaro en esta nota que Don Miguel solía repetir que lo "mítico" es el primero y remoto origen de lo "místico". Bien clara es la trayectoria de la mitología que llega a engendrar el sentimiento religioso, hasta el punto de que, cuando hablamos de los helenos y de los romanos, equiparamos ambos conceptos. Los mitos han ascendido a los altares y algunos hasta han demandado crueles víctimas humanas. Júpiter, un mito en Hesiodo que acaso es quien le convierte en Dios, juntamente con el rapsoda Homero. Al penetrar en el área religiosa el mito y trocarse en creencia, nacen el fervor, el temor al Dios y el misticismo. En consecuencia la "s" que distingue a ambos vocablos tiene, con su sibilante sonido, enorme trascendencia y no es errata sino precisa y trascendente determinación.*

los seres arcaicos. Recuerdo este ejemplo. Los araucanos, si notan algo desacostumbrado en un pájaro o en un animal, creen que está poseído. Un zorro o un puma que ronda por la noche es un hechicero que ha venido a ver lo que puede robar. Si cazan a este animal ha de tenerse cuidado de no hacerle daño para evitar represalias. Según Guevara, el araucano atribuye lo que ve, o lo extraordinario que ocurre, a la intervención de espíritus malignos o a causas sobrenaturales. Como ves, por el párrafo que has leído y otras muchas cosas análogas a las que he dicho, las formas mentales del primitivo, primer paso que quiere separarse del instinto, es el mito generalmente de formación mística y animista. Mas, insisto: aun estas modalidades son casi modernas y suponen estados muy avanzados de la evolución si nos referimos a propiamente arcaicas y primigenias. Porque estos primitivos *modernos, coetáneos,* están a millones de años de la luz intelectual de los arcaicos prehumanos cuya vida sólo podemos ver palpitar, por comparación, en los ojos de algunos animales. Sin el auxilio de operaciones metafóricas no podríamos aproximarnos para entrever nebulosamente cosas que son no sólo invisibles, sino inasequibles por la total carencia que la ciencia paleontológica tiene de la vida arcaica. Esta conversación yo no la interrumpiría. No hay que decir que es sólo eso, una conversación; que el tema abordado científicamente obligaría a largos estudios y meditaciones. Mas al menos hemos llegado a esta cumbre franciscana que nos permite contemplar la sublime fraternidad de todo lo creado; la que funda la hermandad máxima, la que une a todo lo viviente. La expresaré en estos dos versos de un poeta indio:

El alma que se esconde bajo la envoltura de una lombriz
es tan radiante como el alma de una princesa real.

12

MONODIÁLOGO DE LA UTOPÍA DE HIPODAMUS

Aquel día Don Miguel se entregó a las evocaciones helénicas:

—Hipódamo de Mileto fué Arquitecto y Filósofo utopista. Profesiones ambas paradojales, ya que la Utopia es, según su raíz griega, lo que no puede ser colocado en parte alguna, y la Arquitectura es, contrariamente, el arte de colocar cada cosa en su sitio en armónico y perdurable equilibrio.

”La Utopía conjuga ilusas ideas, y la Arquitectura piedras y ladrillos, hierros y argamasas. Sin embargo, este arquitecto amigo de Pericles que seguía inspiraciones pitagóricas, inventó un sistema de construir ciudades que permitiese colocar en ellas *su utopía.* Al construir la colonia ateniense de Turoi, realizó el tipo de ciudades cuadriculadas, de calles tiradas a cordel, que se entrecruzaban en ángulo recto tal y como llegan hasta

nosotros. Seguimos llamando modernas a estas ciudades hipodámicas, y antiguas a las que aun hoy conservan el atractivo misterio de sus anárquicas callejuelas. Fué realmente el inventor de la ciudad moderna.

"Si bien dicen que, desde mucho antes de Hipódamo, existían en el suntuoso Oriente. Sin duda, y como suele ocurrir con otros muchos logros del milagro heleno, llegó Hipódamo a su invento por otros caminos. Tal ocurre en varios casos análogos de gran relieve histórico, por ejemplo el descubrimiento de Colón. Abundan quienes, con espíritu de maliciosa erudición (en el fondo muy simple), pretenden disminuir el mérito de Colón intentando probar que los chinos, o los wikingos, u otros aun, habían visitado antes el ignoto Continente. ¡Peor para ellos! Habían puesto el pie, pero no la cabeza en América. Por eso no descubrieron nada. Carecieron de la conciencia de todo descubrimiento. Colón mismo supo que había descubierto algo, pero hasta su muerte ignoró qué.

"Los orientales habrán podido construir ciudades hipodámicas antes de Hipódamo, mas les habrá ocurrido lo que a las abejas constructoras de la ciudad de celdillas mejor calculadas del mundo, como que para ello inventaron, sin inventar nada, el cálculo infinitesimal, que sólo ha sido conocido en nuestro tiempo.

"Desde hace muchos milenios, millones de años antes de que existiera el hombre —porque las colmenas son mucho más antiguas que la humanidad—, han construido estas prodigiosas celdillas con su laboriosa y melosa inconsciencia, es decir, sin darse cuenta de nada. Verdad es que ese instinto que se fija en el cerebro de una abeja, y que realiza su cometido como si fuera una orden de la especie, es no menos misterioso e inexplicable que la inteligencia del hombre.

"Hipódamo no imitó a los orientales, sino que por su parte procuró crear un sistema que le permitiera situar fácilmente a los hombres que vivían en sociedad, en la clasificación y proporciones que cada clase de ciudadanos debiera, según su ideal de justicia colectiva, ocupar. Campesinos, artesanos y guerreros ocuparían sus previamente medidos y acotados sectores. Es decir, su celdilla, su cuadrícula en la colmena hipodámica. Sólo un tercio de la propiedad se entregaría a la apropiación privada, reservada exclusivamente a los campesinos, siendo el resto común y al servicio de la colectividad.

"Atraen las excelencias de este sistema. Mantiene Hipódamo la propiedad privada en la proporción que considera conveniente para estimular el trabajo de los agricultores, y se anticipa en cuanto al resto al concepto que creíamos modernísimo de la función social de la propiedad. Se trata de un comunismo que tiene que aceptar la pequeña propiedad campesina, como al fin, después de tantas luchas y violentas persecuciones contra los pequeños propietarios, ha impuesto la realidad a los tozudos leninistas.

"Este sistema se asienta sobre las bases de irrebatible lógica. Es sorprendente el comprobar que nada existe más grávido de lógica que las utopías. ¡La realidad, por el contrario, se nos presenta no pocas veces como absurda! ¿Será que lo que llamamos lógica es una utopía más o acaso la ingeniosa madre de todas ellas? Y es que, posiblemente, las cosas no son, *como debieran ser,* sino caprichosas creaciones para nuestro romo mirar, ya que nuestra perspicacia suele carecer de fuerza o de instrumentos para taladrar la aparente corteza superficial de la aparente lógica y penetrar en las profundas corrientes donde fluye la verdadera, cuya compleja urdimbre de factores y de matices se nos escapa.

"Cuando proyectamos hacer algo trivial o importante, procuramos ejecutarlo razonable, *lógicamente*. El fracaso frecuente de nuestra previsión no sólo nos aflige por el mal o perjuicio que se deriva, sino que nos irrita, en cierto modo, cual si hubiésemos sido víctimas de una injusticia o engaño, o si se hubiesen infringido, contra nosotros, las leyes fundamentales. También experimentamos una cierta inseguridad y desorientación en cuanto al camino a seguir. Nuestros ojos —razón— no han visto bien la imagen, nos han descarriado con un espejismo.

"Hipódamo soñó, utopizó, y su utópico sueño revela una abstracta y suprema realidad. ¡Oh, si pudiéramos hacer una Constitución política con esas nobles normas, pensadas puramente sin la más pequeña deformación o pacto con circunstancia alguna!

"No obstante, si bien todos vivimos desde Pericles en ciudades hipodámicas, no hemos logrado encajar la vida humana en sus cuadrículas. Las fronteras y sectores proporcionales del arquitecto utopista no han podido ser colocadas en ninguna parte. ¡Dos tercios de la propiedad para el Estado! Aunque eso se ha concebido hace XXV siglos, aún es demasiado revolucionario, política de vanguardia. ¡Qué escándalo! Menos mal que Aristóteles ponderó ese sistema como muy digno de su estudio intrínseco. De lo contrario creeríamos que Hipódamo fué un cretino. Ciertamente, si lo tomamos en serio, no podría un conocido aristócrata hispano ser dueño, él solo, de 40.000 hectáreas en la provincia de Cádiz. Precisamente en las tierras en las que floreció una de las más antiguas civilizaciones humanas, la de Tartesos, el noble hispano ha creado unas zonas artificialmente salvajes en las que cría el león, el tigre, el camello selváticos, para darse el heroico placer de herirlos con su fusil de repetición. ¡Pobre utopista Hipódamo!"

13

PASIÓN Y MUERTE DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Al iniciar este capítulo me embarga la emoción, ya que he de seguir las huellas postreras, las iluminadas estelas que el pensamiento de Don Miguel de Unamuno ha dejado en la pluma de algunos escritores y en el recuerdo de amigos y familiares. Desde su casa, convertida ya en prisión, hemos de recordar también tiempos lejanos de su vida. Al que va a morir le visitan con luz inefable escenas de su niñez y mocedad.

Uno de los testimonios que me inspiran más confianza es el de Federico de Onís. Muchos son los que se llaman discípulos de Don Miguel, pero pocos lo fueron de una manera tan directa y continuada en los tiempos en los que el insigne Rector de Salamanca estaba en la plenitud de su magisterio. La visión y la interpretación del antiguo discípulo y hoy ya eminente profesor retirado, es de anchas pinceladas exactas. Él nos

dice que Unamuno fué singular en todo, desde el pequeño sombrero flexible, del que ignoramos el secreto de dónde podría comprarlo a través de tan variadas modas; el chaleco y el traje siempre azul marino, sin corbata; los zapatos bajos cuando todo el mundo calzaba botas de invierno; singular en los métodos de enseñanza y aun en los de discrepar de la opinión de quienes le invitaban a hablar, lo que fué sin duda áspero método educativo. Cuando las gentes tienen una convicción suele ser tan absoluta que por lo mismo se hace errónea y cae en el fanatismo. Sus discrepancias combatían la visión simplista. Dice Federico de Onís: "Le invitaron los bilbaínos para que pronunciara un discurso en su calidad de vasco preeminente. Y fué Unamuno, en efecto. Entonces dijo como decía siempre: 'voy ahora a Bilbao y van a oír lo que les voy a decir'." (Hemos comentado sus opiniones sobre el idioma éuscaro en un capítulo anterior de este libro.) "A ellos les pareció muy mal porque entre otras cosas les manifestó que la lengua moderna de los vascos era el castellano y no había otra manera de ser vasco —no decía que no fueran vascos, él lo era absolutamente— que ser español; cuanto habían hecho los vascos a través de su historia, de sus empresas religiosas y de pensamiento, se realizaron como españoles; y además dijo que eran no sólo españoles sino los más españoles de todos, y que el deber del vasco era ser buen español, pues entonces adquiriría su valor más real y universal."

Este pensamiento de Unamuno, interpretado por Onís, en nada obsta al derecho de los vascos a regirse por sí mismos, a lograr la independencia dentro de una comunidad ibérica libremente asociada o confederada, que es, a mi modo de ver, el único camino posible de verdadera integración y engrandecimiento de España.

Recuerdo que Don Miguel, en varias ocasiones, me expresó su opinión de que el castellano había sido en buena parte obra de los vascos. Vardulos, vizcaínos y navarros o vascones, fueron a su juicio gentes del mismo origen, las extensas comarcas que empezaron a llamarse Castilla, por los torreones que las defendieron de los musulmanes evitando fueran tierra vacía de nadie, en el siglo x, nos dice la Historia y los cronicones —escasamente consultados por los que prefieren novelar a historiar— que esas tierras, que se ampliaban frente a los caballos de los conquistadores, fueron pobladas por vizcaínos y vascones. En la primitiva Segovia comunera existieron ya vastas agrupaciones vizcaínas.

Sigamos a tan magnífico discípulo de Don Miguel para sintetizar en estas páginas, en las que vamos a ver culminar su vida, cuál fué su actitud de elevada dignidad civil cuando se produjeron las juntas de defensa, primero y grave síntoma de descomposición; su vagar con curiosidad andariega por los rincones de España; su dominio de las grandes literaturas, anticipándose a señalar el mérito de personalidades americanas como Sarmiento y Martí, y de obras como *Martín Fierro,* que permanecían casi ignoradas; su amor y su minucioso conocimiento de las literaturas catalana, hispanoamericana y gallega, de las que recitaba de memoria grandes trozos; en suma, su capacidad genial de asimilación.

La obra póstuma de Unamuno la constituye —sin duda entre otras cosas dispersas— el diario poético de los últimos años de su vida, que va desde el 26 de febrero de 1928 al 28 de diciembre de 1936. Está escrito con su menuda letra en los papeles cortados en octavillas que solía usar. En todos puso la fecha, lo cual, unido a su clarísima letra, ha hecho posible el trabajo realizado por Federico de Onís, a fin de preparar la

edición de este *Cancionero,* hermoso canto de Don Miguel que consta de 1755 poesías. Está dedicado "al Dios Desconocido", invocación con la que encabeza estos versos:

Pues que soy, Padre, tu imagen
y a tu semejanza, he visto
que es buena esta pura obrilla
que de mi pecho ha salido;
en la frontera del cielo
y de mi Patria, la he escrito.

Titula la obra de varias manera: *Cancionero Espiritual, En la Frontera del Destierro,* o *En la Frontera,* o simplemente *Cancionero.* Predomina la sensación en verdad de que se encuentra en una frontera no tanto geográfica como espiritual. Siempre fué un Adelantado del Más Allá, espíritu fronterizo que ha mirado hacia el futuro ignoto con ansias de supervivencia. Empezó, efectivamente, sus postreras poesías en una frontera geográfica, en Hendaya, durante su destierro, en el que le acompañé. Le oí recitar muchas veces algunas recién modeladas, de las que aún fluía el agua maternal emocionada de su inspiración. Obra frondosa, llena de jugo y de misterio, aparece envuelta en una luz sagrada de ocaso, del ocaso trascendente y dramático de las noches sin mañana.

Voy a meterme en vereda
en saliéndome de casa
me voy a ver lo que pasa
me voy a oír lo que queda.

Dice Federico de Onís: "Corrió un día la noticia de su muerte. Preguntaban por qué se murió. Hay gentes que dicen que le mataron, pero no es así: no le mataron. Sencillamente, Unamuno tuvo que permanecer callado

durante tres meses, y el hombre que ya he descrito al principio tenía que morir por no poder estar callado." En realidad no cabe mayor asesinato que el de haberle matado enmudeciéndole, esto es, ahogándole, al impedir que pudieran surgir sus nobles, hermosas y cordiales ideas, en vez de comprenderlas y seguirlas como camino de salvación de uno de los instantes de exasperada locura colectiva que ha provocado el reaccionarismo español. En otro lugar de este volumen se ha trazado el cuadro trágico y torvo, como algunos caprichos de Goya, de la escena que los enemigos de la cultura, con su salvaje "Muera la inteligencia", suscitaron en la Universidad de Salamanca. Desde entonces Unamuno, por haber intentado una elevada cordialidad, por haber expresado su repulsa al crimen genocida, él, que aspiraba a defender la civilización, se vió recluído en su casa. Los policías le rodeaban. Protestaba él en ocasiones con violencia contra aquellos individuos que practicaban su vil cometido con ostentosa y degradante tosquedad. Otras veces se hundía postrado, lleno de desaliento y desesperación. Por eso creo que Unamuno murió de angustia al sentirse prendido en la trampa siniestra de un régimen de violencia y contemplarse sin libertad, con su pensamiento encerrado entre los muros de su casa. Esta noble angustia no admite palabras triviales; es la enorme y sublime tragedia del Prometeo español encadenado en su roca salmantina.

He sido testigo de un episodio que en mi sentir explica su muerte por angustia. Encontrábame en mi casa de Hendaya allá por el año 1928, cuando me avisaron con alarmada urgencia por teléfono de que Don Miguel, que se encontraba en el *Bureau de Postes* próximo al pueblo, había caído al suelo sin sentido. Acudí inmediatamente con un médico, y cuando llegamos

todavía permanecía en aquella situación. Lógicamente, creí que su estado era gravísimo. El médico, que era un hidalgo vasco-francés, cuyo apellido lamento no recordar, lo auscultó detenidamente, me dirigió una mirada tranquilizadora y dijo:

—Don Miguel no tiene nada grave. Su pulso es casi normal, aunque muy nervioso, sin que revele flaqueza del corazón.

Pronto recobró Don Miguel el sentido y me dijo:

—No es nada importante. He sufrido un ataque de angustia. Siento una inmensa ansiedad que me hace vivir en sobresaltos. ¡España es la que está grave por su inercia para soportar gobernantes idiotas!

Este episodio puede explicar hasta qué punto la extremada complexión nerviosa de Unamuno, su espíritu azotado por temores, podía sentirse oprimido, ahogado, en sus íntimas preocupaciones. Esta angustia nos la describe él mismo en las octavillas de su *Cancionero*. He aquí el desgarrado treno del dolor moral que le llevaba a la muerte:

Horas de espera, vacías;
se van pasando los días
sin valor,
y va cuajando en mi pecho,
frío, cerrado y deshecho,
el terror.

Se ha derretido en engaño
¡alimento me fué antaño!
¡pobre fe!
lo que ha de serme mañana
... se me ha perdido la gana...
no lo sé! ...

Cual sueño de despedida

ver a lo lejos la vida
que pasó,
y entre brumas en el puerto
espera muriendo el muerto
que fuí yo.

Las poesías inspiradas en la frontera del más allá, fueron escritas sucesivamente, sin ser por de pronto numeradas, divididas sólo por la fecha o a veces por una rayita. La poesía más antigua que hay en él es el número 5, que lleva la fecha 26-II-1928, mientras que la 1, lleva fecha posterior, 1-III-28, y las tres siguientes, 2, 3 y 4, no llevan fecha. Cree Onís que Unamuno fijó ese orden cuando años después, el 3 de octubre de 1934, numeró las octavillas y las poesías del manuscrito. En ese día puso esta nota:

"Releyendo aquí, en Palencia, mis cantares fronterizos de hace seis años, para ordenarlos hoy, 3-8-1934, en que mi hijo mayor, Fernando, hace sus cuarenta y dos años. Ella murió hace dos meses y medio y tres días."

De esa nota infiero el título que debiera adoptarse para la obra póstuma y genial: *Cancionero Fronterizo.*

Su vida bordeó esa frontera cortada del abismo de horizonte oscuro para sus pupilas, enigmático, en el que sólo se puede penetrar con la inteligencia. Conforme avanzaban los años se fijaba más en esa frontera trascendental. La muerte de su mujer le situó definitivamente en ese lindero. Contó el tiempo desde el amargo suceso: "Ella murió hace dos meses y medio y tres días", dice en la nota en la que ordena unas canciones impregnadas de su ansia de perduración. Pienso en que esas canciones lanzadas por él nos la devuelve el eco del más allá. Juzgo con el compilador de las poesías póstumas, que constituyen la obra más importante, de más elevada inspiración, de Unamuno. No sólo es por

sus anteriores trabajos la figura que se destaca con trazos perennes y firmes en el horizonte ibérico, sino que por sus canciones fronterizas llega a la jerarquía de poeta máximo de su época.

"En rigor —juzga Onís— el libro es un gran poema, y cada una de las canciones que lo integran, tan varias en valor, forma y tema, adquieren pleno sentido dentro de él. Hay que mirarlas como estrofas del aparentemente caótico e informe poema, tal y como Unamuno las vió, como momentos de una vida que acaba. De ese largo irse muriendo que llamamos vejez y que es un renacer."

Con su voz de poesía nos lo dice Unamuno:

> Vuelvo a cantar de nuevo mi primera canción . . .
> el alma de mi vida cantando se cerró
> y hoy en mi dulce ocaso se abre la canción.

Antes de recluirnos en la que él llamó "casa trocada en cárcel", deseo recordar palabras suyas que nos ayudarán a comprender su martirio y su muerte por angustia. Transcurría una de esas tardes del año 1926 en la que nos envolvía la suave y alegre luz del País Vasco en Hendaya, en aquellos tiempos que fueron de grandes ilusiones para él como para mí. Vibraba entonces el sol para ambos con plenitud. Su preocupación por España adoptaba en ocasiones la agudeza de una dolencia cardíaca. Gobernaba a España, en aquel tiempo, una dictadura pintoresca, pero trágica, porque en aquellos primeros pasos que el observador superficial acaso haya considerado intrascendentes, estaba todo el derrotero de decadencia, de catástrofe, de sangre, que nos ha conducido a la situación actual.

—Mire, Eduardo —me decía—, los enemigos larvados que tiene España, los cuales muchas veces ni se dan

cuenta de que lo son, y en todo caso jamás lo confiesan, no la combaten ya directamente como en el siglo XVI, cuando fué la primera potencia militar de Europa. Ahora se aprovechan de que es un país en el que habiendo muchos hombres de talento, hay muy pocos inteligentes, ni con voluntad de sacrificarse por el bien común. Siempre hemos estado indefensos a causa de nuestros gobiernos ineptos. La opinión es vehemente, pero acude al engaño, al trapo rojo de sus pasiones más que de su conveniencia. Los enemigos actuales de España saben bien que cuando ésta marcha por cauces orgánicos, con instituciones libres, alcanza una poderosa eficacia internacional. Tenemos, además, un rey no sólo obtuso, sino extranjero. A través de varias generaciones de haber nacido en España, el injerto borbónico no ha perdido ni el acento de Versalles ni su honda calidad exótica. Estamos regidos por un galicismo que, al no sentir la tierra, acude con facilidad a los estímulos exteriores. Las intrigas de la diplomacia inglesa y francesa se encaminan, desde hace mucho tiempo, a impedir que España se desenvuelva y consolide por medio de instituciones modernas y estables, que son las únicas que fortalecen el prestigio y la personalidad nacional. Saben bien que sojuzgada por regímenes grotescos e inferiores pierde toda autoridad moral en el exterior y dentro también se degrada en tinieblas retardatarias. También a otras importantes naciones les agrada que pierda su autoridad moral en Hispanoamérica. Por eso las hábiles intrigas de las cancillerías han empujado al rey hacia la dictadura. Alfonso XIII declaró que quería también tener su Mussolini. El propósito de los adversarios tradicionales de España es el de encerrarla en un calabozo de cuya llave disponga un dictador. Se llaman, sin embargo, superpatriotas porque favorecen

estas soluciones aunque son traidores, quiero creer que inconscientes. Están llevando a España a la más baja sima de decadencia y desprestigio. Si seguimos este andar pronto veremos que sólo quedan en España un General y un Arzobispo, los que acabarán por pelearse a baculazos y cristazos limpios o a espadazos. Francia, país *soi disant* de la libertad; Inglaterra, la nación de más antiguas formas democráticas, han apoyado siempre en España movimientos ultra reaccionarios. ¡Qué dirían los franceses, si en el momento crucial de su ascenso como nación-pueblo les hubiésemos enviado desde España unos hipotéticos *cien mil hijos de San Fernando o de Isabel la Católica* para fortalecer en el trono a Luis XVI! Eso hicieron, sin embargo, ellos, cuando los liberales españoles tenían dominado a Fernando VII. El duque de Angulema y sus llamados *cien mil hijos de San Luis* invaden España y derrumban el triunfo popular y democrático de los españoles en 1823.(* y **)

(*) *Entre tantas interpretaciones coincidentes con las que Unamuno me exponía en 1928, apelo al reciente libro de* Historia de España *de Antonio Ramos-Oliveira. "Preguntémonos ahora: En ese conflicto secular español ha tomado pie un público superficial para concluir que cuanto en el orden político y social acontece en la Península Hispánica, carece de sentido o se origina en una incoercible afición de la raza a la guerra civil. Recordemos, sin embargo, que hasta el siglo XIX Inglaterra y Francia padecieron mayor número de años de guerra civil que España... Preguntémonos ahora: ¿por qué no logra España llevar a término feliz su Revolución? La Historia juzgará tal vez con severidad a los liberales españoles, pero habrá de tener presente que su obra ha sido perturbada por las intervenciones extranjeras. Al pueblo español se le ha negado el derecho a la revolución, es decir, el derecho a cambiar la clase directora. En el siglo XIX español se produce un acontecimiento decisivo que determina el ritmo político de la Península para 1823. La invasión del ejército del duque de Angulema, que ocupa el país hasta que la reacción vuelve a afirmarse en el poder, pone fin al proceso renovador y reentroniza en el mando a las clases y estamentos sociales que en la Guerra de la Independencia se habían acreditado incompatibles con la salud y el progreso de España. Cuando penetraron*

La última visita de Europa

Cuando se produjo la rebelión militar contra la República, Unamuno se encontraba en Salamanca. Precisamente fué en ella donde le vi por última vez, cuando asistí, en representación del Ayuntamiento de Madrid,

---

—y por eso penetraron— en España los llamados cien mil hijos de San Luis, *los liberales eran dueños de la situación: estaba el rey Fernando sometido; Espoz y Mina sofocaba los últimos latidos de la rebelión en el norte... La ominosa década fernandina (1823-1833) —que hubiera sido imposible sin la invasión extranjera— fué pues un accidente gravísimo en la historia moderna de España. La nación retornó a los días de Carlos II. Todo el progreso moral e intelectual debido a los reyes y políticos del siglo XVIII, quedó anegado por la ola de vesania y plebeyez que tuvo su centro en la Corte. Al despotismo ilustrado sucedió una tiranía inculta. Los liberales que no perecieron en la rebelión (fueron ahorcados más de seis mil) emigraron, y en Londres se hicieron famosos por sus andrajos los refugiados españoles que se daban cita en Leicester Square."*

Las palabras de Unamuno que en el texto consigno, profetizan lo que ocurrió poco después de su muerte. Una vez más Europa se iba a ocupar de España para cortar su evolución política y apoyar a una pequeña minoría reaccionaria derrotada en cuatro elecciones generales, reiterado testimonio de la voluntad nacional. Intervienen militarmente la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, y, lo que es aun más ominoso y degradante, las fuerzas marroquíes de las jarkas bereberes, disciplinadas y dirigidas por militares españoles. España, tanto en el período de esplendor de la civilización musulmana de Córdoba, como desde la España unificada por Isabel la Católica, ha vivido amenazada por las periódicas invasiones del salvajismo. Más exactamente, diríamos, por las reacciones de un primitivismo que ferozmente se oponía al progreso y que tanto en el Ándalus musulmán como en la España cristiana reaccionaba sañudamente —con la que las crónicas llaman "saña vieja"— al avance de sus respectivos pueblos. La historia de España, que cada vez es más urgente contemplar bajo nueva luz, nos revela que ya en la Córdoba islámica de los siglos X al XIII hubo dos Españas también. La última invasión marroquí no ha sido de almorávides, benimerines o almohades, sino de tribus africanas bereberes con un Corazón de Jesús en la chilaba y conducida por militares españoles. La democrática Inglaterra ayudó con pérfida diplomacia a la rebelión contra la República. Puso un avión a disposición del general Franco para que se trasladase al África española a fin de sublevar las tropas contra la República, y luego inventó la absurda doctrina de la "no intervención".

que me hizo el honor de conferirme esa misión, al acto en que el Presidente de la República, a la sazón Alcalá-Zamora, y otros ministros, le dieron posesión del cargo de Rector vitalicio de la centenaria Universidad. Salamanca es hoy una ciudad levítica, y en ella predominaron desde el primer momento y sin lucha los

---

La democrática Francia también procedió como si la rigiese el duque de Angulema. El gobernante socialista Léon Blum impidió que pasasen la frontera desde Hendaya los trenes con material de guerra, que hubieran permitido defender el país vasco. El pueblo español progresa con lentos esfuerzos. Cuando llegan a triunfar sus ansias de renovación, siempre moderadas y discretas, la intervención extranjera la obliga a retroceder más de cien años. Y así, y de la misma manera que en 1823 interviene Francia para imponer en el trono a Fernando VII (después de haber decapitado a su Borbón), en 1939 las naciones europeas, unas, las totalitarias, por acción militar directa, y otras por apoyo indirecto, diplomático pero no menos eficiente, dan el triunfo al general Franco. Hagamos constar que este triunfo es antiespañol, medularmente inspirado en odio y rencor a España. Las cuatro elecciones ganadas por la democracia española demuestran el carácter (de la rebelión) opuesto a la voluntad nacional. Sirva esta nota para ampliar hasta este momento la trayectoria histórica que confirman las palabras de Unamuno.

(**) *En cuanto a la singularidad de los métodos de enseñanza de Unamuno, que se anticiparon a los que hoy predominan, reproducimos estas palabras de Federico de Onís: "Unamuno sabía griego, naturalmente. Por eso tenía su cátedra. Al ir a dar clase a sus alumnos les indicaba un libro que todos debían tener. Y en esto consistía su manera de enseñar: en que los alumnos estudiaban griego por un libro de la literatura griega, no por una gramática. La gramática griega no la vimos en todo el año; no se habló jamás de gramática. En su clase de griego, en sus explicaciones, jamás pronunciamos la palabra 'técnica de la gramática'. No sólo no se aprendió a conjugar, sino que nunca se decía: esto es* futuro, *ni es* perfecto *o* imperfecto. *Decía despectivamente que la palabra más fea que había en castellano era la de* pluscuamperfecto. *Leíamos no un libro preparado para aprender griego, sino un texto cualquiera... Traducía literalmente. No decía 'segunda persona del futuro', decía 'tendrás'. De esta manera distinta nosotros aprendimos griego. Pero él hacía lo mismo, que era aprender también, pues él nunca leyó el mismo libro dos veces. Este procedimiento que Unamuno empleó por primera vez —lo mismo que los zapatos—, se ha impuesto en casi todo el mundo. Se está prescindiendo de la gramática; se hace el estudio de las lenguas practicándolas... En esto, como se ve, también Unamuno fué un precursor."*

reaccionarios rebeldes. Unamuno se vió atrapado, sin medio alguno para salir de aquella zona. Su espíritu independiente procuraba situarse en todo momento fuera de toda coacción que limitase, directa o indirectamente, su libre albedrío. En aquellos momentos careció de datos también para calcular la trascendencia del movimiento rebelde. Lo interpretó como un episodio político fugaz, como uno de tantos pronunciamientos militares desdichadamente característicos de nuestra vida pública. Unamuno había discrepado hondamente de los que estimó errores de la República, pero es inexacto el afirmar, como algunos han hecho, que estuvo contra ella. Su personalidad es tan magna que se encuentra por encima de estas nubes bajas y turbias de las banderías políticas que quieren disputarse su nombre. La República contó siempre con la colaboración, de sumo valor, de sus consejos, tanto desde su escaño de diputado como desde las columnas de la prensa en sus frecuentes artículos. No era realmente orador político, ni menos parlamentario. Sorprendido en la siniestra trampa que el destino puso a su paso, se mostró decididamente opuesto a los métodos de Franco y al movimiento llamado nacional. Arrastró los mortales peligros que en aquel minuto de bárbaras pasiones se habían desencadenado. En otro lugar de este libro se relata con detalle su trágico choque con la burda reacción enemiga de la inteligencia anticristiana aunque otra cosa proclamara, cuyo siniestro campo de batalla fué el Paraninfo de una de las Universidades más antiguas de Europa. Para aludir ahora sintéticamente a esa escena, como lógicamente conviene para decir lo que me resta, prefiero acudir a pluma ajena. "La ruptura vino el 12 de octubre, última vez en que apareció como Rector de la Universidad, al celebrarse la fiesta de

la Raza. Intentó hablar; y fué interrumpido por el grito del general Millán-Astray: '¡Muera la inteligencia!' En medio del tumulto que se produjo alcanzó a decir: '¡Venceréis pero no convenceréis!' Su corazón sufrió al verse envuelto, después de tantos años de noble labor profesoral, por una turba de estudiantes que intentaron agredirle. Surgió ante su vista asombrada la trágica confusión. El sello de cristianismo, que no precisamente en su sentido religioso, sino en el expresivo de una civilización, quiso él poner a una política de orden y conciliación entre los españoles, se había convertido en un odio primitivo, en aquella 'saña vieja' de que hablan antiguas crónicas. Fué un día de bochorno, signo de la última decadencia, en una Universidad que había olvidado las aulas tolerantes de Fray Luis de León y de Francisco de Vitoria."

Don Miguel hubo de recluirse en su domicilio. Él, espíritu viajero, se iba a ver ya confinado hasta la muerte entre los muros de su casa.

Varias veces he estado en lo que llamaremos biblioteca y despacho de Don Miguel de Unamuno, pieza principal de la amplia casona que habitó durante muchos años. Este salón se encontraba en la planta baja. Las paredes todas, hasta el techo, aparecían ocupadas por librerías abiertas y sencillas, repletas de libros. Él sabía dónde estaba cada volumen. Poseía un orden innato que a otros hubiera parecido confusión. Su memoria era tan precisa que recordaba el lomo de cada volumen y el espacio en el que aguardaba que su mano lo requiriese. La habitación estaba casi vacía de muebles. Grandes ventanales la iluminaban. Algunas sillas a lo largo de los muros, y descentrada hacia un rincón, una *camilla* cubierta con un tapete de largas faldas verdes, bajo la que ardía un brasero de cisco de orujo, del

que emanaba el especial olor de la habitación. Sobre el redondo tapete de la *camilla* aparecían, en orden, papeles y libros, así como un palillero que él mismo construía para colocar su pluma. Lo hacía tajando con el afilado raspador —ya desaparecido entre los objetos de escritorio— dos cañas, una más estrecha que la otra, para que pudieran encajar. Allí colocaba sus plumas, pues nunca le vi emplear la estilográfica. Este sencillo adminículo lo hacía con la misma destreza manual con la que doblaba finamente el papel para formar sus bellas estilizaciones de cocotología.

Una vez recluído en su casa-cárcel, pocos se atrevían a visitarle. Lo hicieron especialmente algunos falangistas, que trataban de conquistarlo para su causa y con los que mantuvo violentas, acres discusiones. Después de la escena antes descrita había sido fulminantemente destituído de su cargo por el gobierno de Burgos.

Una de sus hijas, María, que actualmente vive dedicada a la enseñanza en Connecticut, New London, en los Estados Unidos, me escribió en carta del 22 de enero de 1956 que, "después del choque ocurrido en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, con motivo de la fiesta de la Raza, los hijos tenían miedo de lo que pudiera suceder, y por ello le pidieron a su padre, y casi le impusieron, que se quedara en casa y hablara lo menos posible con la gente, lo que era mucho pedir para su temperamento, y estaba deseando que le visitase cualquier amigo para desahogarse".

Efectivamente, la soledad de Unamuno era aun más amarga que la carcelaria, porque los auxiliares de las prisiones modernas tienen un deber de solidaridad y educativo en su caso. Mas la prisión de Unamuno, aparentemente voluntaria, como provocada por la amenaza, estaba guardada por vigilantes hostiles que habían

recibido orden de no dejarle en manera alguna salir. Abrigaban las autoridades franquistas el temor de que lograse escapar a Portugal y llegar a Francia, donde, con su autoridad moral, podría desarrollar campañas funestas para la causa reaccionaria. Desde luego las visitas que recibía eran escrupulosamente vigiladas.

Recibió una que intentó aprovechar para comunicarse con la opinión libre del mundo. Aunque le constaba que su visitante, insigne escritor, periodista y académico francés, solía practicar la peor de las parcialidades: la venal. En la firma estuvieron durante muchos años unidos los hermanos Jerome y Jean Tharaud. El primero de éstos había ya muerto. Al estallar la guerra civil española el superviviente Jean publicó en *Paris Soir* informaciones que recogió luego en un libro bajo el título incomprensivo e injusto de *Cruelle Espagne*. La parcialidad se revela en los comentarios y hasta en los matices. Tharaud visitó primero la zona republicana. A su regreso a París publica una serie de artículos tendenciosos —se trata de un hábil escritor—, falaces e injustos contra los republicanos. Esta parcialidad le proporciona ya el libre y confiado tránsito por la zona rebelde. Uno de sus capítulos, el último, está consagrado a su visita a Salamanca y a la importante conversación que mantuvo con Don Miguel de Unamuno. Lo titula "El Desesperado". No debemos desdeñar la visión que su pluma nos transmite de la Salamanca de esos días, anegada por una ola de fanatismo y de sangre. He aquí su estampa: "Salamanca, la antigua ciudad de iglesias y conventos, como se ve tanto en España, y de la que la vida se ha retirado poco a poco. Su Universidad, casi tan antigua como la de París y que rivalizó con ella, no cuenta hoy más que con algunas centenas de estudiantes. Se pasea uno por calles

estrechas de piedras doradas, deliciosas de soledad y de silencio, y desentona extrañamente en esa atmósfera eclesiástica, la visión de oficiales, soldados, marroquíes, burgueses ventrudos con gorro de policía y con nuevos correajes, porque, en este momento, todo el mundo en España quiere adoptar aires guerreros, y los que no se enorgullecen ostentando un revólver en el cinto, llevan al menos una porra en la mano o una matraca de caucho. Los sacerdotes mismos tienen aire belicoso, con su chambergo de largos pelos negros y su capa a la espalda, sobre la sotana, que levantan en la mano con gesto desenvuelto."

"En el barrio más aristocrático y más conventual de la ciudad llegué ante la casa, sencilla y de buen aspecto, en la que habita el ilustre escritor y Rector de la Universidad Don Miguel de Unamuno. Una mujer joven me introdujo en una especie de locutorio monástico, perfectamente limpio, luciente y frío, con sillas contra los muros, un retrato del dueño de la casa inspirado en la vieja escuela española, y frente a una ventana embellecida por un cielo muy azul, una pequeña mesa redonda cubierta por un tapete verde que caía hasta el suelo. Casi inmediatamente llegaba Unamuno. Desde que entró quedé sorprendido al ver cómo en el espacio de algunos meses se había mudado en otro hombre. Este vasco, de rasgos duros, de pelo revuelto, caminador infatigable que se paseaba siempre con la cabeza descubierta a pleno sol y representaba un magnífico tipo de su raza, era en aquel momento un anciano. Pero lo de menos era su vejez. Lo que le hirió sobre todo fué una tristeza torva que reemplazaba en su cara la antigua sonrisa sardónica. Nos sentamos ante la mesita del tapete verde. La mujer joven que me había introducido volvió con un brasero que colocó en el hueco

que para eso tenía la mesa, y después bajó con cuidado el tapete sobre nuestras rodillas. En el aire helado de la habitación, pero con las piernas calientes, nos pusimos a hablar.

"—Ya sabe usted —me dijo inmediatamente— que he caído en desgracia. Sí, me han destituído por palabras muy inocentes de las que en modo alguno reniego. Mas, esperad, esto va a ser más sencillo. Voy a buscar un manifiesto que acabo de redactar y que expresa todo mi pensamiento.

"Dicho esto se levantó, salió de la habitación y volvió casi inmediatamente con un papel en la mano.

"—No tengo copia. Sin embargo, si usted quiere, mientras hablamos le voy a hacer una, porque desearía mucho que se divulgase mi opinión.

"Requiriendo una pluma inició su trabajo con aplicación de escolar."

Manifiesto póstumo de Unamuno

Es importantísimo conocer las últimas ansias de amor a España, la proyección hacia el futuro con los que quiso romper los muros de su cárcel doméstica. No podía ignorar que el mensajero que le deparaba el destino y que él no pudo elegir era equívoco. Voy a expurgar el texto de Tharaud de los matices que son acomodaticia conveniencia del periodista. Mas en el rescoldo brilla el oro puro e inequívoco de la palabra y el pensamiento de Unamuno. Tampoco cumplió Tharaud con la voluntad del "desesperado". Un mes durmió el manifiesto en los bolsillos del periodista. Sólo cuando un mes después la muerte dió trágica actualidad al nombre del insigne pensador, lo publicó. Lo hizo, claro, en

francés, y ahora devolvemos a su idioma natal las que reconocemos como inequívocas y sagradas palabras del Rector. Son, por fortuna, tan definitivas y tajantes que no admiten duda ni atenuaciones, sea cualquiera el ángulo desde el que la hábil táctica de Tharaud quiera contemplarlo. Empieza así el manifiesto:

"Importaba ante todo salvar la civilización occidental cristiana y con ella la independencia nacional." Unamuno interrumpe su copia, y levantando la cabeza, dice: "insisto en esta expresión de *civilización cristiana.* He sido yo quien ha encontrado y puesto en circulación esta fórmula que Franco repite ahora como un *leit motiv,* aunque lo contradiga en todos sus actos".

Sigue el manifiesto:

"El gobierno de Madrid me destituyó de mi cargo de Rector, pero el de Burgos me restableció en mi función con grandes elogios. (Estaba entonces aterrorizado —interrumpe Unamuno— por el carácter que tomaba esta espantable guerra civil, que se engendra en una enfermedad mental colectiva, en una epidemia de locura, en un *subtratum* patológico.)" Continúa el manifiesto: "Desde el punto de vista religioso esta guerra civil es debida a una profunda desesperación, característica del alma española, que no llega a descubrir su fe, y también a un cierto odio contra la inteligencia, que suele acompañar al culto de la violencia por la violencia."

Comenta Unamuno, dirigiéndose a su interlocutor:

—¿Conoce usted el sentido de nuestra palabra *desesperado*? El desesperado es un hombre que no cree ya en nada, ni en Dios, ni en los otros, ni en él mismo. Somos un pueblo de desesperados. Hay dos especies de españoles, pero que bien mirados no hacen sino una. El creyente, el católico, no es a menudo más que un

pagano adorador de imágenes, de la Virgen y de los Santos, que le sirven de refugio contra sí mismo. Del otro, el descreído que odia a los curas que no han logrado comunicarle la certidumbre por la que suspira. Ya nuestras viejas historias y romances hablan con palabra antigua de "el desesperado".

Sigue escribiendo Don Miguel:

"El salvajismo inusitado de las que aquí llaman hordas marxistas, rebasa toda descripción, y los que dan el tono no son ni los socialistas, ni los comunistas, ni los sindicalistas, ni los anarquistas, sino las bandas de malhechores, de degenerados, de evadidos de prisión, de criminales sin ninguna ideología. Pero la reacción natural contra todo esto está adoptando, la mayor parte de las veces, desdichadamente, un carácter opresivo. Se está instaurando un régimen de terror. España está literalmente espantada de sí misma. Y si no se detiene a tiempo, llegará al borde del suicidio moral. Es de esperar que el gobierno de Burgos tendrá el valor y la autoridad de oponerse a los que quieren establecer otro régimen de terror."

Luego, con sarcasmo, comentó Tharaud:

—Pero ¿tendrá ese valor?

—Esta misma mañana uno de mis amigos me decía: "Los rojos matan a todos los blancos y los blancos matan a todos los rojos. Si los rojos ganan, anarquistas y comunistas se exterminarán los unos a los otros. Si por el contrario triunfan los blancos, los falangistas querrán aniquilar a los requetés y los requetés a los falangistas. Los jesuitas tratarán de restablecer la Inquisición para quemar a todos los sobrevivientes, a menos que Franco no haga degollar a los jesuitas con las gumías de los marroquíes. Pero ¿quién matará a los marroquíes . . . ?"

Tharaud dice que el manifiesto contesta a esta *boutade* en el tono serio, propio de los españoles, poco amigos de ironías y sarcasmos.

"Al principio —sigue el manifiesto— se ha dicho con muy buen sentido que este movimiento no era un movimiento de partidos, ni un movimiento militar, sino una cosa profundamente popular y que, en consecuencia, todos los partidos nacionales antimarxistas debían olvidar las diferencias que los separaban para unirse bajo la dirección de un jefe militar sin prejuzgar el régimen político que se establecería definitivamente. Sin embargo los partidos han continuado en yuxtaponerse sin fundirse. Renovación Española, Monárquicos Constitucionales, Monárquicos Tradicionalistas, Antiguos Carlistas, Acción Popular, Monárquicos Unidos a la República y los numerosos republicanos que se han negado a entrar en el Frente Popular. A estos últimos añadiríamos los falangistas, partido político aunque niega serlo, y que no es otra cosa que el fascismo italiano muy mal interpretado a mi modo de ver."

Aquí Unamuno se interrumpió un instante para decir:

—¡Ah, el fascismo! ¡Lo odio!

"La Falange comienza a querer absorber a los restantes partidos y pretende dictar el régimen del futuro. Y yo, por haber manifestado el temor de que esta oposición de partidos pueda aun aumentar el terror —es decir, este miedo que España tiene de sí misma— y hacer más difícil la verdadera paz; por haber dicho que vencer no es convencer, ni conquistar convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos, que me había restituído en mi Rectorado vitalicio con elogios, me haya destituído también de mi cargo sin haberme oído ni aun dado ninguna explicación. Y esto,

como es lógico, me permite juzgar de una manera positiva lo que está pasando.

"Si el Movimiento hubiera sido leal a la fórmula mía de salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional para que España no esté sometida ni a Rusia ni a ninguna otra nación, todo habría marchado bien. Mas, en realidad, estamos en trance de librar sobre nuestro territorio nacional una guerra internacional; y en estas circunstancias es también un deber el aportar una paz de persuasión y de conversión y de llegar a la unión moral de todos los españoles para rehacer esta patria que vamos a ensangrentar, a vaciarla su sangre, arruinándola, envenenándola de odios y embruteciéndola. Por eso debemos impedir que los reaccionarios vayan más allá de la justicia y de la humanidad como han hecho tantas veces. Es un camino reprobable el de que los sindicatos que llaman Nacionales (tal es el nombre que se da a los falangistas) pretendan dominarnos por la fuerza y la amenaza, obligando por el terror a afiliarse a todos aquellos que no son ni convertidores ni convertidos. ¡Qué triste cosa sería que el régimen bolchevista bárbaro, antisocial e inhumano tratase de ser sustituído por otro régimen igualmente bárbaro, antisocial e inhumano de servidumbre total! Ni lo uno ni lo otro, porque en el fondo son la misma cosa."

Don Miguel, nos cuenta el periodista Tharaud, había acabado de recopiar su manifiesto.

Aún conservan gran trascendencia las postreras manifestaciones de Unamuno, que tienen solemnidad de testamento y clamor profético. Con ellas se dirige el futuro de España. Conocedor del pensamiento de don Miguel, he separado de las actitudes circunstancialmente intencionadas del periodista todo aquello que resul-

taba extraño a Unamuno y con lo que, el escritor obligado a mantener una tendencia, intentaba deformar el claro sentido de sus agónicas palabras. Por fortuna, lo añadido o mal interpretado era circunstancial y accidental. El oro puro de la voz de Unamuno perduró a través de todo lo accidental, y aún ha de ser escuchado como sus poesías, que nos devuelven el eco del más allá. Recojo palabras literales.

La visita del hermano Tharaud superviviente fué la última que Unamuno recibió de Europa. El ansia dramática con la que Unamuno entregó aquellas cuartillas en que encerraba su emoción de verdad y su amor a España para dar un severo consejo transido de angustia, no fué atendida. Eran los hermanos Tharaud hombres formados en esa cultura extremada pero volátil y superficial, irónica y escéptica, que caracteriza ciertas formas decadentes francesas. Pluma elegante, desdeñosa, diestra en la esgrima periodística, sensible en las emociones, pero despiadada. Tharaud no comprendió la grandeza del Prometeo al que había contemplado en su cárcel doméstica, y si alcanzó a valorar la fuerza tremante de la flecha que Unamuno, aprisionado, le pedía lanzase a la opinión mundial, ello no interesaba al aspecto *práctico* de su viaje por aquellas tierras apasionadas, encendidas en dolor y sangre. Pasó un mes sin que el manifiesto fuese publicado. Mas al cabo de esos treinta días Unamuno murió, y entonces las cuartillas escritas de su puño, al alcanzar un valor de primera plana de actualidad, indujeron a Tharaud a imprimirlas, aun con la escoria y ganga de la que yo las he depurado.

Las palabras fundamentales parecen grabadas en bronce. En ellas palpita el alma unamunesca, el dolor del cogollo de su corazón, que fué siempre España.

¿Cómo un hombre sensible, puesto que era artista, pudo guardar la queja angustiada del prisionero, del *desesperado,* de Salamanca? Al menos su pensamiento, su grito de prevención y de tortura se han salvado. Cuando se despidió del último visitante del París que con él recorrí tantas veces, Don Miguel le preguntó si conocía el soneto de Gerardo de Nerval que tituló "El Desdichado". Entre ambos lo recitaron, ayudándose mutuamente sus memorias. Son versos también de desesperación.

Je suis le tenebreux, le veuf, l'inconsolé,
le Prince d'Aquitamie a la tour abolie...

Y comenta: "En estos versos en los que Don Miguel ponía una suerte de fervor, reaparecía bajo nueva forma el tema del desesperado que era en aquella hora el fondo de las ensoñaciones del anciano desencantado."

Dejemos a un lado, ya que no es de este lugar, el señalar lo injusto y lo incomprensivo del título *Cruelle Espagne.* La ola de crueldades miserables, hórridas, que invadieron las zonas que se han ufanado de ser las más cultas de Europa, nos harían recordar sólo, en todo caso, que tenía razón Quevedo cuando calificaba al hombre del más feroz de los animales. Mas lo cierto es que un hombre refinado y sensible como el escritor Mr. Tharaud, capaz de comprender la trágica tortura de uno de los espíritus más eminentes de su época, dió la marca de un tipo más profundo y desolado de crueldad, que es la indiferencia y el olvido.

Las visitas de Unamuno

Eran muy pocas las personas que llamaban a su puerta. Una de las más frecuentes era la de un profesor de la Escuela de Comercio de Salamanca, de apellido Aragón. Falangista, posiblemente por forzada adaptación de las circunstancias. El ambiente era violentamente coactivo. Mas, en realidad, carezco de informaciones exactas sobre este personaje del que hasta ignoro el nombre de pila y el segundo apellido. Sólo sé, por la misma información familiar y citada, que Don Miguel lo consideraba un buen amigo. Intentaba el señor Aragón calmarlo y convencerlo. Fracasaba en ambos objetivos. Sus argumentos y anatemas contra Falange y contra la sangrienta actuación de la zona franquista, se atropellaban en su boca hasta el extremo de que su faz se congestionaba peligrosamente. Su estado patológico, en el que amenazaba un derrame cerebral, se agravaba evidentemente con tales excitaciones. Sin embargo, al estar solo, recaía en una agitada ansiedad no menos peligrosa, ya que quería desahogarse con el deseo de que sus admoniciones lograran por uno u otro camino evitar la criminal carnicería al final de la cual columbraba el suicidio de España.

Fuera de esos momentos polémicos Don Miguel permanecía silencioso. Lo que más le consoló durante sus tres meses de clausura que precedieron a su muerte fué que le visitaba la inspiración que le venía de lo alto. Le nacían las canciones, según dijo en una de ellas: "Cada día que pasa nos deja una canción", y en otra: "acoplando coplas se me van las horas".

Ciertamente, hombres como don Miguel nunca están solos. A él le acompañaba su arcángel, como alguna vez

dijo, su inspiración, que según le oí años antes en París: "se le salía del cuerpo y le hablaba desde fuera. Mi vida —añadía— ha consistido en un diálogo perpetuo con ese ser que me habla, que me dicta versos y con el que a veces lucho". De ahí el íntimo *monodiálogo* de Unamuno. Así pudo cantar:

Coge el alma el rato que pasa
y la encierro en una canción;
tengo todo un tesoro en casa
y la casa en el corazón.

El mes que transcurrió después de la última visita de Europa fué principalmente consagrado a cazar las canciones que le revolaban en torno a su cabeza. No, no le ocurría lo que a Don Quijote, de quien, en muchos aspectos, era resurrección. En los nidos de antaño seguía habiendo pájaros hogaño. Vivía poseído del ansia de perennidad que florecía en sus versos y que en ocasiones llegaba a ser una como sensación física en el pecho, como de "embargamiento", según me dijo a propósito de un comentario respecto de cuáles serían las impresiones de un místico. Había no poco de misticismo, en efecto, en el espíritu con el que abordaba las cuestiones trascendentales. Generalmente ponía la fuerte luz de su razón, no fría, sino cordialmente caldeada, y todo ello con la sencillez de un San Juan de la Cruz:

Voy clavando los momentos
con los clavos del cantar,
rosa de infinitos vientos
la eternidad al crear.

Palpitaba en torno de los pequeños poemas que, engarzados en su *Cancionero*, componen el que a mi juicio es uno de los más grandes poemas de nuestro tiempo.

Ordenaba a veces, o modificaba algo en las octavillas. Durante nueve años, día por día, escribió sus canciones de desterrado, desde las fronteras del más allá, divisando ya en sus tres meses agónicos la "ventana del eterno anochecer". Se asomaba a ella y soñaba con la muerte. Muchos siglos habrían de transcurrir, más de XXV, desde que Píndaro clamó que la vida es sueño, hasta que otro ingenio par del poeta heleno, también con la aljaba repleta de flechas, diera la vuelta a la frase y cantara que la muerte es también ensoñación. La vida es sueño, la muerte es sueño, mas esta última no en la acepción corriente del dormir eterno. El poeta va a soñar la muerte:

El secreto del alma revivida
vivir los sueños al soñar la vida.

Porque hay sueños inmortales — ¡sueños de inmortalidad!
¿Creer en Dios?
¿Quién sabe, hermanos, lo que es creer en la verdad?
Es otro sueño; es un sueño — que se sueña despertar.

Estos versos unamunescos expresan la más honda de las dudas o, si se quiere, de las incredulidades que azotaron su espíritu. ¿Qué concepto tenemos del "creer"? Deshilachemos la palabra. Hundámonos en nosotros buscando el sillar firme de la creencia. La duda de Don Miguel cala más hondo que la duda corriente. La verdadera sabiduría sin impregnaciones de fe religiosa no puede admitir sino verdades provisionales, escalas de Jacob, peldaños que nos pueden conducir hacia una verdad probablemente inasequible para el hombre. Por eso la única verdad es el camino en el que hallamos la provisional verdad de la posada.

Al comprobar con lógica satisfacción Unamuno que sus obras estaban ya esparcidas por el mundo, que ellas eran lo que "quedaba suyo", exclama en una canción:

Mi sombra crece — es mi sol que se está poniendo.

Nada ponemos en el nacer ni en el morir, gozamos entre esos paréntesis del ventuoso azar de haber llegado, de barro a hombre. Consideremos, me decía una tarde Don Miguel en Hendaya, que ganamos con la vida la más difícil de las loterías que nos ha privilegiado entre las masas inertes e inconmensurables del Universo, regalándonos el misterioso soplo de la vida. Eso que llamamos vida y que nunca sabremos lo que es, ha ido ascendiendo desde los seres más elementales hasta el hombre, pero aún la ciencia no ha podido penetrar en el remoto y primer misterio. Don Miguel expresaba su tormento así:

"Aunque la ciencia, de la misma manera que puede ya fabricar cauchos y aun diamantes sintéticos, pudiera hacer surgir algo viviente de las retortas de sus laboratorios, seguiría ignorando qué es la vida. Nos es dado el sentirla y gozarla o sufrirla, pero no el comprenderla. Procurando penetrar en esta barerra, en esa insalvable frontera, las religiones crean mitos, tantas veces elevadísimos y humanos más que divinos. No incurramos jamás en la vulgaridad de decir que han sido inventados y que son reglamentos de moral o de higiene. Los mitos no son invenciones sino creaciones de los pueblos. Jamás se ha podido señalar su remota fuente en la imaginación de una humanidad infantil. Mas tales mitos sólo pueden ser solución del gran misterio para los que renuncian a indagarlo. Para éstos se ha hecho la fe, y sobre todo la fe ciega."

Ya hemos visto cómo él disentía del concepto vulgar de lo que se suele llamar creencia. Gentes hay, le oí decir, que "creen que creen". "Si examinan su fondo de fe, introspección de la que no todos son capaces, acaban por comprender que no existe tal creencia, que carece de solidez, que es algo vago y sin contornos."

La evolución colectiva —no sólo la individual de los hombres eminentes o singulares— ha llegado en la humanidad de hoy a formar un ambiente espiritual en el que no es posible y en el que se asfixia la fe de la Edad Media. Buceando en el proceloso y confuso misterio del alma de Unamuno me parece haber visto brillar en el fondo de sus dudas que luchan con ansias de verdad, la ínfima pajuela de oro de la pervivencia:

Roble en invierno, su jugo
preso a tierra sin subir
siente de la muerte el yugo
mas espera revivir.

Morirse con la esperanza de revivir puede ser ya poner un pie en la inmortalidad. En una de sus últimas canciones escrita el 21 de diciembre de 1936, que juntamente con otras dos ocupan el lugar de los augustos versos de Cervantes en su lecho de muerte, dice:

Cuán me pesa esta bóveda estrellada
de la noche del mundo, calabozo
del alma en pena que no puede el gozo
de su todo gozar, prendida en nada.
Ay pobre mi alma eterna encadenada
de la ilusión del ser con el embozo
de la verdad de veras en el pozo
en que está para siempre confinada.
Qué chico se me viene el universo,
¿y qué habrá más allá del infinito,

de esa bóveda hostil en el reverso,
por donde nace y donde muere el mito?
Deje al menos en este pobre verso
de nuestro eterno anhelo el postrer hito.

A propósito de lo que hemos calificado de última visita de Europa a Unamuno, pienso en que no es el azar el que rige la conjunción de cosas o personas aunque casi siempre ignoremos las misteriosas leyes. La reunión de estos dos hombres —Tharaud y Unamuno—, antípodas morales, en la sala austera que al parisién le parece un locutorio conventual, revelan un contraste que sirve para ensalzar la figura luminosa de Don Miguel, su pensamiento germinal. Nada más triste que el ocaso tenebroso y sin esperanza de un hombre como Tharaud, de pulida cultura pero decadente, con un rictus en los labios de desdeñoso escepticismo. Este es un ocaso sin amanecer. Por el contrario, la tarde de Unamuno es positivamente una aurora. Su gesto ardiente, fogoso, le acompaña hasta la hora última, y sus ideas, sus canciones, vuelan como abejas que pronto van a perder su colmena y que todos debemos recoger. Paréceme contemplar el contraste hasta en los rostros y las expresiones de ambos. Tharaud, cuando recitó con Unamuno el soneto de Gerardo de Nerval, anotó sólo lo superficial del recuerdo literario. No comprendió el ansia de dolor que Unamuno quería expresar. Afortunadamente, él nos dejó la huella en la penúltima composición de su *Cancionero,* escrita seis días antes de su muerte. Tenemos que contemplar la grandeza con la que se va muriendo:

Dos sonetos cantándome en francés:
"Quand vous serez bien vieille" claro y corriente,
"Je suis le tenebreux" hosco y ardiente,
llevan mi fantasía por sus pies.

Ronsard muéstrase entero en el envés
de su canto rendido y renaciente;
Nerval —¡cuerda fatal!— está pendiente
de su "torre abolida" en el revés.
Y yo en mi hogar, hoy cárcel desdichosa,
sueño en mis días de la libre Francia,
en la suerte de España desastrosa
y en la guerra civil que ya en mi infancia
libró a mi seso de la dura losa
del arca santa de la podre rancia.

La "podre rancia". He aquí una de esas originales alianzas de palabras típicas de don Miguel que expresa acaso su más arraigada preocupación. Con ese título, si logro tiempo y vagar, prepararé un ensayo con el propósito de remontarme en el espíritu unamunesco y en la historia peninsular en lo que, con terrible palabra, condena cerca ya del lindero fatal. No pocas veces le he oído hablar —como ya he dicho— de la "saña vieja". Los antiguos cronistas la señalan como causa de las feroces contiendas peninsulares que culminan en las "ensañadas" banderías de los nobles en el interesante reinado de Don Juan II. Odios que vuelan de generación en generación y que hasta nosotros llegan, olvidados sus primeros motivos, pero arrastrados por el vendaval desde rincones históricos.

Este odio, esta saña que quiso atajar en su manifiesto, le hostigaba como una asechanza del ambiente. En varios pasajes de sus libros y en muchas de sus conversaciones procuraba desentrañar —sacar de la entraña española— la saña vieja. Por vieja, podrida, y de ahí la "podre rancia" del último verso de ese poema, uno de los postreros que salieron de su corazón. "Saña", palabra única en nuestro idioma, como "gana", con la que tiene afinidad sentimental. Guardémonos de la "sa-

ña vieja" y de la "podre rancia" para limpiar el corazón de las Españas.

El tiempo avanzaba con ritmo fatal en la casa-prisión de Unamuno en Salamanca. En cada hora se veía más rodeado de sus pensamientos trascendentales, de la armonía iluminada de sus versos, con los que intentaba horadar el futuro.

El día 28 de diciembre su mirada recorría las hileras de libros, sus íntimos amigos. Uno de ellos le llamó vivamente: *Le Rouge et le Noir*, de Stendhal. Fué hacia él, lo abrió, y permaneciendo de pie (estaba solo en su despacho) leyó lo siguiente: "Au fait, se disait-il a lui même, il parait que mon destin est de mourir en revant."

Con la rapidez de movimientos que le caracterizaba, al sentir la sugestión de aquellas palabras, sentóse ante la camilla, e inclinándose sobre la blanca octavilla escribió:

Morir soñando, sí, mas si se sueña
morir, la muerte es sueño; una ventana
hacia el vacío; no soñar; nirvana;
del tiempo al fin la eternidad se adueña.
Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana;
vivir encadenado a la desgana
¿es acaso vivir? ¿Y esto qué enseña?
¿Soñar la muerte no es matar el sueño?
¿Vivir el sueño no es matar la vida?
¿A qué el poner en ello tanto empeño
aprender lo que al punto al fin se olvida
escudriñando el implacable ceño
—cielo desierto— del eterno dueño?

28 —día de Inocentes— XII-36).

"El día 31 de diciembre de 1936 recibió Don Miguel la visita del señor Aragón, del cual anteriormente hemos hablado. Hallábase Unamuno en el piso superior. Al anunciarle la visita uno de sus hijos —todos conocían al señor Aragón— se mostró satisfecho, y dijo que era un excelente amigo.

—Tengo muchas cosas que decirle —añadió.

Descendió rápidamente las escaleras, saludó a su visitante y sentáronse ambos junto a la mesa camilla. El señor Aragón, con mejor intención que eficacia, pretendía con amables palabras convencerle de que las intenciones de Falange eran patrióticas. El aislamiento en que vivía Don Miguel actuaba como un freno, como un dique. Cuando podía hablar con alguien se desbordaba. Dejo aquí la palabra a su hija María: "La entrevista fué muy corta. Mi padre estaba muy excitado y esta excitación provocó el derrame cerebral que le amenazaba desde hacía tiempo. Usted que le conocía bien sabe cómo era y cómo pensaba. Fué siempre el mismo hasta sus últimos momentos."

Unamuno inclinó su cabeza sobre el tapete de su mesa, y, súbitamente, sin estertor ni estremecimiento, quedó, ¿muerto?, ¿dormido? Sí, eternamente dormido, envuelto en sus inmortales sueños. Empezó a soñar la muerte "presente con su ausencia, oímosle callar . . . "

. . . escuchemos su silencio . . .

NOTAS

En confirmación de estos puntos de vista, que a algunos parecerán arbitrarios y extemporáneos, pero que están en armonía con el arcaísmo realmente fósil del reaccionario español, vamos a traducir una poesía que circulaba por los zocos del Norte de África, parece que obra de una poetisa bereber, y que dice así:

"Me han ofrecido dinero para comprometerme —veinte duros, un fusil y pólvora y la esperanza de *rezzus* en las ciudades y en los pueblos—. He rehusado el dinero, el fusil y la pólvora, y me he comprometido por el amor de Dios. — He cerrado mi túnica con una correa estrecha, y me he dicho: héme aquí, estoy presto. — Han elogiado mi raza guerrera; pero ¿qué me importan sus alabanzas? — Lucho por el júbilo de la esperada venganza — para ver su suelo como en otro tiempo el nuestro — cubrirse de muertos y de cenizas; — para ver sus pueblos en llamas y sus mujeres en manos de los soldados."

Con poemas de este género se enardeció a los cabileños por los Don Julianes que organizaron la última invasión marroquí de la Península.

Te apedrean los verdugos
con mendrugos,
y así te sacan, mi España,
con la entraña
toda la vieja cochambre
de triste hambre,
y dices: "¡la vida es corta;
nada importa!"

(11-II-29).

Ábreme tus entrañas, mi romance;
muéstrame el cuajo de nuestras Españas,
y en él de nuestro espíritu el balance;
ábreme, mi romance, tus entrañas.
Hase fraguado en siglos nuestra lengua
es su jugo de sangre todo vida;
el repuesto de ensueños no se amengua,
es lo que fuera y que jamás se olvida.
Rezaba en ti, mi lengua, Don Quijote;
hemos luchado hablando a Dios contigo;
que Él, en pago, nos libre de ese azote,
jerga cosmopolita de castigo.

(18-XII-29).

La familia de Don Miguel de Unamuno estaba compuesta por su esposa doña Concha Lizárraga, nacida en el mismo pueblo de Don Miguel, Guernica. Fué una mujer muy hermosa, de belleza dulce, a la que amó tiernamente Don Miguel toda su vida. Era muy inteligente, de espíritu de una gran serenidad. Gracias a sus privaciones y a la disciplina que ella supo llevar en la casa ocupándose de los chicos y educándolos, pudo Don Miguel consagrarse libremente a sus trabajos literarios. El mayor de sus hijos, Fernando, trabaja como arquitecto en Palencia. Casado, tiene siete hijos, las mayores casadas también. Es muy competente en su difícil profesión y vive consagrado a sus hijos y a sus nietos. Pablo fué soldado en las filas de la República, y sufrió graves heridas que lo inutilizaron. La hija de Don Miguel, Salomé, de la que en un capítulo hablamos, murió, pero su hijo, a quien tan tiernamente amó Don Miguel, es un muchacho brillante que ha terminado el doctorado de medicina y se prepara para hacer oposiciones. Vive en Salamanca con los hijos de Don Miguel, Felisa y Rafael. Éste tiene una clínica en la que trabaja

como oculista. Otro hijo, José, es profesor del Instituto de Orense, y finalmente, Ramón, está sometido a varios tratamientos antituberculosos. Ya hemos dicho que la hija de Don Miguel, María, trabaja como profesora en Connecticut College, New London, EE.UU.

ÍNDICE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA TREINTA DE SETIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,
CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.

UNAMUNO